

# NEGAR LA CIMA

José Palacios



EDICIONES PERDIDAS

# NEGAR LA CIMA

# NEGAR LA CIMA

JOSÉ PALACIOS



Ediciones Perdidas

José Palacios 2021

Ediciones Perdidas  
Asociación Cultural Libros de Arena  
Camino de los Espejos 51  
04131 Retamar - Almería  
[www.librosdearena.com](http://www.librosdearena.com)

Diseño: Studio Perso

Dep. Legal AL-657-2021



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons  
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 España

*A Maryluz, Laura y Nora*

*O costor non saranno dalla morte vinti, o ella li ucciderà lieti*  
*O la muerte no podrá vencerlos, o los matará felices*

Giovanni Boccaccio

## Cero

Era muy tarde ya. Apenas le quedaban unos escasos doscientos metros por delante y muy poco desnivel. Estaba casi arriba pero sabía que, si continuaba, podría morir. No era un pensamiento abstracto, la muerte se podía presentar en segundos, en minutos, en unas horas con suerte. Había creído que la antecima que acababa de dejar atrás era ya la cumbre. Pero entre los jirones de nubes que el viento deshacía como trapos viejos, había visto la cima auténtica durante unos instantes. No había llegado aún.

Se quedó parado. Solo le quedaba atravesar la arista que tenía delante pero se sentía incapaz de dar esos últimos pasos. La cornisa era una cresta rizada que desafiaba la gravedad, el vacío que se abría debajo. ¿Cómo evitar que se partiera esa hermosa ola de nieve? Le haría caer en un abismo de más de dos mil metros. Si intentaba asegurarse perdería un tiempo precioso que ya no tenía. Atravesar esos metros sin encordarse sería como jugar a la ruleta rusa. Un mal paso en el lugar equivocado lo haría caer sin remedio por el precipicio.

Le resultaba imposible tomar una decisión: ¿avanzar, retroceder? No conseguía pensar con claridad, se sentía cada vez más confuso. El tiempo jugaba en su contra. No

sabía cuánto llevaría allí parado, podían ser dos minutos o media hora, pero tenía que darse prisa, ahuyentar el miedo que comenzaba a atenazarlo y moverse. Procuró respirar despacio, todo lo profundamente que le permitía el aire gélido. A esa altura y a veinte bajo cero, era poco el oxígeno que sus pulmones podían enviar a su sangre y a su cerebro. Si no reaccionaba, la hipoxia lo iría inmovilizando y se quedaría allí plantado para siempre como una estatua de hielo. Se convertiría en un hito para otros alpinistas, un poste indicador a seis mil ochocientos cincuenta y cuatro metros, el "plumas rojo".

Se repetía que era capaz de hacerlo, pero no se decidía a seguir. En otras ocasiones había corrido riesgos mayores. Estaba al alcance de su mano, si no fuera por esa cornisa que lo separaba de la cima, por su indecisión y su miedo. Le faltaba la suficiente claridad mental. Y el apoyo de sus compañeros. ¿Dónde andarían?, ¿se habrían vuelto?, ¿estarían vivos? ¡Maldita niebla! Darse la vuelta sería lo más sensato. Empezar a bajar ya para intentar rapelar la pared hasta la tienda, antes de que cayese la noche. Sin luz le resultaría casi imposible encontrar las cuerdas, si no las había enterrado por completo la nieve. Tendría que vivaquear a casi siete mil metros, sin saber dónde refugiarse. No llevaba ni saco. Sobrevivir en esas condiciones sería muy difícil.

Era consciente de que sus fuerzas iban mermando por momentos. Hacía horas que se había comido la última barrita energética, congelada y dura como una piedra. Y el termo estaba vacío. Se le iba escapando la voluntad de resistir, le tentaba dejarse arrastrar por esa inercia que le

pedía renunciar, descansar, ser feliz para siempre. Estaba oyendo un canto de sirenas letal.

No podía esperar más. Empuñó los piolets y dio un paso incierto. Sintió un ligero vértigo y la extraña sensación de volver a la realidad. Respiró tres veces y movió el otro pie. Poco a poco se fue desplazando por el suave arco que describía la arista. La nieve estaba tan compacta que los crampones le daban una cierta sensación de seguridad. Pero no se fiaba, no quería pisar fuerte, temiendo que todo se derrumbara. Siguió adelante por el borde de la arista, asegurando la pisada. Caminaba despacio, como un autómatas. Sus pasos recordaban a los de un sonámbulo. Le parecía estar siempre en el mismo sitio, como en una pesadilla. Pensó que nunca llegaría, pero una eternidad más tarde ya estaba casi al final.

Sintió que recuperaba un poco el resuello. Lo estaba consiguiendo, llegaría a la cima. No quiso ni pensar que tendría que volver por el mismo camino. Quizá se había equivocado, pero ahora lo que importaba era hacer cumbre. Se quitaría un guante para la foto de rigor y se largaría de allí cuanto antes. ¿Sin guantes, en qué estaba pensando? No se congelaría los dedos por una maldita foto.

Cientos de metros más abajo, el mar de nubes convertía los picos de su alrededor en islas. Le pareció encontrarse en un estático océano embravecido. De caer, no lo haría sobre las rocas ni sobre el hielo del glaciar, sino en un mullido mar de algodón. No era el momento de ponerse poético pero le vendría bien descansar un poco, mirar a su alrededor para sentir el placer de estar por fin allá arriba. Iba a alcanzar la cima del Chaukhamba IV. Sería el primer hombre en ascenderlo, abriendo una ruta directa, elegan-

te, arriesgada. Pero ¿a quién le importaría? Probablemente a nadie. Era otro conquistador de lo inútil al borde de la gloria o de la muerte, otra anotación en la larga lista de héroes del absurdo. Ese era su destino de alpinista y lo sabía. Quizás fuese feliz cuando pudiese sentir algo, pero antes tenía que volver vivo y encontrar a sus compañeros a salvo. Complicado.

Un golpe de viento lo zarandeó de improviso y estuvo a punto de derribarlo al mismo tiempo que barría la niebla. Con la claridad repentina pudo ver que estaba por fin en la cima. Faltaban pocos pasos. Dudó unos instantes. Quizá se había vuelto loco y deliraba. La falta de oxígeno le estaba jugando una mala pasada. No podía creer lo que estaba viendo: no iba a ser el primero en ascender al Chaukhamba IV. Alguien se le había anticipado y lo esperaba allí sentado, mirando hacia él. Alzó los brazos y se acercó con la intención de abrazarlo, o al menos entrechocar las manos, pero el otro no se movió. Cuando llegó a su lado comprendió que de poco le había servido ser el primero en llegar porque estaba muerto, tenía un piolet clavado en la espalda.

# Primera parte

## Uno

Me gustaría creer que ese no era yo. Así contado, parece el principio de una novela. Pero sé que sucedió más o menos así, aunque me cueste reconocermé en ese personaje. Pensé que me ayudaría narrarlo como si lo viera desde un dron que revolotea alrededor de la cima. Pero lo cuento como lo cuento, soy siempre yo. Vuelvo a vivir el miedo y la locura en primera persona. Y todo lo que pueda tener de excitante la escena para los demás, a mí me hace estremecer.

No intento llegar a la verdad, suponiendo que esta exista. Pese a mis mejores intenciones, no consigo fiarme de mis recuerdos, siempre engañosos. No sé si servirá de algo intentar darles un orden, hacer que se sucedan en el tiempo con coherencia. Algunos hechos siguen confusos en mi memoria, mientras otros que creo recordar bien me parecen inverosímiles. Pero ese barajar continuo de escenas y recuerdos deshilachados resulta doloroso y agotador. Recordar cansa.

Nada de esto podrá cambiar el pasado. No sé bien si actué como debía, ni lo que otros hicieron por mí o a pesar de mí. En cualquier caso, no se me tuvo demasiado en cuenta. Me siento culpable pero no sé bien de qué. Es un sentimiento que me cuesta evitar. Quizá alguna vez todo

se aclare y yo también llegue a conocer la verdad. Quizá cuando aparezca el cadáver, si es que aparece, cuando el Chaukhamba o el glaciar Gangotri se dignen escupirlo de entre sus hielos. Aunque dudo que yo pueda llegar a verlo.

He vuelto a refugiarme entre las viejas piedras de este cortijo y mi tiempo ha vuelto a cobrar sentido. Todo pertenece a un pasado cada vez más ajeno, me empieza a parecer una vieja historia que se ha convertido en leyenda, como lo seré yo durante un tiempo —Julio León, el de aquella expedición al Chaukhamba IV—, hasta que muy pronto otros muertos y otros supervivientes sean noticia por un día y se me olvide. Seré solo una entrada más en la historia menor del alpinismo. La meta es el olvido, y yo seré de los primeros en llegar.

Chaukhamba IV. Qué hermoso me resultaba el nombre. Soñamos con esa montaña, intentamos subirla y lo conseguimos. Nosotros la situamos en el mapa imaginario del alpinismo, el Chaukhamba IV se ha convertido en el nuevo objeto de deseo de otros alpinistas. Seguro que ya hay quien se plantea hacer aún la primera ascensión, porque no se sabe si alguien lo consiguió en realidad. Muchos lo dudan. Nosotros no hemos afirmado haber hecho cumbre ni que nadie más la hubiera hecho. Yo me he amparado en una supuesta pérdida parcial de la memoria. Aunque solo se me congelaran algunos dedos, no la cabeza. Pero nadie podrá hacer la primera porque ya está hecha. Tengo la certeza de que yo no fui, como también sé que fuimos por lo menos tres quienes alcanzamos la cima: la víctima, el asesino y yo.

## Dos

Me gustaría poder decir que nací en la montaña, que mis primeros pasos fueron en la nieve y que apenas hablaba cuando subí a un tresmil. Pero mi infancia no auguraba que fuese a acabar en el Himalaya. ¿Quién me habría predicho un futuro en la montaña? Mis padres eran de uno de esos pueblos medio abandonados de la meseta y yo nací en Madrid. Fui un niño urbano, de esa urbanidad casposa y cutre de barrio periférico. Siempre encerrado en casa, pisaba poco la acera y menos aún un parque.

Mi afición a la montaña no fue hereditaria. Tampoco literaria, ni tan siquiera había leído *Colmillo blanco* o *La llamada de lo salvaje* cuando mi padre decidió llevarme al monte, convertido de repente en excursionista ocasional, como a veces era ciclista o buscador de setas. Tenía sus ráfagas de entusiasmo pero escasa constancia.

En una de sus fases de amante de la naturaleza, decidió que debíamos ir a la montaña. Aire puro, esfuerzo y tesón, nos dijo. Palabras leídas en algún artículo del dominical. Mi hermano mayor simplemente no apareció a dormir el viernes por la noche, no sé si por evitar la excursión o porque se había quedado durmiendo en algún tugurio. Él diría que en casa de una amiga, pero eso era bastante improbable. A mis trece años recién cumplidos, no pude irme de

farra ni se me ocurrió ninguna excusa. Me tocó madrugar. Mi madre alegó una ligera indisposición pero tuvo el detalle de prepararnos una tartera con tortilla de patatas y conejo al ajillo. Mi padre lo adoraba, el conejo. Yo nunca lo he comido.

No era un buen conductor pero se le notaba poco porque casi no viajábamos. En agosto, a veces nos llevaba a la playa o al pueblo de los abuelos. Aquella era mi primera vez en una carretera de montaña y probablemente también la suya. Mi miedo era su miedo. Aunque él lo negase, nos perdimos. Al cabo de muchas vueltas y revueltas, vomité el alma. La mitad dentro del coche, la otra mitad por la ventanilla, al barranco por el que no nos despeñamos de milagro. No sé porqué dio ese frenazo, si ya había puesto perdido el escay del asiento. Me sacó del brazo, blasfemando. Al borde del barranco, yo no sabía si eran las arcadas o su bronca lo que me empujaba a aquel precipicio. Supe después que ese deseo de caer era la atracción del abismo. Quizá por no seguir escuchándolo. Me sentía mareado y culpable.

Para rematar la faena me desmayé. No sé si estuve a punto de caerme por el terraplén o si solo me desvanecí biqueando. Cuando recuperé la conciencia, pensé que me había partido el cuello, porque veía un rostro del revés. Era la cara de mi padre que me había tumbado en el asiento de atrás y se asomaba por la otra ventanilla, no sé si para no ensuciarse con el vómito o porque en el forfi, su adorado Ford Fiesta, no cabíamos los dos. Yo debía de tener peor cara que él pero me asusté al verlo tan pálido y tembloroso.

—¿Ne-ne-ne-ne, es-es-tás bi-bien? —me preguntó, de repente un tanto tartaja.

—Bueeeeeeno —respondí yo, con un suspiro—, ya se me pasa.

Pero me volvieron las arcadas, aunque esta vez conseguí salir a tiempo del coche y abrazarme al tronco de un pino. Al rato, viendo que mi malestar no empeoraba, decidió seguir con nuestro plan —así lo llamó—, y seguimos carretera arriba. Pero yo insistí en seguir mareado, así que cinco minutos más tarde dio la vuelta. Volvimos a casa cabizbajos, con nuestra tortilla y nuestro conejo al ajillo intactos. No fue exactamente una experiencia montañera, pero sí la primera y única vez que he tenido mal de altura, aunque no fuese más que un simple mareo.

Ese fue el primer intento. Pero mi padre era lo intentó de nuevo. El sábado siguiente mi hermano volvió a escaquearse, pero mi madre decidió que debía acompañarnos. Era evidente que no se fiaba mucho. El menú era mucho más ligero. En previsión de más vomitonas, íbamos los tres en ayunas. Mi madre había preparado un termo de chocolate caliente para después. Mi padre insistió en comprar churros, aunque intentamos disuadirlo, porque nos parecía poco montañero. Llegamos bien al inicio de la ruta, solo un poco sobresaltados por los poco tranquilizadores comentarios de mi madre en cada curva.

—¡Frena! ¡Cuidado! ¡Eh!

Mi padre no acababa de aprender a tomar bien las curvas. Tampoco ayudaban los alaridos de mi madre. Yo procuraba no mirar hacia los lados, aunque tampoco el frente fuese muy reconfortante. Llegamos vivos arriba, sin perdernos más que un par de veces. Bebimos un poco de cho-

colate, aún caliente, pero los blandos y aceitosos churros no nos apetecían mucho. Mamá propuso ir esparciéndolos por el sendero, para los osos y los lobos —eso dijo—. Mi padre se opuso, siguiendo las normas del buen montañero: no dar churros a las bestias imaginarias.

Echamos a andar por fin. No ocurrió nada especial, no vimos ningún animal, si exceptuamos los mosquitos que se cebaron con mi padre, que se daba continuos cogotazos. Mi madre no le hacía mucho caso, atenta como iba a sus crecientes ampollas en los talones. Yo me entretenía dando patadas a las piedras, por hacer algo, intentado romper esas deportivas viejas que no me gustaban. Conseguí hacerme polvo un dedo. Era un bosque ordenado, un ejército de pinos en perfecta formación, por el que zigzagueaba un camino en herradura que seguimos hasta que la niebla no nos permitió ver con claridad el paisaje. ¡Qué aventura!

Cuando llevábamos ya varias horas de caminata nos paramos para tomar un frugal tentempié: un sandwich de pan bimbo y jamón york. Se me quedó entre los dientes. Eché de menos la tortilla de la semana anterior. Mi padre, hambriento como y acordándose del conejo al ajillo, decidió entonces que ya era hora de regresar a casa, solo que no sabía cómo. Mi madre llevaba toda la mañana temiendo que nos perdiéramos y preguntándole cada dos minutos si sabía lo que hacía. La mejor opción, la única en realidad, era volver por donde habíamos venido, pero hubiera supuesto una derrota para sus hipotéticas dotes de orientación así que decidió atajar.

En principio nos pareció bien, dada la situación. Hasta ese momento, mi único reproche era para mi madre. ¡Un sandwich de pan bimbo! ¿A quién se le podía ocurrir

sino a ella, con el hambre que llevábamos? Y un plátano, cuando mi madre sabía que los odiaba casi tanto como el conejo. Habría pensado en casa que ese día me lo tendría que comer. Y lo hice, qué remedio.

El atajo funcionó. Quizá nos hiciese acortar algo el camino de vuelta, pero se nos hizo eterno. Y al principio fue bien pero, al parecer, cuando diseñaron la trocha, las cabras no debían de andar muy inspiradas. Si alguna vez sufrí de vértigo ese día se me curó. Por fuerza. Realizamos un destrepe a rastraculos que años después sigue sin hacernos reír. Aquello fue serio y si no nos despeñamos por aquel barranco fue por pura buena suerte. Llegamos al forfi anocheciendo, magullados, embarrados, agotados y con un cabreo monumental.

Relativamente a salvo en el coche, mi madre empezó a dictar los términos del divorcio. Mi padre aferró el volante con manos crispadas y encajó las barras en una sonrisa tétrica. Cuando intentaba decir algo, mi madre le echaba una mirada vitriólica. Nunca la había visto tan cabreada. Pensé que lo del divorcio iba en serio, pero las condiciones no me convencían mucho: me veía en un internado de curas o en un reformatorio. O viviendo a solas con mi hermano y mi padre, lo que no habría sido mucho mejor.



## Tres

Reconozco que esa vez fue especial, quizá un tanto agónica y poco motivante, pero inolvidable. Así que pronto la olvidé y seguí aburriéndome. No hubo muchos más intentos paternos de inculcarme el amor a la naturaleza. Algunos domingos de primavera fuimos al Retiro para remar en el lago o comer un bocadillo tumbados en la hierba. Estuvimos también de paseo en la Casa de Campo. A eso y a algunos documentales se limitó la naturaleza en mi infancia.

Tres años más tarde, ya adolescente enamorado y confuso, nos propusieron en el instituto una excursión a la sierra. Como mis recuerdos no eran particularmente agradables, dudé si acompañar al grupo. Me vi de nuevo recorriendo una pista infinita, atravesando el mismo bosque cuadriculado, subiendo agotadoras cuestas, destrepano entre arbustos que me arañarían las piernas.

Pero en esa ocasión mis sensaciones fueron del todo diferentes. Para empezar, no me acompañaban mis padres y el bocadillo era de chorizo. Además, el profesor no nos aleccionó, ni nos contó batallitas de abuelo cebolleta, simplemente echó a andar tan tranquilo por un escarpado sendero, las manos en los bolsillos, sin mirar siquiera si lo seguíamos. La nieve empezó a rodearnos según íbamos

ganando altura. Nos fuimos desperdigando, cada uno a su ritmo y hubo incluso quien se volvió. De repente me vi solo. El aire frío del invierno penetraba en mis pulmones dilatados por el esfuerzo, sentía un dolor nuevo al respirar el aire helado, que me provocaba una cierta embriaguez. Supongo que el oxígeno puro, al que no estaba acostumbrado, me estaba emborrachando.

Fue un descubrimiento inesperado. No me había ilusionado mucho, incluso había pensado que me aburriría. Sin embargo, estaba viviendo una experiencia que no olvidaría y que cambiaría mi vida. El paisaje nevado que ahora me rodeaba lo había visto antes en fotografías o en documentales, pero la espectacularidad que me acogía, a mí, minúsculo e insignificante adolescente, me penetró junto al frío y el olor del bosque. Me sentí vivo como nunca. A partir de ese momento, todo fue diferente para mí.

Durante la salida no había cruzado ni dos palabras con el profesor del instituto, pero al día siguiente lo busqué y le pregunté cuando volveríamos a la montaña. Me invitó al club de montaña al que pertenecía y empecé a recorrer las sierras cercanas a Madrid los fines de semana con otros chavales de mi edad. Para sorpresa de mi padre y recelo de mi madre, mi vida cambió. Todo parecía ser como antes: iba al instituto, me peleaba con mi hermano, me enamoraba a diario y nadie se enamoraba de mí. Pero sabía que el fin de semana me largaría de la ciudad, abandonaría las calles abarrotadas, los ruidos y los humos. Durante unas horas olvidaría a mi hermano, la tele a todo volumen, mi pequeño cuchitril, las croquetas congeladas y requemadas de mi madre. Volvería al silencio y al aire puro, me sentiría

de nuevo con los pies en la tierra, como si tras un viaje o un sueño volviese a la realidad.

Hubo dos cosas que también descubrí durante ese invierno. Ahora ya compañero y amigo, mi profesor Juan Gómez me invitó a iniciarme en la escalada. Cuando me puse por primera vez frente a una pared de piedra, pensé que era ridículo partirse la crisma intentando subir por ahí, si a veinte metros había un sendero que te llevaba arriba. Con el casco que me hacía parecer un chupachup y el arnés prestado que me quedaba grande me acerqué a la pared. Busqué donde agarrarme con la mano derecha, luego la izquierda, apoyé un pie en una grieta y me icé. Cuando vine a darme cuenta estaba en mitad de la pared, bastantes metros por encima del suelo. Me quedé parad y miré hacia abajo. No sentí vértigo ni miedo. Escalaba con una cuerda sujetándome desde arriba, sabía que no podía caer, pero me olvidé de la cuerda y de la gravedad. Tregar por aquella pared era algo mágico, no existía nada más en el mundo, solo mis dedos palpando la roca, acariciando su textura y buscando sus grietas para subir a las alturas, donde nadie me encontraría jamás.

La otra cosa que me fascinó de la montaña fue el descubrimiento de la soledad. Un fin de semana se suspendió la excursión prevista en el club. Sin decir a mis padres que iba solo, el sábado muy temprano cogí el tren para el Puerto de Cotos. Mi intención era subir al Peñalara, la cima más alta de la sierra de Guadarrama. Acababa de cumplir dieciséis años y era la primera vez que viajaba solo. Aunque la ruta era muy frecuentada, a mediados de diciembre y tan temprano no había aún nadie. Enfilé el camino y al rato me encontré en el bosque con un frío que pelaba.

Estaba rodeado de montañas y tenía todo el día por delante. Me sentí más fuerte de lo que en realidad era y arree monte arriba. Me perdí un par de veces y tuve que trepar algunos peñascos, pero lo conseguí. Allí estaba, con el mundo a mis pies, enfrentándome al viento del norte cargado de aguanieve. Era la primera nevada de mi nueva vida de montañero.

Mi ropa no era la adecuada para lo que se me venía encima, así que me subí la cremallera del canguro, me calé el gorro de lana hasta las cejas y enfilé por la ladera opuesta para acabar el recorrido circular del Peñalara. Al llegar a la laguna de los pájaros ya estaba empezando a sentir cómo mordía el frío. El viento me zarandeaba haciéndome perder el equilibrio. La nieve me entraba en los ojos y me impedía ver dónde pisaba. No llevaba guantes. Empezaron a dolerme las manos, pero si me las metía en los bolsillos y me caía, me partiría la cara. Me las enrollé con los extremos de la larga bufanda, así por lo menos podía moverlas para mantener el equilibrio mientras saltaba de roca en roca por el camino cada vez más embarrado. Me prometí que lo primero que haría sería comprarme unos guantes y un buen cortavientos. Para empezar. Cuando las zapatillas de deporte se me empaparon y empecé a no sentir los pies, añadí unas botas a la lista.

Calado y aterido llegué al puerto de Cotos cuando la nieve ya había blanqueado las laderas de la sierra y las pistas de esquí que las cruzaban como cicatrices. Me refugié en el calor del edificio de madera del centro de interpretación, donde otros mejor equipados esperaban que amainase la imprevista nevada. Me senté en un banco para descansar un poco, calentarme y comer algo antes de coger

el tren. Al abrir la mochila de loneta de mi padre me llevé un chasco: el bocadillo de jamón estaba empapado, podía dárselo a los patos. Había que pensar también en una buena mochila.

Cuando llegué a casa embarrado, las zapatillas para tirarlas mi madre me recibió renegándome. No me importó, estaba hambriento y agotado pero era feliz. Hice recuento de mis errores: necesitaba aprender a orientarme, equiparme mejor, no arriesgar. Pero nadie podría borrar ese día. Volver a mi casa me pareció irreal. En la montaña me había sentido dueño de mí mismo, consciente y pleno. Había estado donde quería estar, pese al frío y al cansancio. Desde la presuntuosa inocencia de mi adolescencia pensé qué otra cosa podía significar vivir.

Tras la ducha, la bronca de mi madre, la cena y la bronca de mi padre, empecé a pensar en cómo conseguir dinero para el equipo y en cuál sería mi siguiente aventura en solitario.



## Cuatro

Durante el resto del año alterné las salidas a la sierra con el club, las clases de escalada y mis escapadas en solitario. Me faltaba tiempo y en casa tenía que ir inventando excusas y mentirijillas, sin aflojar en los estudios, para poder salir el fin de semana. Aprendí a aprovechar mejor el tiempo y dejé de mirar pasmado la pared de mi habitación. Había encontrado algo de sentido a mi vida, un camino que quería recorrer.

Ese curso habíamos coincidido en la misma clase y éramos compañeros en un grupo de trabajo. Pero hasta ese día nos habíamos ignorado sin más, apenas habíamos cruzado cuatro palabras. Sin llegar a la obesidad, Héctor era demasiado grande y recio para su edad. Hacía dos veces más bulto que yo, que estaba un tanto escuchimizado. Hijo de albañil, no quería resignarse al cemento y la paleta que lo estaban esperando en cuanto terminara el instituto. No era ni mal estudiante, dentro de sus posibilidades, ni mal compañero. Pero si en algo destacaba era en sus dimensiones, lo que le hacía sentirse incómodo.

Una mañana, al salir de clase, me estaba esperando. Llevábamos varios días intentado quedar para terminar un trabajo en grupo, pero el fin de semana era imposible contar conmigo. Mis compañeros se quejaban de que ellos tenían

que hacerlo todo, mientras yo andaba por ahí trepando riscos o perdido en algún barranco lleno de mosquitos. No era cierto, yo había colaborado durante la semana haciendo mi parte, pero ellos insistían en que había que quedar el sábado para acabar el trabajo. Yo, por supuesto, me negaba, no estaba dispuesto a renunciar a una escapada por un trabajo escolar. Esa mañana Héctor me saludó al pasar, tímido.

—Hola.

—Hola —le respondí, mientras seguía bajando las escaleras. Me siguió.

—¿Vas este fin de semana a la montaña?

Pensé que iba a insistir con la reunión del grupo de trabajo e interpreté su pregunta como un reproche, así que le respondí un poco torcido.

—Sí, ¿por qué? Ya entregué mi parte del trabajo y no pienso perder el sábado en una reunión.

—No es por eso. Me dan igual el trabajo y el grupo.

—¿Entonces?

—¿Vas a la montaña?

—Sí, ¿por qué?, ¿qué pasa? —respondí chulesco, pero ya curioso.

—Es que me gustaría ir contigo.

¿Qué pensaría que hacía yo en la montaña? Supuse que imaginaba prácticas de supervivencia extrema cazando conejos con una navaja o actividades paramilitares pegando tiros con balas de pintura y chorradas de esas.

—¿Y por qué te ha dado por ahí? —le pregunté escéptico.

—Solo he visto el monte en fotos y documentales. Quiero saber cómo es estar fuera de la ciudad. No he salido nunca de Madrid —me respondió muy serio.

Me sorprendió y me gustó su respuesta, valiente y sincera. No se conformaba con lo que le había tocado en suerte.

—¿Y por qué conmigo?

—Porque sé que tú sales y yo no sé con quién hacerlo.

Aunque no me apetecía cargar con nadie, no pude decirle que no.

—¿En serio? Vale. Pero es una excursión de dos días. Va a ser dura.

—Yo soy duro.

—Ya veremos.

El sábado de madrugada me esperaba a la puerta de casa. Llevaba la mochila del instituto llena de comida, un saco de dormir de verano y su bien máspreciado, una oxidada navaja que le había prestado su abuelo para la ocasión y que nunca le devolvería.

—Va a hacer frío para ese saco —le dije, pero no pareció importarle.

—Es lo que tengo. Se lo he cogido a mi hermano.

Hablamos poco durante la larga caminata. Me seguía en silencio, intentando acompasar sus largos pasos a los míos, pegado a mis pies como una sombra aumentada de mi mismo. No se quejó en ningún momento, ni de cansancio ni cuando empezó a chispear. Lo dejé que se mojara hasta que consideré que ya era suficiente y le pasé uno de esos ponchos de lluvia baratos. Al atardecer, me observaba atento mientras me ayudaba a montar la tienda. No lo

había hecho nunca. Cuando terminamos se quedó mirando el resultado.

—Parece algo pequeña, ¿vamos a caber los dos ahí? —dijo, serio.

—Claro que no —le dije—, esa es mi tienda, ¿y la tuya? Me miró rascándose la cabeza.

—Coño.

Fue lo único que se le ocurrió. Me tuve que echar a reír.

—Tendrás que comprarte una. O habrá que conseguir otra más grande. Pero esta noche te invito, intentaremos meternos los dos ahí dentro. Pero si me empujas, me das codazos o roncás, te vas fuera.

—Vale.

A cambio de mi hospitalidad abrió su mochila bien surtida de recia charcutería y yo compartí mi tartera de plástico con una triste ensalada de pasta y atún. Encendimos una pequeña fogata y cenamos bien, gracias a él. Luego nos quedamos un rato charlando y por fin nos apretujamos en la minúscula tienda de dos plazas que no habría bastado solo para Héctor. Se arrebujó en su fino saco playero, yo en el saco que me había costado los ahorros de medio invierno y arriesgarme con las sisas continuas del monedero de mi padre. Con el de mi madre habría sido imposible.

—¡Joder, qué guay! —medio roncó, ya durmiéndose, feliz con nuestra estrategia de sardinas en lata.

—Un gran comentario, Héctor. Bienvenido a mi tienda, me alegro de que estés cómodo. Saca tu codo de mi hígado, por favor.

Pese a la incómoda noche de empujones, patadas y quejas, o quizá precisamente por ella, por la mañana éramos amigos y nos reíamos al salir de la tienda al amanecer, har-

tos de tanta apretura. Lo pasamos bien ese fin de semana, supo estar en silencio al caminar y se demostró observador y de fino olfato. Fue haciendo fotos de todas las plantas y árboles, para hacer después una relación escrita, decía. Para saber cuáles eran comestibles, bromeé yo. Le entró la pasión por la botánica.

A partir de esa excursión empezamos a salir juntos los fines de semana y poco a poco nos fuimos haciendo inseparables. Conseguí convencerlo para que aprendiera también él a escalar si queríamos ir en serio a la montaña. No bastaba con esos alpargatazos de dos o tres días caminando y caminando. Había que acceder al mundo vertical que nos rodeaba. Teníamos que progresar. Fuimos juntos a la escuela de escalada. Héctor se demostró mucho mejor escalador de lo que se hubiera pensado a primera vista. Las largas caminatas de los fines de semana y sus sesiones de albañil forzado con su padre le habían ayudado a controlar el peso, convirtiendo su recio corpachón en un cuerpo fuerte y ágil. Daba gusto verlo subir, bailaba bien de una presa a otra, con equilibrio y potencia. A mí, mucho más delgado y débil, me costaba seguirlo. También era más torpe, a veces me hacía un lío con los nudos y me despistaba asegurando.

—Si no te pones las pilas, yo contigo no escalo. Eres un mal compañero de cordada, no estás en lo que estás y es peligroso —me dijo una tarde tras una caída en la que se me escapó algún metro de más. Lo paré a tiempo, quemándome un poco la mano, un modo doloroso de darme cuenta de que tenía razón. Intenté concentrarme y me pasé dos semanas haciendo nudos y maniobras en casa. Mi hermano se reía de mi afición al macramé.

—¿Has estado practicando? —me dijo días después, al observar que me hacía el ocho sin mirar.

—No te volverás a caer conmigo en la cuerda. Si ocurre algo, no será por mi culpa.

—Seguro que no. Mira, está bien esto del rocódromo y de las vías de deportiva para practicar. Pero aquí hay demasiada gente y empiezo a agobiarme. Tendríamos que irnos a la roca de verdad.

Así empezamos a alejarnos poco a poco de las escuelas de escalada, del rocódromo donde habíamos empezado, de maestros y amigos. Volvíamos a practicar y aprender con ellos, a comentar nuestras aventuras solitarias. Buscábamos viejas vías de clásica a donde casi nadie iba ya. La mayoría eran fáciles, otras en cambio imposibles, y a veces nos jugábamos demasiado el pellejo con nuestros clavos y fisureros —aún no había dinero para friends— sin importarnos demasiado dónde nos metíamos. Pero nos divertíamos y, sobre todo, estábamos a gusto solos.

Aún no habíamos cumplido los dieciocho años y ya nos considerábamos, por encima de todo, montañeros y escaladores. Pero eso no nos iba a dar de comer. La adolescencia, que para nosotros había seguido siendo una infancia con pelusa en el bigote, se nos estaba acabando. Veíamos asomar las orejas del lobo, el futuro, con su ¿ahora qué? Teníamos que elegir nuestro camino. Yo me presenté a la selectividad, que superé sin pena ni gloria. Tampoco necesitaba mucha nota para estudiar filología. Héctor no iba a ir a la universidad, haría un módulo superior de construcción a la vez que se iría arremangando para entrar en la empresa de construcción en la que su padre se acababa de embarcar. Había empezado a tener una idea en mente más

clara y mucho más productiva que la mía, y que también contentaría a su padre: trabajos verticales.

Para celebrar nuestro paso a la edad de la responsabilidad, decidimos hacer una travesía de una semana en Gredos. Yo puse una condición. O comprábamos una tienda más grande o vivaqueábamos. Ya estaba bien de empujones y codazos. Por supuesto, seguimos durmiendo en mi minúscula tienda hasta que la destrozamos.



## Cinco

Un sábado estábamos escalando en La Pedriza, intentando apartarnos del gentío, cuando alguien se nos colocó a unos pocos metros a nuestra izquierda. Era una chica sola, el arnés ajustado, las express cascabeleando. Nos saludó con un lacónico hola y comenzó a prepararse para escalar, sin ni siquiera mirar la vía, como si ya la conociera. Nos miramos resignados, iba a ser imposible estar solos.

—¿Subes sola? —atacó Héctor con su vozarrón.

—Sí —respondió sin mirarnos.

—¿Cómo lo vas a hacer? ¿En solo, sin cuerda?

—Me aseguro yo misma —dijo mientras sacaba el extremo de la cuerda de la mochila.

Su voz era más suave que su rostro. Los pómulos marcados y la piel morena le daban un aspecto un tanto aindiado, le faltaban las trenzas para ser sioux, pensé. Su expresión no era muy amigable, aunque tampoco violenta. Se notaba que sabía bien lo que hacía y que prefería que la dejásemos tranquila. Lo que me pareció muy bien.

—Déjala y concéntrate, que me tienes que asegurar, no te pongas ahora de ligoteo que voy para arriba.

Héctor no me hizo el menor caso, soltó su freno de la cuerda y se fue hacia ella como si la conociera de toda la vida.

—¿Y cómo lo montas?

Y allí que se engancharon los dos a hablar de nudos y cacharros. La chica ató un extremo de la cuerda a una piedra a pie de vía y comenzó a subir, dándose más cuerda de la mochila por encima de su hombro. Tras la demostración invitó a Héctor, que empezó a escalar siguiendo sus instrucciones. Unos metros más arriba resbaló, o se dejó caer, y voló un par de metros pero no tuvo problemas en parar la caída. Se quedó ahí colgado, balanceándose en la pared lisa, con una sonrisa tonta.

—¿Y ahora cómo hago?

—Tienes que subir hasta el siguiente seguro o puedes descolgarte.

—¿Cómo?

Y ahí siguieron durante un buen rato con sus maniobras. Yo me había sentado al pie de la vía que se suponía que íbamos a hacer, los codos en las rodillas y los puños en las mejillas, teatralmente aburrido. Pero atento en realidad a sus maniobras.

Al rato se me acercaron charlando tan amigos.

—Hola, soy Raquel —me dijo. De cerca, me sorprendieron sus ojos verdes que hacían su expresión diferente de como la había imaginado en un primer momento. Ahora era más apache que sioux, pero siempre con un punto salvaje.

—Hola, yo Julio. ¿Escalas siempre sola?

—No, a veces. Cuando no encuentro compañero o cuando no me apetece encontrarlo. También me gustan las cordadas de tres.

—Vale, ¿conoces la vía?, ¿vas tú de primero?, ¿de primera?

—Voy.

Se quitó el casco, se recogió el pelo negro y lacio en una coletilla, se lo encasquetó de nuevo y empezó a subir. Era fuerte, de gestos rápidos y precisos. Quizá demasiado impaciente en los pasos difíciles para mi gusto, pero de excelente técnica. Mucho mejor que la nuestra, por supuesto. Pequeña y delgada, escalaba con una facilidad asombrosa, como si no pesase. Me avergoncé de mi ritmo de caracol, siempre demasiado cauto y lento. No había comparación posible tampoco con Héctor, en conflicto siempre con una gravedad que no le daba tregua. Era el que más la sentía, la gravedad. Por tragón.

Pese a todo, Raquel y Héctor se compenetraban muy bien. Y aunque yo me sentía cómodo en el trío, prefería dejarlos un poco a su aire. Quedaban para salir después de escalar e insistían para que los acompañase pero, no sabiendo si estaba surgiendo entre ellos algo más que amistad, prefería mantenerme un poco aparte cuando no estábamos escalando.

Héctor tardó poco en confesarme que le encantaba Raquel pero que no estaba enamorado. Que sí, que era una amiga, una buena colega, una compañera estupenda, una tía de puta madre, y así siguió un buen rato. Pero que no había nada más.

—Bien.

—Te lo tenía que decir para que lo supieras —insistió.

—Bien.

—Igual estabas pensando otra cosa.

—¿Yo? No pensaba nada —me hice el longui.

—¿Crees que ella...?

—¿Y por qué no se lo preguntas?

—Porque quedaré como un gilipollas.

—Eso seguro, ¿te sorprende?

—Hablo en serio. No sé qué espera de mí.

—No creo que espere nada pero no te preocupes, lo que tenga que pasar pasará. Si pasa. Y si no, pues nada.

—Vaya filosofía de mierda.

—Pues ve y dile con voz ñoña: "oye Raquel, no estoy enamorado de ti y, aunque me encantaría que tú sí lo estuvieses de mí porque eso llenaría mi ego, preferiría que no lo estuvieses para no hacerte daño y que pudiésemos seguir siendo compañeros de cordada, sobre todo asegurándote yo a ti porque cuando me aseguras tú me da miedo que salgas volando y te metas una hostia contra la pared y yo me despachurre en el suelo."

—¿Quién es aquí el gilipollas? ¿Eso crees?

—No. Sí. Yo qué sé. Estaba bromeando.

—Ya. Un día de estos te suelto la cuerda.

Como yo suponía, no hizo falta decir ni aclarar nada. Raquel era bastante perspicaz para comprender que lo mejor de nuestra relación a tres bandas es que no iba a haber escarceos amorosos. Nada de tonterías. Y precisamente por eso se sentía cómoda, sin interferencias emocionales más allá de nuestra amistad. Aprendimos mucho de ella, aunque nosotros no teníamos demasiado que enseñarle. Pero juntos nos hicimos buenos escaladores. Formábamos una cordada que se compenetraba y se divertía y que tenía ideas parecidas sobre cómo vivir la montaña. Pronto empezamos a hacer algunas cosas más en serio. Y aprendimos a meternos los tres en una tienda para dos.

Raquel estudiaba arquitectura y aunque, según ella, lo hacía obligada por la tradición familiar, iba sacando bien

los cursos. En realidad le estaba gustando más de lo que había imaginado al empezar, pero disfrutaba más con la escalada. Las horas sentada en la mesa del estudio se le hacían eternas. Héctor siguió con su módulo y trabajando con su padre. Había conseguido convencerlo para ampliar el negocio y se había iniciado en el mundo de los trabajos verticales. Les iba muy bien. Conseguía además trabajos bien pagados para muchos amigos escaladores que aprovechaban sus dotes de hombre araña para subsistir. El hecho de que fueran trabajos precarios o puntuales les convenía, pues no les ataba a un horario ni a un calendario. Cuando necesitaban dinero, acudían a Héctor, trabajaban una temporada para luego coger la pasta y salir pitando con sus furgonetas a escalar y a vagabundear hasta que se acabase.

Yo había comenzado a estudiar filología porque era lo único que me parecía obvio estudiar. Siempre me había gustado leer. La elección había sido para mi algo natural, inevitable. No lo pensé mucho. Tampoco había mucho que pensar. No se me habría ocurrido estudiar otra cosa. Era capaz de escribir con escasas faltas de ortografía, con cierta propiedad, pero sin exagerar. Pese a ser un buen lector, o quizá por ello, no me interesaba demasiado la escritura, al menos la narrativa. En el instituto había intentado escribir relatos y, con mucha timidez y vergüenza, algunos versos, pero acepté en seguida que no era un genio.

Me gustaba leer poesía y llevaba siempre conmigo algún libro en la mochila. En ciertos momentos, en una cima, junto a una cascada, en las horas muertas en la tienda bajo la lluvia o en un vivac sin estrellas, me deleitaba leyendo versos que se llenaban de sentido al recitarlos en

un murmullo. Héctor y Raquel me dejaban hacer pero preferían que les contase historias. Pronto descubrí que mi afición a la literatura tenía poco que ver con lo que estudiaba. Fui aprobando con desgana e indiferencia, en modo autodidacta, dedicándome a las pocas asignaturas que me interesaban y pensando siempre más en largarme al monte que en estudiar.

Pero tuve suerte. En tercero de carrera me fui de Erasmus a Italia. Padova estaba muy cerca de los Dolomitas y supuso para mí una oportunidad única. Pasé más tiempo en la montaña que en la universidad. Era una excusa perfecta. No tenía nunca dinero, me apañaba malamente y esperaba con hambre las visitas de Raquel y Héctor, que volaban cada poco al aeropuerto Marco Polo de Venecia para irnos a escalar. Héctor tenía siempre el bolsillo lleno, le pagaba el vuelo a Raquel y aparecían sin avisar. Los días que pasábamos juntos se encargaba de los viajes y de hacer que mi dieta fuese más consistente que la que involuntariamente seguía: pasta pasta pasta.

Terminado el año en Italia, no me quedó más remedio que volver a Madrid y acabar la carrera. Pero me las apañé para volver a Italia a hacer un doctorado: tenía para dos años más. Me gustaba Italia y más aún los Dolomitas. Héctor y Raquel también se hicieron adictos a su belleza. Nos íbamos a escalar a espectaculares e infinitas paredes que nos dejaban exhaustos y felices. Las pasamos canutas en una tormenta en la noroeste del Civetta y tuvimos más de un susto, pero conocimos a escaladores extraordinarios y adquirimos una gran capacidad técnica y una compenetración como cordada que nos daba seguridad y confianza.

Italia nos hizo escaladores. Fueron unos años de una felicidad mítica, la edad de oro.

Pero el paraíso se acabó. De nuevo en Madrid, con mi doctorado en literatura medieval y mi cara de papa, ya tenía todo lo necesario para apuntarme a las listas del paro y sentarme a esperar. Tenía que vivir de algo, se habían acabado los estudios y las becas y tampoco podía ser una carga para mi familia. Sin esperanzas, empecé a buscar trabajo. Con grandes dosis de imaginación pergeñé un curriculum grandioso. Además de mis títulos académicos, añadí que no se me daban mal los idiomas y era capaz de hablar francés, inglés e italiano. Ese bagaje me permitía una cierta versatilidad laboral y podía trabajar como profesor de idiomas en una academia, profesor de lengua y literatura en un instituto o convertirme en improvisado profesor de escritura creativa. Yo, que no había escrito más que memeces toda mi vida. También podía desenvolverme como traductor, intérprete, corrector de pruebas, corrector de estilo, editor literario, crítico literario, consultor lingüístico, redactor publicitario o lo que se me pusiese por delante si era pagado, o mal pagado, siempre en relación con el uso del lenguaje.

Con tal curriculum esperé una lluvia de ofertas. Me llovieron dos, una de camarero de hotel y otra de traductor freelance de alemán. No me quedó más remedio que irme con Héctor a limpiar los cristales de un rascacielos colgado de un andamio durante varias semanas.

Poco a poco, fui consiguiendo algún trabajo: unas pocas clases de profesor asociado en la universidad, alguna interinidad de pocas semanas en institutos perdidos de la periferia y unas míseras traducciones de italiano. Así me

iba manteniendo, mal que bien, viviendo en el piso que me había dejado en herencia mi abuela. Por lo menos no tenía que pagar el alquiler, así que el poco dinero que conseguía me lo podía gastar en la montaña.

## Seis

Que era lo único que me interesaba en el fondo. Tanto para mí como para mis amigos era mucho más que un deporte o un *divertimento*. Llamarlo religión sería excesivo, pero sí he de reconocer una cierta mística en nuestro modo de vivir en la naturaleza. En un mundo cada vez más artificial, era un auténtico privilegio poder pasar gran parte de nuestro tiempo al aire libre, en contacto con la tierra, el viento, el sol, el agua, la nieve, las nubes, los árboles y los escasos animales que aún quedaban.

Había nacido y me había criado en la ciudad, pero en ella me sentía cada vez más fuera de lugar. Nunca me había percatado del todo de lo invivible que era mi ciudad, el ruido, el tráfico, el aire irrespirable, hasta que salí de ella. Me había criado como un ser absolutamente urbano pero intuía que llegaría el momento de abandonar Madrid para siempre, era una simple cuestión de tiempo. Mientras tanto, salía disparado en cuanto podía hacia cualquier parte que se pareciese lo menos posible a una ciudad. Solo me sentía bien en la montaña.

Si me preguntaseis qué era lo que encontraba, tendría problemas para responder. Quizá lo único sincero sería decir: no lo sé. Aparte de las obviedades que he dicho antes, aire, naturaleza y demás, no sé qué buscaba, no sé en qué

consistía mi placer, ni tan siquiera si lo era. Solo sé que era en la montaña donde quería estar, donde me gustaba vivir. Aunque muy a mi pesar tuviese que vivir en la ciudad. Me era necesaria para intentar sobrevivir a malas penas con trabajos esporádicos y mal pagados. Pero volver suponía una pesada, inevitable resaca que me resultaba cada vez más difícil de soportar. Solía caer en depresivos estados de apatía y mal humor hasta que empezaba a preparar la mochila para volver a marcharme.

A los tres nos ocurría algo parecido. Intentar conciliar nuestra doble vida era complicado. Además, nuestras idílicas ideas se topaban con la realidad. A principios del siglo veintiuno la montaña se estaba convirtiendo en una prolongación de la ciudad, con una fauna urbana invasora y devastadora. Además de los tradicionales montañeros y escaladores cada vez más numerosos, asomaban por las laderas corredores de montaña, excursionistas en manada que hacían *trekking*, tipos en *quad*, dueños con perro y perros sin dueño, helicópteros rescatando, turistas en chanclas, bicicletas en caída libre por las trochas, motos estruendosas por los barrancos, cazadores y pescadores, pajareros, fotógrafos de naturaleza (muerta), todoterrenos en una nube de diesel, supervivientes extremos navaja en mano, el hombre pájaro estrellándose, alas delta esquivando drones, un enjambre de esquadores buscando un telesilla, algún pastor con sus ovejas y cortijeros soberbios y arrogantes cortando los caminos. Buscar paz y silencio en la montaña era intentar encontrar el santo grial.

Pertenecíamos a la generación decatlón que acudía en masa a la montaña con un gepeese en una mano y un móvil en la otra. Era el signo de los tiempos, el efecto de la de-

mocratización de la montaña y la escalada, que se habían convertido en meros deportes, en pasatiempos, en atracciones de feria. No había nada que objetar, todo el mundo tenía derecho a disfrutar. Quedaban lejos los tiempos heroicos en los que la montaña era el mundo de unos pocos elegidos. También resultaba fácil y relativamente barato adquirir equipo y acceder a la información necesaria para planear aventuras. En internet se podía encontrar desde los croquis de escalada a los mapas más precisos de rutas míticas listas para el consumo. Se podía buscar, comparar y elegir equipo navegando en un mar de ofertas. Y seguir en directo lo que ocurría en las montañas del mundo.

Era una suerte y una desgracia. Si nosotros podíamos hacerlo, mucha más gente también. Y ahí tenías aparcamientos de pago repletos al pie de las montañas, rutas atestadas, colas de espera en los collados para hacer alguna cima de renombre, escuelas de escalada a rebosar de gente colgando de sus paredes, refugios de montaña convertidos en hoteles colapsados, empresas de multiaventura enlatada. Para nosotros, urbanícolas, hasta cierto punto era normal pues nos habíamos criado así, siendo parte de la masa, haciendo colas y abriéndonos paso a codazos entre el gentío. Era lo que queríamos evitar pero resultaba difícil dejar el gran circo atrás.

Nos dimos cuenta de ello muy pronto. Aunque nunca nos había interesado mucho la marca de nuestro vestuario, aprendimos a elegir lo práctico y económico, a distinguir entre lo necesario y lo superfluo, a evitar comodidades y caprichos, a ser exigentes con el equipo que necesitábamos y con nosotros mismos. Y empezamos a alejarnos de

las rutas y las montañas más frecuentadas, del hormiguero. La soledad y el silencio se convirtieron en objetivos.

Eso implicó que abandonásemos la escalada deportiva y sus acrobacias, sus paredes sucias de magnesio. Olvidamos el grado y la escalada volvió a ser para nosotros el modo de llegar a lo desconocido. Malvendimos el gpeese y dejamos de usar el teléfono. Nos volvimos antiguos. Dejábamos la furgoneta en cuanto podíamos y hacíamos largas aproximaciones a pie, a veces en bicicleta. Aprendimos a orientarnos por nosotros mismos, con la ayuda del sol y las estrellas, leyendo el terreno.

Nuestra experiencia en los Dolomitas hizo que, junto a nuestra técnica, aumentase nuestra confianza. Empezamos a enfrentarnos a nuevos y mayores retos: a las alturas, a glaciares y cascadas de hielo, a enormes paredes. Fuimos abriéndonos a otros horizontes, más lejanos y mucho más elevados. Y nos fuimos acostumbrando al frío, al frío de verdad, al abrazo del oso. Dejé de obsesionarnos hacer cima, queríamos vivir una montaña, un territorio. Éramos bichos raros en un mundo de competiciones, de récords de velocidad, del más difícil todavía. Estábamos a caballo entre la vieja concepción de las gestas alpinas y el divertido mundo de los jipis yosemíticos. Conocimos a otros montañeros, escaladores, alpinistas que intentaban vivir la montaña también a su manera, perdiéndose y buscándose. Aprendíamos de ellos, de su experiencia, de su sabiduría, de su silencio, de sus errores.

Nos gustaban las heladas noches de vivac y las largas aristas nevadas sobre horizontes de nubes amenazantes, la aventura y la exploración. Estábamos dispuestos a esforzarnos y arriesgarnos pero no para alcanzar fama ni gloria.

No nos dejábamos encandilar por las redes sociales, ni se nos podía seguir en directo en un blog. Raquel también pertenecía al club en el que habíamos empezado Héctor y yo, pero íbamos por libre. No había banderas ni símbolos al llegar a una cima, vivíamos la montaña de la manera más intensa, disfrutando e intentado sentirnos libres, sin pensar en nada más. Tampoco nos importaba el futuro, sobre todo el que nos podía esperar bajo el mar de nubes que ocultaba las luces de la ciudad.

Alguna vez dijo Messner que, habiendo en Los Alpes diez mil montañas, todo el mundo se apiñaba en tres: en el Mont Blanc, en el Monte Rosa y en el Cervino, las otras estaban vacías. Intentado ser coherentes, convertimos en tabú los nombres célebres a los que todo el mundo quería subir, nada de anetos ni mulhacenes ni las tres vacas sagradas de los Alpes. No haríamos colas, para eso el corte inglés en Navidad, para eso la ciudad. Nos sentíamos orgullosos de las montañas a las que no habíamos subido ni subiríamos nunca. Sí, éramos pedantes, claro. Pero también teníamos la intención de no dejarnos llevar, de hacer las cosas con algún criterio.

De chaval, mi primera montaña en solitario fue el Peñalara. Esa experiencia crucial podía haber ocurrido en otra cima cualquiera y habría significado lo mismo para mí. Desde entonces los grandes nombres y yo hemos tenido los polos invertidos y nos hemos rechazado mutuamente. La única excepción que nos permitimos fue el Aconcagua, donde abrimos una ruta por la cara suroeste. Pero esa es otra historia.

Empezamos a elegir rincones poco frecuentados, olvidados. No nos importaba la altura ni el renombre de una

montaña sino su belleza por descubrir, sus posibilidades, su inocencia. Se complicaban los viajes, renunciábamos por supuesto a refugios guardados, o sin guardar, a no ser que llamemos refugios a caseríos en ruinas, a apriscos invadidos por las ortigas, a cuevas de pastores. Huíamos de un teleférico como de la peste, era el símbolo de la destrucción que conllevaban las pistas de esquí. Nos movíamos en completa autonomía, cargando con el equipo necesario y elegíamos el lugar dónde acampar o, mejor aún, vivaquear lo más lejos posible de cualquier lugar habitado.

No parecía tarea fácil, no quedaba mucho por explorar, pero encontramos montañas, cimas, corredores y paredes donde nunca iba nadie, si acaso algún pastor sorprendido al ver que nos dirigíamos hacia esa montaña a la que él aseguraba haber ascendido, aunque fuese casi siempre mentira. Grandes alpinistas, los pastores, en su juventud. Gran imaginación también la suya. Buena gente, un poco desconfiados a veces, no les fuéramos a robar un cabrito, pero buena gente. En las aproximaciones, a menudo saludaban gritando "esto es propiedad privada, ande hostias vais, por ahí no se puede pasar, hay cazadores y os van a pegar un tiro, ahora mismo llamo a la guardia civil", y otras formulas de bienvenida. No todos, claro. Con alguno compartimos amigable charla sobre caminos, pájaros y flores, sobre todo Héctor, pero solo tras cerciorarse de que no le íbamos a robar un choto ni las negras sartenes de su refugio en ruinas. ¡Ah! ¡La novela pastoril!

Sí, buena gente, mejor que los cazadores, gente curtida y medio ebria (lo de medio es un decir), de gatillo rápido y palabras duras. Ellos también decían amar la naturaleza, a su manera claro. Pero era un amor a tiros, con los todo-

terrenos abriendo pistas donde no las había y dejando un reguero de plástico y plomo, de latas de atún y cerveza, de perros maltratados y animales muertos. Para sus batidas de caza "ecológicas", control de poblaciones lo llamaban, cortaban los accesos a grandes zonas durante días porque sí, por amor a la naturaleza y a la escabechina. Eran los nuevos depredadores que solo buscaban el equilibrio ecológico, la igualdad de las especies, el ecosistema perfecto. A tiros.

Con el tiempo nos fuimos haciendo montañeros, escaladores, alpinistas. Éramos la cordada perfecta, un trío mágico. Ocurrieron muchas cosas antes de que nosotros, tres chavales de Madrid, acabáramos a siete mil metros en el Himalaya indio. Nadie lo habría imaginado el día que Héctor me pidió ir conmigo a la montaña.



## Siete

Nos creíamos inmortales, por supuesto, héroes indestructibles. No imaginábamos que nos pudiera pasar nada. Pero no era así, claro. Le tocó a Héctor descubrir lo peligrosas que podían resultar nuestras aventuras. De repente lo tenía en el suelo a mis pies, gimiendo de dolor. Por el gesto, tenía que estar sufriendo de veras.

Todo había sucedido tan rápido que me costó unos segundos tomar conciencia de lo ocurrido. Héctor acababa de caer desde unos cinco o seis metros, sin advertirme, sin tiempo para nada que no fuese despeñarse. Yo lo estaba asegurando muy atento, la cuerda con la comba justa, siguiendo sus movimientos por el diedro en el que había metido ya dos seguros. Pero entonces cayó, arrancando de la pared un fisurero junto a un trozo enorme de roca que no había aguantado su peso y que salió volando por encima de nuestras cabezas. Menos mal que no nos cayó encima. El otro seguro había aguantado, frenando la caída pero Héctor había tenido la mala suerte de golpearse con la pierna izquierda en un saliente de la roca. Tenía el pantalón ensangrentado y en cuanto acabamos de bajarlo, confirmé mi temor de que fuese una fractura abierta. En unos segundos habíamos pasado de estar escalando tan felices a tener a Héctor con la pierna hecha pedazos. Su rostro

crispado reflejaba el dolor que tenía que estar sufriendo con ese hueso astillado que asomaba a través de la carne. Aquello pintaba muy mal. Había que hacer algo y deprisa. Entre Raquel y yo intentamos calmarlo, asegurándole que no era nada grave pero sabía perfectamente lo que le había ocurrido. Saqué mi botiquín del fondo de la mochila, busqué una venda y le inmovilicé la pierna lo mejor que pude entre gritos de un dolor que tenía que ser insoportable. Pese a que Héctor era un tipo duro, no conseguía evitar gemir.

Teníamos que sacarlo de allí cuanto antes y llevarlo a un hospital. No podíamos pedir que nos rescatasen. En el barranco en el que estábamos no había modo de que entrase un helicóptero y, aunque consiguiese acercarse para echar un cable, era demasiado estrecho. Además, no quedaría más de una hora de luz. Cualquier maniobra resultaría imposible. Por tierra, los servicios de emergencia tardarían horas en llegar hasta nosotros. No podíamos esperar. De todos modos, nos resultaba imposible comunicar con el exterior: no había cobertura. Estábamos atrapados. Así que lo más rápido sería intentar salir del barranco por nuestros medios, llegar hasta la furgoneta y llevarlo al hospital de Almería.

Si conseguíamos salir de allí por la senda que seguía el estrecho y pedregoso lecho del torrente, sería fácil llegar hasta la furgoneta, que no estaba demasiado lejos, quizá a un kilómetro de la entrada del barranco, incluso menos, si intentaba acercarla campo a través desde la pista donde la habíamos dejado. El problema era que Héctor pesaba un quintal. Con la cuerda y unos bastones de senderismo improvisamos una especie de camilla y trabajosamente

fuimos arrastrándolo por el camino, ganando metros poco a poco. Nunca me había importado mucho su peso pero le juré que o se ponía a dieta o no iba más con él a ninguna parte. Sudando y resudando, deteniéndonos mil veces, conseguimos llegar dos horas después a la furgoneta, ya a la luz de las frontales. Salimos pitando para Almería, intentado evitar el continuo traqueteo de los baches, discutiendo por la ruta en la confusión de pistas y caminos.

Menos mal que el vendaje había frenado algo la hemorragia. Pero a cada bache, a cada curva, Héctor gemía y rabiaba de dolor. Raquel intentaba calmarlo, sujetándolo para que no se desplazase en la furgoneta, pero no era tarea fácil en aquel camino de cabras. Por fin salimos a la carretera asfaltada y nuestro rodar se hizo más suave y rápido. Aunque seguía siendo una carretera de montaña llena de curvas, el firme estaba en relativo buen estado, así que conseguimos inmovilizarle bien la pierna y se tranquilizó bastante. Bromeábamos con él, no había seguro que se le resistiese, los tenía que arrancar todos, menos mal que en el hospital lo iban a poner a dieta e iba a adelgazar lo suficiente para no seguir rompiendo paredes en cada caída, dónde se ha visto un escalador tan bruto. Él intentaba sonreír pero sólo conseguía esbozar una mueca de dolor, si me llegas a ver antes, hubiera arrancado hasta los clavos de cristo, pero ahora estoy hecho una sílfide, ¡ahhh!, yo en el hospital no me quedo, una escayola y para casa, qué coño.

—Eso lo dirá el médico. Parece que te has hecho pupa, pero no pienses en eso, ya veremos luego.

En urgencias se lo llevaron para adentro de inmediato. Tuvimos que esperar varias horas para tener las primeras noticias. Era enero y había epidemia de gripe. La sala de

espera estaba atestada, incluso había ancianos en camillas en los pasillos. Parecía un hospital de guerra. Raquel y yo no nos habíamos caído de la pared pero de pillar esa gripe no nos íbamos a escapar.

Al amanecer, muertos de sueño tras pasar la noche retorciéndonos en unas incómodas sillas de plástico, nos informaron por fin de la lesión: tenía una fractura abierta de tibia y peroné, con desgarros musculares y otras cosas más que no alcanzamos a entender. En resumen, tenía la pierna izquierda destrozada. Lo iban a operar para recolocar los huesos y meterle algunas placas y tornillos. Había tenido suerte de no desangrarse, pero su estado era grave. Solo nos quedaba esperar.

—Nos lo van a dejar como un robocop, lleno de hierros que seguro que rompe. Lo rompe todo.

—Esta vez se ha roto él. No sé qué coño ha pasado, el friend parecía bien metido y la piedra parecía muy solida, no era de esperar que se quebrase así —No podía evitar sentirme culpable—. ¡Qué mala suerte que se haya caído justo hoy, el último día! ¡Qué faena!

Teníamos previsto marcharnos al día siguiente, tras varios días escalando por la sierra de Gádor.

—Ya no puedes hacer nada. Esto es así, a veces ocurren accidentes pese a todas las precauciones, son los riesgos objetivos, ya sabes.

—Sí, claro que lo sé. Me conozco la teoría. Pero es una putada.

—¿Te tienes que marchar?, ¿tienes algo que hacer en Madrid, algún trabajo? —me preguntó preocupada—, a mí aún me quedan unos días de vacaciones.

—En realidad no mucho, me llamaron para una traducción, pero tendrán que esperar. De momento me puedo quedar aquí unos días. Vamos a ver cómo va la operación. Habrá que avisar a su familia.

Era enero. Ellos habían cogido unos días de vacaciones y a mí me hubiera gustado, de haber tenido algo de trabajo, pero estaba simplemente aburrido, mirándome las uñas. Propusieron ir al sur, a donde nunca íbamos, para relajarnos y hacer proyectos. Recorrimos parte de Sierra Nevada haciendo tresmiles. Había bastante nieve ese año y fue una bonita aventura. Nos sorprendió la belleza de Sierra Nevada, desde donde se veía el mar y pudimos otear incluso África. Luego recorrimos los pueblos de la cara sur, la Alpujarra, con unos amigos de Almería. Nos enseñaron también el espectacular barranco de Cacín, donde ocurrió el accidente cuando estábamos escalando, un día antes de volver.

Dimos parte al seguro. Lo trasladarían a Madrid en cuanto fuese posible, pero aún se tendría que quedar en Almería durante cuatro o cinco días. Al parecer, la operación había ido bien. Con suerte recuperaría la movilidad y la fuerza de la pierna en unos meses, aunque necesitaría también mucha rehabilitación. Quizás no se le notara la cojera, pero había sido una lesión importante y no podían asegurar nada.

—Me dolerá cuando llueva, esa es la putada. Me tendré que venir a vivir a Almería, que aquí llueve poco.

—Si es solo eso —comenté, poco convencido.

Parecía que los heridos éramos nosotros, él estaba tan contento en su cama, con la pierna llena de aparatos colgando de un contrapeso, comiéndose unas empanadillas que le

habíamos comprado. No paraba de pedirnos comida, pero habíamos decidido que lo del régimen iba a ir en serio y le dosificábamos los caprichos. Hasta se bebía ese brebaje que, con optimismo exagerado, llamaban sopa. Dios, cómo olía.

—¿Has visto —resopló con la boca llena— qué polipasto más chulo para colgarme la pierna? ¿Es de tres o de cinco? Seguro que tú lo habrías montado mejor.

—Estate quieto, que eres capaz de cargártelo, manazas —le respondió Raquel.

—¿Recogiste todo el material?

—Sí, no te preocupes, volvimos ayer y cargamos las mochilas, con las prisas no sé si se habrá perdido algo.

—Da igual, ya lo comprobaré cuando volvamos y revise el equipo.

—¿Ya estás pensando en escalar?

—Pues claro, joder, ahora que me estoy quedando en los huesos, verás tú cómo subo. Esa vía la hago sí o sí.

—Creo que tendréis que esperar un poco, la vía y tú, pero os acompañaré —le sonrió.

—Será un placer escalar contigo... si adelgazas —dije yo, por darle ánimos, aunque lo veía improbable.

—Vale, quedamos entonces un día de estos, en La Pedriza mismo, y vamos haciendo unas vías para entrenar, aquí la rana ésta sube que da gusto, como no pesa... Pero cuando me asegura tiemblo, no es un buen contrapeso. De hecho, aquí me tenéis

No sé cómo podía estar de buen humor.

—Pero no por culpa mía, ¿qué podía hacer si saltó el seguro? Menos mal que el otro aguantó. Y te aseguro que lo siento.

Yo no me sentía tan bien como él.

—Ya lo sé, tonto, te quería cabrear un poco, que me gusta ver tu entrecejo fruncido.

—Serás gilipollas...

Nos quedamos unos días más, la mayor parte del tiempo en el hospital, haciéndole compañía: se aburría como una ostra.

—Léete un libro —le propuse. Y le compré algunos de montaña, pero se dormía sin remedio a la segunda página.

—Me estás curando el insomnio, con tus libros.

Raquel tuvo que volver a Madrid. Antes de marcharse me comentó que temía que tuviera más problemas de los que suponía y que no pudiera volver a escalar. Ni caminar con normalidad, incluso. Que se quedara cojo.

Le aseguré que eso no pasaría, que Héctor era muy fuerte y que se recuperaría totalmente. Me miró sonriendo.

—Claro, tienes razón.

Yo esperaba no equivocarme.



## Ocho

Ese fue el único accidente grave que tuvimos. En las largas travesías, cargados como mulos, Héctor acababa cojeando un poco, pero no se quejaba nunca de su pierna. Solo la mencionaba para anunciar que iba a cambiar el tiempo. Era algo en lo que nunca fallaba, porque el tiempo cambiaba siempre. La recuperación le costó meses de esfuerzo y rehabilitación, de dolor y gimnasio, pero lo aceptó con humor y se dedicó con ahínco a recuperar la forma física que tenía antes del accidente. Hasta adelgazó unos kilos. Cuando volvió a la montaña parecía incluso rejuvenecido. Nunca comentaba el accidente, ni siquiera para bromear. Pero cuando escalábamos lo notaba más serio de lo que era habitual en él, no con más tensión sino con más intensidad. Era más consciente de lo que arriesgaba, del dolor que podía producir cualquier error. Fue él quien cayó, pero los tres aprendimos la lección: el riesgo siempre estaba ahí.

En Madrid el tiempo pasaba, pero nada más. Yo me mantuve durante varios años entre clases precarias, traducciones y trabajos verticales. Raquel había acabado su carrera de arquitecto en plena crisis y nadie pensaba en construir nada. Como yo, trabajaba en mil cosas y en ninguna. Héctor nos hacía préstamos que tardábamos meses

en devolverle. Él no tenía problemas económicos, las ventanas siempre se ensucian en los rascacielos y hay que repintar las fachadas, aunque nadie construya. La empresa le iba bien y se podía permitir el lujo de ausentarse cuando y durante todo el tiempo que le apeteciera. Era nuestra línea de crédito y nuestro más sólido porteador. Pasábamos la mitad del año fuera de Madrid y la otra mitad recuperándonos e intentando pagar sus préstamos. A Raquel no le costaba demasiado conseguir el dinero pero yo casi siempre tenía que pagar trabajando en su empresa. No acababa de empezar a amortizarlo cuando ya era necesario renegociar el crédito para la siguiente expedición. Me estaba convirtiendo en su esclavo.

Vivíamos pensando solo en marcharnos y lo hacíamos continuamente. Durante los años siguientes hicimos muchas expediciones, volvimos a los Alpes, bajamos al Atlas, nos adentramos en el círculo Polar, nos perdimos en los Urales, nos helamos en los Tatras polacos. Pudimos también dar el salto a América, primero escalando en Alaska, luego en algunos nevados de Bolivia y Perú. Pese nuestra norma implícita de evitar los grandes nombres, nos embarcamos en un proyecto bestial al Aconcagua: hacer los tres mil metros de la cara suroeste por una nueva variante. Era sin duda nuestra ascensión más dura, difícil y arriesgada. Lo conseguimos por los pelos, pero no nos había resultado nada fácil. Había establecido nuestro límite de altura, no habíamos alcanzado los siete mil, pero los escasos metros que faltaban eran lo de menos. Tuvimos suerte, hubo momentos en los que pensé que no saldríamos de allí.

Nuestra última aventura nos había dejado más agotados y arruinados que nunca. Pero ya estábamos soñando

con nuestro siguiente objetivo: el Himalaya, o quizá el Karakórum. Estábamos buscando una montaña perdida, evitando la masificación de los grandes nombres, sobre todo de los ochomiles. Sabíamos que lo importante no era la altura sino la belleza de la ascensión. Héctor andaba haciendo proyectos y buscando objetivos, pero era un momento difícil para mí. Mis expectativas laborales eran las mismas de siempre, pocas y malas. Cada vez soportaba menos entrar en un aula o sentarme a traducir durante horas y horas. Para empeorarlo todo, me aumentaron las horas como profesor asociado en la universidad, cobrando una miseria y trabajando como un esclavo. Otro modo de acortar la cadena. Pero no podía decir que no. O eso pensaba. Así que me arremangué y me olvidé una temporada de los sueños himaláyicos.

Como durante unos meses íbamos a tener poco tiempo para escapadas, volvimos al rocódromo a entrenar, al menos para mantenernos en forma. Llegamos en plena hora punta al mega-rocódromo que acababan de abrir cerca de mi casa. La escalada, ahora llamada *indoor climbing*, se estaba poniendo muy de moda. Aquello sí que parecía un circo, con acróbatas, contorsionistas, equilibristas y algún que otro payaso. Faltaba el hombre bala, pero no tardaría en llegar. Nos acomodamos como pudimos en un rincón y empezamos a calentar. Entonces apareció la estrella. No sabría decir si en ese circo imaginario era domador, forzudo, mago o tragasables. Todos le rendían pleitesía, era la gran esperanza del 9b patrio y subiendo. Era Ricardo Lozano, alias Richi. Lo conocíamos, claro, como nos conocíamos todos. Siempre había sido un vacilón, pero se había puesto cachas y ahora apuntaba alto en las competiciones.

La escasa relación que habíamos tenido con él era para olvidar. Representaba mucho de lo que nosotros odiábamos. Era presuntuoso, competitivo, mal perdedor y peor ganador, un deportista nato en el mal sentido de la palabra. No soportaba que nadie le hiciese sombra. Era imposible permanecer cerca de él unos minutos sin comenzar a pensar en los estragos que produce la vanidad. Sí, su egolatría, su megalomanía y su estupidez eran enfermizas.

¿Ha quedado claro lo mal que nos caía? Él sabía que nos resultaba insoportable, y no solo a nosotros, pero no le importaba. No creo que existiésemos en cuanto desaparecíamos de su vista. Porque él lo era todo, lo hacía todo, lo ganaba todo. Era el mejor escalador, el mejor esquiador, el corredor de montaña más rápido y más resistente. Tenía patrocinadores, publicidad, dinero, fama. Lo reconocían por la calle, salía en televisión y era portada de revistas. En fin, le encantaba la fama y la vivía con intensidad. Todo un profesional. La corte de aduladores que giraba siempre a su alrededor, como un cardumen de sardinas, le hacía imaginarse rey en una corte de escaladores aristócratas donde no teníamos cabida los frikis, los pobres sin esponsorización, los que teníamos que trabajar para pagarnos las cuerdas y cuatro mosquetones.

No, no es que nos cayese muy bien. Lo bueno del asunto era que tampoco teníamos que soportarlo. Rara vez coincidíamos, no frecuentábamos los mismo sitios ni nos dedicábamos a lo mismo, salvo encuentros ocasionales escalando alguna pared. O como aquella tarde en el roco. Pero siempre manteníamos las distancias. Por supuesto, no se dignaría a acercarse demasiado a nosotros.

Héctor le tenía más ojeriza que nadie, pues una vez había tenido con él un encontronazo que estuvo a punto de acabar mal, pero conseguí calmarlo a tiempo y evitar que le partiera la cara. Nada, cosas de material que uno quita de en medio dando una patada a una mochila ajena, porque no está en el sitio adecuado, según él. Esos ligeros gestos de desprecio que tienen los reyes cuando andan entre el vulgo. No me agradeció que le evitara el guantazo, quizá ni sospechara lo cerca que había estado. Me trató tan mal como a la mochila pateada. Volvimos a dedicarnos a lo nuestro, escalar, pero maldiciendo entre dientes. Esa noche volvimos a coincidir en un bar. Demasiadas cervezas nosotros, demasiada estupidez la suya. No sé bien qué ocurrió ni qué se dijeron, imagino que no hizo falta mucho, pero ahí sí que no pude sujetar a Héctor cuando lo cogió por la pechera, lo levantó en vilo y lo sentó en la barra del bar gritando:

—¡Invito a torreznos!

Se armó la de dios es cristo, con empujones, manotazos y alguna patadita cobarde en medio de la barahúnda. Nos tuvimos que volver a marchar, claro, entre amenazas a media distancia.

—¡Si todos los cerdos fueran como tú me haría vegetariano! —le gritó Héctor al salir del bar, rematándolo con un ¡gilipollas! estruendoso.

—*Controlla questo tuo violento spirito intollerante!* —le dije en italiano, ya en la calle, recordando viejos tiempos.

—¿Quién, yo? —me respondió con falso tono de sorpresa. Y nos echamos a reír.

Esa tarde, en el rocódromo, Richi se acercó a Raquel. Nuestro reajo era venenoso, pero él venía de buen rollo y

le estuvo haciendo comentarios acompañados de sonrisas ratoniles. Ella, gran diplomática, le dio un poco de cuerda. Héctor y yo nos miramos, no tuvimos que decirnos nada, nos dimos la vuelta y nos colgamos de la barra de dominadas.

—¿Qué quería? —pregunté un poco mosca cuando se marchó.

—Se deja la deportiva. Se pasa al alpinismo. Quiere empezar a hacer expediciones al Himalaya. Me ha preguntado también por el Aconcagua y la Patagonia.

—Que le vaya bien.

—Pues eso.

Después de todo lo que ocurrió después, nuestra opinión no tuvo que cambiar demasiado. Por lo menos no nos sentimos defraudados ni traicionados. Había actuado como nosotros habríamos esperado que hiciese en cualquier situación: mal.

## Nueve

En esas andaba, confuso y desganado, entre vías de deportiva y rocódromos, cuando apareció Silvia. Yo había saltado siempre de una relación a otra con la inconsciencia y la alegría de quien sabe que lo que está viviendo no tiene demasiada importancia, que es solo un juego. En eso consistían mis relaciones, en un pasatiempo. No había tenido hasta entonces más que aventuras efímeras: unas sonrisas, unas copas, unos divertidos ratos de cama. Y alguien más en la agenda. Porque para mí había cosas más importantes. Entre montañas y libros, no tenía tiempo para mucho más. Sí, por supuesto, salía a veces con los amigos a tomar unas cervezas, al cine o a un concierto. Mis necesidades emocionales se bastaban con la relación con mis padres, tranquila y cómoda, y con mis amigos. Tenía además montones de conocidos y compañeros de aventuras. A veces, la relación con alguno de ellos se intensificaba cuando las afinidades y los intereses coincidían durante un tiempo. Después, simplemente nos volvíamos a alejar, manteniéndonos en *stand-by*, en una latencia que en cualquier momento podría reactivarse, si surgía la oportunidad de volver a hacer algo juntos. No tenía problemas para relacionarme y tampoco necesitaba hacerlo con intensidad. Amaba caminar, escalar, perderme en la montaña, leer. Parafraseando a Pessoa,

dedicarme a las montañas y a los libros no eran ambiciones mías, eran mis maneras de estar solo.

Mi tiempo se dividía entre la mochila y los papeles. Lo normal y predecible hubiera sido contar mis aventuras montaÑeras, escribir cuentos o novelas ambientadas en los bosques, en la nieve, en las rocas, como un nuevo Jack London. O como uno de tantos alpinistas que escribían sus memorias y daban conferencias para ganar algún dinero. Pero la narrativa no era un género que me atrajese demasiado, por mucho que a veces me lo sugiriese Héctor. Aunque no me cueste contar aventuras —mejor si son ajenas y entre amigos—, siempre he preferido la poesía. Escribía muchos versos. Al hacerlo me parecían hermosos, pero al releerlos más tarde descubría con pesar que solo resultaban ser malos ripios. Pero era fácil tirar un papel, borrar un archivo, olvidar cuatro frases. Lo difícil era vivir como un poeta, mantener fresco en mí el espíritu de la poesía, concebido como la búsqueda de la belleza, como la necesidad de dar nombre a lo que estaba viviendo y sintiendo. Sí, hablo del sentido de lo sublime, del absoluto. Sí, Walt Whitman, cómo no, como tantos otros poetas que han cantado la naturaleza y han expresado lo que yo soñaba vivir y tenía que intentar decir con mis palabras. Se trataba de encontrar la fórmula mágica para retener sensaciones y emociones que no solo se referían a la naturaleza, al viento, al frío, a los cielos, rocas, montañas, árboles, piedras, animales, flores que encontraba a cada paso. El cansancio, el aburrimiento, el ansia, el placer, la plenitud de una cima, todo tenía cabida en mi poesía, que debía ser absoluta, expresar el mundo y a mí dentro de él. Algo que al final no pasaba de ser un galimatías ininteligible. Sí, me

dejaba llevar por una cierta mística romántica, embriagado por tanto Von Humboldt, tanto Friedrich, tanto imaginar el mundo como un enorme, infinito misterio. Sin olvidar lo que la naturaleza era para Leopardi, madrastra hermosa y cruel.

Leía, leía siempre hasta quemarme los ojos, hasta que las lágrimas me impedían seguir haciéndolo. En la mochila siempre había lugar para un libro. He pasado muchas noches de vivac leyendo a la luz de la frontal o de una pequeña vela. Para mí es como respirar. En estos tiempos la lectura ya no es el medio de acceso al conocimiento, ni siquiera a la información, inmersos como estamos en una cultura absolutamente audiovisual. He de reconocer que prefiero las palabras a las imágenes, que entiendo mejor una descripción que una foto, que prefiero una voz hermosa a un rostro bello. Supongo que alguien pensará que tengo problemas crónicos de visión y llevo gafas de culo de vaso. Pero no, la diferencia estriba en que cuando leo soy yo quien imagina. Puedo así crear un mundo posible, poniendo y quitando a mi antojo. La imagen me lo da ya todo, no me deja intervenir. No es que yo consiga imaginar nada mejor de lo que pueda dar una imagen, es solo que para mí es más real y auténtico cuando lo crea mi fantasía. Siempre me ha resultado poco natural la quietud de las fotos. Y en la imagen en movimiento hay algo que se me escapa constantemente, como si la velocidad del cine fuese diferente de la de mi mente. Necesito ralentizar o acelerar para comprender. Y lo hago a placer cuando imagino, no necesariamente con los ojos cerrados, ni quitándome las gafas.

Decía que estaba viviendo uno de esos momentos de introspección y aburrimiento, dedicándome a mis clases de literatura y a leer, a la espera de una nueva expedición. Entonces llegaron por sorpresa los días de vino y rosas. A pie de pared, comenzamos a hablar mientras nos íbamos quitando los aparejos del arnés, metiendo todo a la mochila de cualquier manera, sin mirar, sin contar, ya lo haríamos luego. Yo enredándome con la cuerda al intentar hacer el pulpo, como un torpe novato. Ella riendo e intentando ayudar pero enredándose también, nerviosos y balbucientes como niños. Como quien acaba de reconocer a quien siempre había esperado, aún sin haberlo imaginado, porque era imposible imaginar que fuera así, precisamente así, mucho mejor de lo soñado.

Por primera vez en mi vida quería tener buen aspecto, me preocupaba cómo vestir, me afeitaba más a menudo, casi a diario, comprobaba el olor de mis sobacos cada media hora, usaba colutorio y me lavaba las orejas a conciencia. Me convertí en un coqueto ridículo que sonreía sin ton ni son, no solo cuando estaba con Silvia, también en casa, en el trabajo, paseando o colgando embobado de una reunión.

Un domingo fui a comer a casa. Mi padre ni me lo notó, o, si lo hizo, no dijo nada. Pero mi madre, más perspicaz, se divertía observándome. Puse la mesa, preparé un aperitivo, hice la ensalada, puse música... como solo me faltaba colocar flores en la mesa, mi madre me soltó:

—Estás raro, ¿qué te pasa?, ¿te has enamorado?

—¿Yo, por qué? —respondí enrojando.

—Buena pero tonta pregunta —me espetó mi madre—, te falta planchante los calzoncillos.

—¿Por qué lo dices?, ¿que no se planchan? —Comprendí que mi felicidad era más que evidente para mi madre. No podía negarlo.

—Porque lo único que has planchado en tu vida es la oreja. Y ahora pareces un maniquí. —intervino mi padre. Los dos se echaron a reír.

—¿Qué ocurre?, ¿por qué me tomáis el pelo?

—¿Nos lo vas a contar o no?, ¿cómo se llama? —preguntó mi madre.

—Silvia.

—¿Silvia?

—No te gusta.

—No es el nombre lo que nos tiene que gustar —Mi padre siempre era mi padre, nunca se mojaba— y además, si te gusta a ti, todos contentos.

—Y creo que no solo te gusta, creo que te entusiasma. Estás colado —sentenció mi madre.

—Sí, me gusta, pero no exageres.

—¿Algo más que debamos saber? —Mi padre me miró inquisitivo por encima de las gafas.

Poco había que contar, llevábamos viéndonos solo unas semanas, sabía poco de ella y menos aún de mí, de lo que había empezado a sentir y de dónde iría a parar todo aquello. Pero me alegré de poder compartirlo con mis padres, con los que tenía escasa relación desde que me había marchado de casa, de poder hacerlos felices con mi felicidad. Vaya una mierda de poeta. Pero es que la felicidad nunca ha sido una gran musa.

Con Silvia las cosas fueron muy rápido, siempre, en todos los sentidos. Dos meses después de habernos conocido ya vivíamos juntos. Se vino a mi piso con sus bártulos,

que no eran pocos: sus mil maletas, mochilas, petates, bolsas. Y chaquetones, abrigos, plumas, sombreros, gorros. Y camisas, camisetas, ropa interior, pantalones y millones de zapatos y zapatillas. Abrir un armario provocaba un alud de cacharros a mis pies, por todas partes había cosas suyas. Yo, que siempre he sido metódico y ordenado, sonreía feliz ante aquel caos que se había apoderado de mi vida. Lo consideraba un módico precio a pagar por mi felicidad. Recogí como pude mis cosas en el estudio, que se convirtió en mi refugio para poder preparar clases y, sobre todo, para leer. Silvia no quería entrar nunca allí porque decía que todos tenemos que tener un espacio para nuestros secretos, un mínimo de intimidad. Ella en el piso no la tenía ni la buscaba, pero a veces desaparecía de casa durante horas o durante días enteros y después no quería decirme dónde había estado. En mi estudio, bromeaba. Y yo la entendía, o eso creía.

## Diez

Fui feliz, no lo voy a negar, tanto como supongo que puede serlo alguien como yo. No volveré a vivir nada parecido, lo sé. Quizá tenga de nuevo una relación, puede que incluso me enamore otra vez. Pero no creo que vuelva a sentir algo parecido a lo que sentí por Silvia. La palabra amor me queda grande. Podría usar otros términos más vulgares, pero no sería justo y no reflejaría la verdad. Me enamoré, sí. Hasta las cachas, hasta la estupidez. ¿Alguien cree que amar es fácil?

Hubiera preferido que todo ocurriera de otro modo. Pero rara vez podemos elegir nuestro destino. A veces incluso pienso que me merecí lo que ocurrió. Pero antes que considerarme víctima preferiría pensar que era, que soy, un iluso.

Era consciente de que las cosas no andaban demasiado bien, no al menos como al principio, pero supuse que sería algo usual, lógico incluso. Me engañaba. Tras los primeros momentos de entusiasmo, nuestra relación poco a poco se había ido desmoronando. En poco más de un año nos dejamos atrapar por la desidia. Imagino que el inevitable desencanto inicial, por ambas partes, se fue convirtiendo en una enorme decepción. Al principio habíamos creído,

al menos yo lo hice, que los días de vino y rosas serían para siempre. O al menos que durarían algo más.

Acepté con calma y paciencia la creciente irritabilidad de Silvia, sus mohines, sus desplantes, sus malas maneras, sus palabras hirientes, su vulgaridad creciente. Quería pensar que era una crisis pasajera. Vendrían tiempos mejores y recuperaríamos la ilusión. Volvería el juego, la alegría, la pasión. Volvería el amor. Qué ingenuo, pienso ahora que es fácil mirar hacia atrás y entender tantas cosas. Fue una triste época de platos rotos. Me sentía a la vez culpable y humillado, herido y ridículo. No sabía qué hacer, cada intento por mi parte no hacía más que empeorar las cosas. El amor tiene poco que contar, pero el odio puede ser enormemente narrativo: no, no voy a seguir por ahí. Me limitaré a los hechos.

Me había marchado un viernes, sin la menor gana, a un aburrido congreso en Valencia que debía durar hasta el lunes. No me interesaba lo más mínimo pero en el departamento me habían sugerido que, aún no siendo obligatorio, sí era conveniente que participase. Méritos, puntos, esas cosas de la burocracia universitaria. Además, nuestra facultad no podía faltar. Me tocaba a mí, el último mono, aparecer por ese congreso. Actualicé una vieja ponencia con olor a refrito, añadiendo dos moderneces y alguna expresión técnica incomprensible hasta para el ponente, yo mismo, pero a nadie le importaría un bledo lo que pudiera decir. Tampoco a mí. Puro paripé. Y en un trenecito supersónico me fui a Valencia. El viernes por la tarde expuse durante media hora mi ponencia, con mortecina oratoria, a un grupo de doctorandos abstraídos. Luego pensé que me tocaba pasarme el fin de semana escuchando emboba-

do a otros profesores tan motivados como yo. No podría soportarlo, era demasiado.

Así que el sábado por la mañana aduje una migraña tan tremenda que hasta me empezó a doler la cabeza de verdad. Cogí de nuevo el trenecito de marras y me volví a casa, renunciando a las prebendas universitarias y esperando que me despidieran de una vez. Sin acabar de creérmelo, intenté ilusionarme: le daría una agradable sorpresa a Silvia, quizá ese fin de semana todo sería como antes, como al principio.

Lo sé, ahora que es tarde lo sé, tenía que haberlo sospechado, tenía que haber intuido algo, descubierto indicios, pistas, algún atisbo, no sé, una llamada a deshora, una cita en el móvil descubierta por casualidad, algún olor, algún objeto olvidado. Pero nada, yo había sido un buen soldado, siguiendo órdenes e instrucciones, creyendo a pies juntillas todo lo que me decía, lo que quería contarme, aceptando con docilidad cualquier exabrupto, evitando discutir, renunciando a todo.

Quizá, de manera inconsciente, ella misma quería que todo acabase de una vez. Volvía muy tarde a veces o pasaba días fuera sin querer decirme donde había estado, quizá para provocarme, para hacerme estallar, pero yo no insistía en que me lo dijera. Todo me parecía bien, nunca quería discutir. Sí, ella tenía que estar harta de mi ceguera, ¿o quizá era desinterés? Habíamos empezado a confundir la tolerancia con la indiferencia. No la podía culpar si había buscado en otros brazos, y qué brazos, lo que no encontraba ya en mí, lo que quizá nunca había tenido.

No me voy a torturar de nuevo con el recuerdo de esos momentos que el tiempo ha ido diluyendo. Como en cual-

quier otro golpe, cualquier otro accidente, el dolor sordo del primer instante desapareció durante unos segundos, se esfumó como por arte de magia y yo me quedé allí alelado como un pasmarote. No sé si fue un error. Tenía que haberme marchado de inmediato. O haber gritado, pateado el frigo, roto algún mueble, haberlos amenazado con un cuchillo cebollero. Pero no, me quedé allí con la boca abierta y él, el gran subnormal —y no solo porque estuviera en mi casa, en mi estudio, debajo de la mujer con la que yo vivía, en obvia y excesiva intimidad, no, no solo por eso— aprovechó la ocasión para intentar humillarme tomándose la cosa a guasa, a recochineo. Esa sonrisilla suya, pese a todo, no la puedo olvidar. No tenía por qué hacerlo, se podía haber ahorrado cualquier maldito comentario, haberse dado la vuelta, habernos dejado solos. Pero no, el muy gilipollas tenía que decirlo. No podía dejar pasar la oportunidad.

—Hola, Julio, te podría decir que no es lo que parece pero, en fin, piensa lo que quieras —me soltó el muy imbécil de Richi.

En realidad, supongo que hice bien quedándome callado, mirándolos con desprecio, con lástima, con asco. No sé muy bien qué cara pude poner, pero no me habría gustado verla. La miré a ella y en nuestra mirada estaba dicho todo, supimos que no había nada más que añadir, que a partir de ese momento cualquier palabra sobraría. No había culpa en su mirada, solo una cierta incomodidad por la situación. Pero por lo demás, estaba claro que no le importábamos en absoluto, ni yo ni el otro capullo. Qué mal gusto. Podía haberse liado con otro, con un desconocido, con cualquier menda de cualquier puto bar. Podría

haber sido una historia pasajera, de una noche y yo, aún sabiéndolo, habría podido asumirlo, mirar para otro lado, no tenerlo en cuenta, perdonar incluso.

Pero hacerlo en la que siempre había sido mi casa, en el estudio que ella había decidido que fuera mi rincón íntimo, mientras yo estaba de viaje. Y con ese desgraciado. Solo me había faltado encontrarlo desnudo en el armario o debajo de la cama. Menudo sainete, vaya chiste malo. Nunca había sido celoso y habría podido perdonar muchas cosas. No me había importado el pasado de Silvia, que más de un amigo, incluido Héctor, intentó contarme, porque sabía que era un camino que no llevaba a ninguna parte. Yo no tenía derecho a juzgar su vida ni su pasado, solo quería vivir el presente con ella. Pues bien, ese presente se había acabado en ese preciso momento, esa mañana de un estúpido sábado en que yo me tenía que haber quedado en Valencia haciendo el gil, para que ellos pudieran gozar en mi casa de sus cuerpos y de sus mentiras.

No, no monté una escena, no intenté golpearlos ni insultarlos, no les grité. En realidad no dije nada, pasaron unos segundos que fueron años que fueron siglos, me di la vuelta y me marché tan sigilosamente como había entrado.



## Once

Dos días después Silvia ya se había marchado de mi casa y no quedaba ni rastro de su presencia. Dedicué unas horas a limpiar y ordenar en modo obsesivo. Quería borrar cualquier huella de su paso por mi vida. Cuando al final me senté en el salón, el orden recuperado me golpeó como una bofetada. Mis cosas volvían a estar más o menos en su lugar, solo ligeramente descolocadas. Como si alguien hubiera puesto todo en orden fijándose en una vieja foto. Pero ahora se trataba de volver a montar un escenario que ya no tenía mucho sentido. El piso, regalo de mi abuela, que había sido mi casa durante años me parecía un lugar frío y desangelado. Me escocía permanecer allí dentro, aunque tampoco sabía a dónde podría ir. Me había hartado de recorrer bares con Héctor, sin ganas ni fuerzas para emborracharme. No podía volver a su casa para quedarme mirando la pared como un pasmarote, dolido y cornudo.

Porque descubrí entonces, con una súbita revelación, que lo que realmente sentía era puro y simple aburrimiento. Cualquiera imaginaría que estaba sufriendo, sintiéndome traicionado, pero en realidad todo lo ocurrido no me parecía más que una mala y tediosa historia. Lo que pudiera suceder a continuación había dejado de interesarme. Por momentos me daban ganas de dejarme vencer por el

sueño, como si estuviese viendo una mala película una tarde de domingo. Me apetecía dejarme llevar por ese sopor angustioso del hastío y dormir hasta el fin de los tiempos. No, no pensaba en absoluto en el suicidio. Tampoco en la venganza, estaba demasiado agotado para ello.

Por suerte, a partir de ese momento todo resultó muy sencillo, como si hubiese sido previsto de antemano. Los hechos eran evidentes y cabía solo una interpretación posible. Nadie podía echar mano al recurso de lo engañoso de las apariencias, como había dejado claro el tal Richi. Tampoco era posible invocar paciencia y buena voluntad para recuperar una relación que hacía tiempo que se había acabado, un amor que quizá no había existido más que en mi imaginación.

No quedaban muchas opciones. Porque en un instante había por fin comprendido en los ojos de Silvia lo que llevaba tiempo sucediendo, algo que yo habría debido intuir, o mejor aún, saber a ciencia cierta, de no haber sido tan necio. Esa breve mirada que cruzamos fue más significativa que cualquier posible conversación, como las de esos mafiosos que, al cruzarse por el pasillo de un juzgado, no necesitan hablarse para decírselo todo, para establecer su estrategia, para lanzar sus amenazas, para saber de antemano cómo debe actuar cada uno. Bastaba una mirada. Yo también comprendí con claridad, como sé que lo hizo Silvia, lo que dejábamos atrás y lo que nos esperaba: ningún reproche ni escenas dramáticas. Ya no quedaba nada. Nada de nada.

No recuerdo muy bien cómo había pasado el sábado, tras dejarlos desnudos en mi casa. Quizá estuve deambulando, me senté en un parque o tomé algo en un bar. Da

igual. Al anochecer llamé a Héctor. No le conté de inmediato lo ocurrido, pero era obvio que algo había pasado, así que, ante su insistencia, le describí la escena. Su reacción fue la de esperar: abrió la boca. Para no cerrarla luego en mucho rato, soltando indignación, tacos y amenazas de venganza. Después hicimos lo previsible, lo único que podíamos hacer: seguir tomando más cervezas y blasfemar. Sobre todo él. Yo también, claro, pero menos.

—Había oído algo. Te lo podría haber comentado, pero pensé que eran habladurías.

No era necesaria justificación alguna. Él también se había percatado de lo obvio, de lo que probablemente todos a mi alrededor sabían. Pero no era culpable de nada y, de todos modos, ya era tarde.

—No hacía falta, te habría mandado a la mierda. Tenía que verlo yo.

—Yo tampoco podía creérmelo. La gente es mala y se inventa muchas cosas. No hice caso de las habladurías.

—Por supuesto. Hiciste bien en no decírmelo y tampoco ahora es necesario que me cuentes nada, te voy a ahorrar ese mal trago.

Nunca resulta fácil ni agradable decirle a un amigo que es un cornudo. Nos quedamos callados un buen rato, mirando los vasos de cerveza.

—Lo siento, de veras —susurró al fin.

—Lo sé, gracias.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Acaso puedo hacer algo?

—No lo sé.

—¿Tú que harías?

—Mejor no te lo digo. ¿Quieres otra cerveza?

—Claro.

Nos quedamos en silencio, sin saber qué hacer ni qué decir. Porque no había mucho que decir ni que hacer. Solo tomar una cerveza tras otra. Pero estaba conmigo y eso bastaba. Acodados en una mesa mirando hacia el ventanal, veíamos pasar a la gente arrebujaada en sus abrigos y bufandas. Lloviznaba desde el amanecer, pero seguía oliendo a fritanga de bar y a tubo de escape. En los charcos se dibujaban falsos arcoíris grasientos a la luz de las faros de los coches que pasaban sin reducir, salpicando a los peatones con un fango negruzco que les hacía maldecir a los indiferentes conductores. Yo me sentía igual que ese agua sucia que se colaba por los sumideros.

Me quedé a dormir en su casa. El domingo no pasó nada. No hubo ninguna llamada telefónica, ningún intento de contactar. Me pasé el día medio atontado por las cervezas, tirado en el sofá. Era incapaz de sentir frustración o rabia. Cuando volví a mi casa el lunes, Silvia estaba terminando de cargar sus trastos, que no eran pocos, en una furgoneta aparcada en la esquina. Parecía estar sola, al menos nadie la ayudaba. Pero yo sabía de quién era esa furgona. Richi no estaba, igual querían evitar una escena. No tenían de qué preocuparse. No me importaba a dónde se llevaban sus cosas. Entré en el edificio mientras ella seguía cargando sus cajas. Sé que me vio, pero no intentó decirme nada. La dejé hacer, me encerré en el estudio, me senté a la mesa y me quedé mirando la pantalla apagada del ordenador, sin pensar, sin sentir, anestesiado, bajo shock, no lo sé. No sentía nada.

Cuando el ruido de la puerta al cerrarse me indicó que había terminado, salí y me quedé sentado en mitad del salón.

Habría dejado las llaves en el buzón, pensé como un estúpido, como si importase lo más mínimo. Me dispuse a limpiar el escenario del crimen, metódicamente, hasta que no quedó ni el menor rastro de su ADN. Me sorprendí pensando que ella tendría que estar con otra persona y que eso implicaría conversación, alegría, sexo, esas cosas que hace uno con una nueva pareja. Y que probablemente le supondrían una pequeña tortura. Yo no habría podido hacer nada parecido, no habría podido ni siquiera bajar a comprar el pan y decir buenos días a la panadera. Sencillamente no me apetecía moverme, hablar, pensar. Respirar sí respiraba, pero porque no era un acto voluntario. De haberlo sido, quizá ni lo hubiera hecho. Catatónico, me había quedado catatónico.

Horas más tarde me percaté del silencio que se había hecho a mi alrededor. Ya no se oía nada en la casa, en el edificio, en la calle. La ciudad se había quedado en silencio. Una lluvia ligera dibujaba perfectas rayas oblicuas bajo la luz de las farolas. Me levanté y recorrí mi piso como si fuese un lugar desconocido, como si tuviese que alquilarlo e irme a vivir a él unos días más tarde, pensando en qué podría hacer para mejorarlo. O si merecía la pena hacerlo. En realidad se había convertido en otro escenario. Ya no era mi refugio anterior a Silvia, la que había sido mi casa durante tanto tiempo, sino un lugar diferente en el que tendría que volver a inventarme porque, en ese momento, no sabía muy bien quién era.

A veces habíamos bromeado sobre su amante invisible, ese con el que decía encontrarse cuando pasaba horas por ahí, cuando no le apetecía contarme dónde había estado. Resultaba que de invisible no tenía nada. Después de todo, el hombre invisible había resultado ser yo. Ahora ya ni me reflejaba en los espejos.

Tomar decisiones me resultó más fácil de lo que habría imaginado. No podía continuar con mi anterior vida, así que dejé mi trabajo con un par de llamadas telefónicas y hablé también con mis padres. No quise dar explicaciones, solo les comuniqué mi decisión. Luego metí mis cosas personales en un guardamuebles y puse mi piso en alquiler con una agencia.

Cuando dos semanas después me marché de Madrid, no tenía muy claro a dónde ir. Solo necesitaba alejarme, perderme durante un tiempo. Me subí a la furgoneta sin saber qué camino coger. Pensé que no me apetecía ir al norte así que enfile la única carretera que me llevaba directamente hacia el sur. Podía haber acabado en cualquier parte pero cuando vine a darme cuenta había pasado ya Despeñaperros. Tenía que decidir qué camino tomar, no fuese a acabar en Marruecos. Lo pensé incluso, pero necesitaba algo más cómodo, sin complicaciones de ningún tipo, así que me dirigí a la costa de Almería. Me refugié en el Cabo de Gata, entre restos de volcanes, playas solitarias y desierto, pero el fuerte viento de levante que sopló con tozudez pudo conmigo y me marché a los pocos días. Recordé entonces que la Alpujarra, con sus pueblos blancos colgados en las altas laderas de la sierra, no estaba lejos.

## Doce

Como ya he contado, había estado en Trevélez con Héctor y Raquel unos años antes. Nos habíamos propuesto una travesía invernal de varios días como entrenamiento y aclimatación para una expedición a la Patagonia. Aunque había leído mucho y me habían contado más, fue una gran sorpresa descubrir que Sierra Nevada, tan al sur, resultaba ser más alpina de lo imaginado. Era enero, las temperaturas realmente bajas y la nieve muy abundante ese invierno y en óptimas condiciones. Pasamos una semana ascendiendo sus tresmiles, haciendo incluso algunas vías en hielo. No nos decepcionó en absoluto. Luego recorrimos los pueblos de la Alpujarra. Al final de ese viaje fue cuando Héctor tuvo el accidente que le costó la fractura de la pierna. Pese a todo, me había gustado la experiencia y me había propuesto volver en alguna otra ocasión.

Subiendo desde Almería, dejando atrás el mar de plástico de los invernaderos, fui pasando por pueblos de curiosos nombres. No me podía quedar en la furgoneta muchos más días. La llevaba hasta arriba de equipo y casi no me quedaba sitio para echar el saco de dormir: necesitaba un poco más de espacio. Estuve a punto de alquilar una vieja casa de piedra en Mecina Bombarón, pero no me apetecía estar dentro del pueblo, preferí buscar algo más aislado.

No me había ido de Madrid para tener vecinos. Fue en Trevélez donde conocí a Juan. Estaba comiendo algo en un bar y pregunté al camarero por casas o cortijos en alquiler. Me señaló a un tipo al otro extremo de la barra, patillas largas y gorra de pana. Me cayó bien enseguida, con sus maneras rudas y su mirada franca y astuta. Me habló con una media sonrisa que rozaba la ironía, pero era bonachón y había un fondo de respeto en el tono de su voz. Me propuso algo que me iba a resultar difícil rechazar. Tenía un cortijo a poco más de una hora a pie desde el pueblo, subiendo por el río. Se me hizo la boca agua: había arreglado una vieja casa, manteniendo la piedra original, la estructura de madera y el techo de pizarra. Tenía una placa solar, suficiente para encender alguna bombilla de noche y cargar algún teléfono, —aunque de nada serviría porque no había cobertura en el barranco—, una pequeña cocina en condiciones, chimenea y leña. Procuré no demostrar mucho interés, no fuese a subir el precio, aunque en realidad costaba una miseria, comparándola con Madrid.

Tomamos unos vinos en aquel bar y quedamos en visitar el cortijo a la mañana siguiente. Maldormí en la furgoneta, esperando que mereciese la pena, aunque no muy convencido. A las ocho en punto apareció Juan con dos caballos. Me quedé mirándolos sorprendido, Juan se percató enseguida de que yo no tenía trazas de jinete y me ayudó a subirme a lomos de uno de los enormes animales.

Saliendo del pueblo, pasamos junto a un antiguo lavador de piedra, cubierto por un tejado de pizarra, que debería llevar allí siglos. Cogimos una pista ancha pegada al río. Poco a poco se fue estrechando hasta convertirse en una senda. Siguiendo el barranco, fuimos cogiendo altura

entre huertas y pastos. Chopos, tilos, fresnos, castaños, nogales, granados, manzanos, almendros, un espeso y variado bosque de ribera y de árboles frutales nos acompañaba en nuestro camino. Había montado rara vez, no conseguía acostumbrarme al traqueteo y temí acabar en cualquier momento tirado en un ribazo. La próxima vez subiría andando.

Los huertos se sucedían en estrechas terrazas siguiendo el curso del río Trevélez en dirección norte. La pendiente del sendero a veces se convertía en una escalera de piedras que los caballos superaban con parsimonia y escasa convicción. Las lluvias de las últimas semanas habían ayudado a derretir las nieves del invierno y el agua no diferenciaba entre acequia y camino. Según Juan, seguiría así hasta bien entrado el verano, incluso algunos neveros no se derretirían del todo hasta el otoño. Por encima de los tres mil metros, era posible que se mantuvieran todo el año. Si quería pisar nieve, no iba a tener muchos problemas, bastaba llegar hasta ella. Eso sí, había una buena tirada.

—Para encontrar nieve de verdad tienes que pasar los prados altos y llegar a las Chorreras Negras, subiendo por el río Culo de Perro hasta las Siete Lagunas, a partir de ahí ya es otra cosa.

Los nombres prometían. En poco más de una hora habíamos llegado al cortijo de La Morra, cerca de donde el Culo de Perro se une al Trevélez. Entre los árboles de ribera y las zarzas que bordeaban el camino, asomaba el tejado de pizarra con sus chimeneas alpujarreñas, redondas y cubiertas con una laja de pizarra. La placa solar era lo único que rompía su estética ancestral. La casa tenía gruesos muros de piedra de medio metro de espesor. Una

parra daría sombra a la entrada de la casa cuando llegase el calor y atraería las avispas. Entramos: había una chimenea en cada una de las tres habitaciones. Las ventanas eran pequeñas, para proteger del frío y del calor. En la parte de atrás de la casa había una especie de cobertizo con leña apilada y viejos aperos. El huerto, ahora abandonado, lo había cuidado el padre de Juan hasta hacía poco. Había muerto allí mismo cavando patatas a la venerable edad de ochenta y cinco años. No era algo que me diese mal fario, todo lo contrario. No me parecía envidiable morir, claro, pero sí hacerlo a esa edad, aunque lo de cavar patatas no me atrajese lo más mínimo. No se me había pasado por la imaginación convertirme en hortelano. En absoluto.

Me enseñó los alrededores, el antiguo molino del que no quedaba más que una ruina enterrada entre las zarzas, la fuente de donde había derivado el agua para la casa, el sendero que llevaba hasta el río, invadido por la maleza. Tenía leña suficiente para varios inviernos. No había cobertura telefónica, encerrado en el barranco entre el Mulhacén, los cerros de Los Papos y el Peñabón. Según Juan, unos kilómetros río abajo, ya casi llegando al pueblo, era posible llamar. Un buen motivo para no acercarme. Tardó muy poco en enseñarme cómo funcionaba todo. En realidad había poco que explicar, no había nada superfluo.

Sentí enseguida que había encontrado lo que buscaba. Bueno, no es que buscase algo así, porque ni me lo había imaginado. Era el lugar perfecto. Y tenía algo especial. No tuvimos que discutir mucho para ponernos de acuerdo. Cuando volvimos al pueblo, le pagué un par de meses por adelantado. Si necesitaba algo, como él pasaba al menos una vez a la semana por el cortijo, me podía subir provi-

siones o lo que necesitase con los caballos. Le dije que estaba acostumbrado a cargar con la mochila, pero que se lo agradecía. De momento, me vendría bien un porteo para subir mis cosas.

—¿Y qué vas a hacer con la furgoneta? ¿La vas a dejar aparcada en el pueblo?

—No sé, tendré que buscarle algún sitio.

—Ya me encargo yo, para que no se quede ahí tirada en la calle.

—Si no me resulta muy caro...

—No te preocupes, la meteré en la nave de los tractores, hay sitio.

Me preparé para dormir por última vez esa noche en la furgoneta. Llamé a Héctor para decirle que había decidido quedarme en Trevélez. Le di el teléfono de Juan, iba a ser a el único modo de contactar conmigo. De todos modos, ya lo llamaría yo cuando bajase al pueblo. Y le escribiría cartas, como antiguamente. Me dijo que vendría a buscarme en cuanto pudiera pero para zurrarme, que estaba como una puta cabra y que me dejara de tonterías y volviera a Madrid. Luego reconoció que me envidiaba y me deseó que me lo gozara.

Hablé también con mis padres. Estaban preocupados, entendían la ruptura con Silvia pero no que hubiese abandonado mi trabajo de un día para otro y que me hubiese marchado así, sin más. No creo que consiguiera tranquilizarlos, pero el hecho de haberlos llamado ya era algo para ellos. Supongo que pensaban que sabía lo que me hacía, a esas alturas de mi vida tenían que estar acostumbrados a lo que ellos consideraban mis locuras. Si había decidido quemar mis naves, era asunto mío. No imaginaban lo perdido

y confuso que estaba, pero era mejor así. Por lo pronto, había un lugar en el que podía y quería quedarme.

Compré algo de comida en una tienda para ir tirando unos días. A la mañana siguiente, cargamos los caballos con mis bártulos y la compra y echamos a andar barranco arriba.

—Yo no me suelo montar en el caballo cuando va cargado o la senda está embarrada, pero tú puedes hacerlo.

—Gracias, pero después de la experiencia de ayer, prefiero andar y creo que tu caballo también lo prefiere. Seguro que me lo agradecerá.

—No te digo yo que no, no hace falta preguntarle, ya va bastante incómodo con este barrizal, pero puedes echar también ese pedazo de mochila, para él es poco peso y a ti te aliviará la subida.

—Nunca me separo de la mochila, manías mías. No te preocupes, estoy acostumbrado a cargar con más peso aún.

—De acuerdo, como quieras. ¿Vámonos para arriba?

Juan no mostró la menor curiosidad por mis motivos ni por mis intenciones y yo agradecía su discreción. No veía el momento de estar por fin solo, de empezar a vivir según mi criterio, no el que me imponían unas necesidades que ya no aceptaba. Imaginaba que me bastaría a mí mismo, después de todo. Al menos durante un tiempo. Pero no tenía muy claro qué era lo que pretendía, cómo ocuparía mi tiempo, si había que ocuparlo en algo, cuánto resistiría viviendo a lo Robinson pero más cómodo, en la montaña pero cerca de un pueblo, perdido en el bosque pero sin lobos ni osos, de ermitaño sin religión, budista sin meditación, campesino de ciudad, místico de *new age* que busca

hierbas y cree en la medicina de las brujas que ha leído en internet, hippie que cultiva su propia marihuana. Algo de eso sería para los demás pero ¿y para mí? ¿Qué era lo que buscaba en realidad? ¿Era una entrada a boxes, una visita al mecánico porque algo se había roto dentro de mí? ¿Una siesta a la bartola, un año sabático, un retiro espiritual, repensar y repensar hasta encontrarme a mí mismo? No podía evitar sentirme ridículo y fuera de lugar. Yo no era Thoreau, ni pretendía serlo.

—No sé que te ha traído hasta aquí, imagino que nada bueno porque nadie se aísla cuando todo le va bien, pero espero que te encuentres como en tu casa. Si necesitas algo, baja al pueblo y me buscas.

Le agradecí sus palabras y su amabilidad. Encontrarle había sido algo inesperado, un golpe de suerte, me había ahorrado un largo vagabundeo en busca de un lugar ideal que habría sido complicado encontrar.



## Trece

El cortijo de La Morra era mucho mejor de lo que habría podido imaginar. Estaba lejos de todo, en un terreno de montaña que yo conocía poco y donde no me conocía nadie. Con eso me bastaba. No sabía cuánto me quedaría, como no sabía qué andaba buscando, qué necesitaba. De qué huía. Tenía claro que no podía huir de mí mismo, que cuanto más intentase alejarme, más cerca estaría. Para hacer frente al desastre de mi vida, aislarme no era la mejor opción. Pero no era cobardía lo que me movía, al contrario, tenía que aclarar las cuentas de una vez por todas. Estaba cansado de aplazar mis pensamientos, mis decisiones, de vivir un día a día que me desbordaba, que me hastiaba, que no me dejaba espacios para ser. Que me consumía. Aturdido por lo ocurrido, por los meses de sufrimiento, por una absurda sensación de culpa, por la falta de expectativas y proyectos, cansado de estar en vilo y angustiado a todas horas, había decidido que lo mejor era abdicar, como hacen los reyes, y dedicarme un rato al olvido. Pero qué difícil se me hacía. Ahora lo veo con un poco de perspectiva pero en ese momento no habría sabido explicarle a nadie qué me había llevado hasta allí.

Al invierno le quedaban solo unas semanas. Los días iban creciendo y la luz cambiaba poco a poco, pero aún

hacía frío. La nieve en las alturas se derretía despacio y la cota subía. Aproveché esos primeros días para empezar a conocer los alrededores del cortijo, familiarizarme con la casa, intentar establecer una rutina, darle un sentido a estar allí. Me levantaba al amanecer, me echaba la mochila a la espalda y subía hasta la nieve, siguiendo los diferentes barrancos y laderas, a un lado y otro del río Trevélez, caminando, trepando, embarrancándome, embarrándome en la tierra empapada por el deshielo. Solo cuando el viento helado de las cumbres o de los altos collados me despejaba del ardor de la subida, comenzaba a sentirme bien. Hacía largas travesías en la nieve de las altas crestas y, al caer la tarde, volvía agotado al cortijo. Me preparaba algo caliente, ponía ropa y botas a secar y me pasaba unas horas calentándome los huesos frente a la chimenea hasta que el sueño me vencía. El chisporroteo de los leños ardiendo era la única música. Y me bastaba.

Pasé así varias semanas, en silencio, caminando y durmiendo. Me seguía sorprendiendo cada mañana al despertar, tenía que volver a pensar dónde estaba, asumir el frío de la casa, el olor a ceniza de los rescoldos de la chimenea. El silencio que había buscado como aliado para mi silencio interior me martilleaba en los oídos y enseguida salía en busca del piar de los pájaros, el viento en las hojas de los árboles, el murmullo del río. Tardaba poco en desayunar algo y echarme de nuevo a andar hasta que, ya casi de noche, volvía al cortijo.

Pero tenía que evitar que mi búsqueda de ataraxia, de tranquilidad, serenidad e imperturbabilidad ante las cosas, se convirtiese en pura y simple apatía.

Se van haciendo eternas las tardes. Cuando vuelves de la montaña, el silencio de la casa y del chisporroteo de los troncos en la chimenea se te está empezando a hacer tedioso. No tienes muchas ganas pero por fin te encachufas los auriculares del móvil, le das a la opción aleatoria para no tener que elegir canción. Identificas enseguida las primeras notas. Negramaro, *La prima volta*, una canción que antes no significaba nada pero que ahora, como tantas otras, tú llenas de sentido. No deberías haberte puesto a escuchar música. No, no eres un sentimental. O eso crees. Ni un adolescente que se emociona con melosas canciones italianas, que piensa que cualquier letra insulsa está pensada, escrita, cantada para su ridículo dolor. No seas patético, no te dejes llevar, esa canción nunca se escribió para ti, y está cantando otras cosas, no tus pulidos cuernos de macho herido. Y llorón.

*Parlami di quando  
mi hai visto per la prima volta*

Apenas recuerdas esa primera vez, de haber sabido que la olvidarías te habrías fijado hasta en el color de las piedras, la marca de la cuerda, la cantidad de cintas que llevaba en el arnés, *benedetto sia 'l giorno*, el mes, el año y esa primavera, esa tarde, la hora, y esa montaña, esa pared, esa reunión en la que estabas cuando sus ojos te ataron, pobre Petrarca, cómo lo destrozas, te gustaría volver a vivir aquella tarde tantas veces, en un bucle infinito, si fuese posible recuperar aquella sensación pero sabes que no, que apenas intuyes algo de lo que fue, se desvanece, y vuelves a intentarlo pero es tan fugaz.

Estabas ya agotado en aquella pared, llevabais todo el día escalando y se empezaba a hacer de noche, y allí, colgado de la reunión,

*appeso ad una luna storta*

colgando de la luna, harto ya, esperando para hacer los últimos rápeles y volver a casa. A pocos metros a tu derecha apareció ella, descendiendo por una vía paralela. No saludó, tú tampoco, no dijisteis nada. Te miró, la miraste. El tiempo se detuvo, como el mundo alrededor, como se desvaneció tu cansancio, tu dolor de pies, tu olor a sobaco, tu hambre y tu sed, como te desvaneciste tú.

Apareció ella y supiste todo en ese momento, bastó una mirada, te miró al centro de ti mismo, aunque quizá sea tu interpretación, ahora ya lo sabes, quizá ella no miró nada, no vio nada, solo lo viviste tú, para ella fue algo casual, algo más, quizá fue un error, un error suyo y un error tuyo. Pero no, para ti nunca habrá nada igual a lo que supiste y sentiste en aquel momento. Y recuerdas cuántas vueltas ha dado el mundo sobre sí mismo desde entonces,

*e ti ricordi il mondo  
quanti giri su se stesso  
era lento il tempo  
o correva come un matto?*

¿el tiempo era lento o corría como loco? Pero de repente ese tiempo ya había pasado, ese instante dejó de existir y supiste que nunca volvería, que se escaparía entre tus dedos como arena. Siguió bajando, y la seguiste con la

mirada. Sabías que estaría abajo. Sabías, que por suerte o por desgracia, la encontrarías.

*ti ricordi quando  
mi hai ucciso per la prima volta  
hai mirato al centro  
o hai colpito un po' per sbaglio  
e per sbaglio hai vinto  
e tremava il mondo*

Sí, el mundo tembló, retembló, requetembló, y tú allí girando en la cuerda en ese desplome sin saber muy bien qué hacías, ni qué hacer, en qué mundo estabas, ni cuál sería tu mundo a partir de ese momento.

*e adesso non c'è niente al mondo  
che possa somigliare in fondo  
a quello che eravamo  
a quello che ora siamo  
a come noi saremo un giorno*

No, ahora ya no hay nada en el mundo que se parezca a lo que erais, a lo que fuisteis, a lo que tú creías que fuisteis, a lo que soñaste que seguiríais siendo eternamente. No, ahora esta canción es más amarga, la música araña la piel, y deberías apagarla, buscar el silencio que tanto dices que te atrae. Deja de recordar, mira hacia el cielo, esas nubes que corren y desaparecen.

*non ricordo quella volta  
in cui ti ho visto ed eri un'altra*

*non ricordi quella volta  
in cui mi hai tolto pure l'aria  
non ricordo la tua faccia  
quando hai fatto la mia smorfia  
non ricordo la mia casa*

No, no quieres recordarla pero sí que recuerdas muy bien esa vez en que descubriste que ella ya no era ella, que tú ya no eras tú, que ya no estabais allí ninguno de los dos. No, no quieres recordar cómo supiste, de nuevo, y dejaste de respirar, viste su rostro desde tu apnea pero no reconociste su voz, no reconociste sus gestos y te sentiste un extraño junto a ella, un invitado más en vuestra casa, un extranjero en todas partes.

*si ma adesso non ha senso il mondo  
se con un gesto hai cancellato tutto  
la storia che eravamo  
i giorni che ora siamo*

No, ya no tiene sentido el mundo, con aquel gesto se borró todo, lo que habíais sido, lo que erais, lo que seríais. No, ya nada tiene sentido,

*e l'assenza che saremo un giorno*

la ausencia que seréis un día. No, no vuelvas a recordar el día en que os conocisteis, no, no vuelvas a recordar nada, no vuelvas a pensar nunca más cuánto la amaste.

Salta la canción.

*Olvido adentro voy...  
para olvidar  
mejor saberla lejos...*

que cantaba el viejo Cafrune. Vaya cambio de música, ahora eres letra de tango, de milonga. Y sin embargo, ella te sigue apareciendo por todas partes.

*Total pa' qué remendar los retazos,  
de lo que fue solo quedan pedazos.*

Apaga y vete a dormir.  
Necio.



## Catorce

Aquí estás, en esta montaña y en este día que te parecen ilusorios, en una situación fruto de tus frustraciones y tus quimeras. Lejos de todo, sí, pero ¿dónde está el centro?, ¿en medio de la barahúnda?

Crisis, ¿es esto una crisis?, ¿qué significa crisis? En griego: separación, decisión, juicio. Se puede aplicar por tanto a lo que estás viviendo, a saber: separación de todo lo que te rodeaba hasta este momento, anulación del contexto, liberación de las limitaciones que te hacían sentir enjaulado. Decisión: capacidad de hacer que las cosas sucedan por tu voluntad, no por la inercia cotidiana o por las decisiones ajenas que te implican y que debes asumir como propias. Y juicio: saber por qué y para qué. ¿Por qué tu vida está escindida en líneas paralelas que nunca llegarán a converger?, ¿por qué hasta ahora no has conseguido sentir que estás donde quieres estar, sin pensar que deberías estar en cualquier otra parte? Nostalgia de una ubicuidad imposible, sentimiento de culpa por cada decisión que excluye otras, abandono de responsabilidades en una fuga continua, conformismo de adolescente rebelde, derrotado de antemano por su conformismo. Contradicciones. Incoherencias.

Crisis: cambio brusco. Situación difícil, grave, decisiva. Mutación. Crisis. De tu vida escindida entre la montaña y la ciudad, entre tu vida subiendo y tu vida bajando, tiovivo, carrusel sin fuste.

¿Dónde está el sentido? Nunca has considerado algo heroico subir a donde nadie te había pedido que subieras y donde no se te había perdido nada ni tenías nada que hacer. ¿De qué sirve tu esfuerzo? Y además, ¿pretendes acaso que te admiren? Subir montañas, escalar paredes, helarte en noches al raso, probablemente te haya hecho más valiente, más duro, mejor persona. Pero no te da derecho a nada. Te ha parecido siempre que merecía la pena vivir así, pero eran acciones que no dejaban de ser banales. Incluso subir ochomiles, cruzar la Antártida andando o escalar un *bigwall* en chanclas no dejan de ser actos tan arriesgados y peligrosos como, sencillamente, innecesarios. Ya lo dejó claro Terray, lo inútil, ¡ah! la atracción de lo inútil, suena bonito pero ahora para ti es cruel. En el fondo siempre te ha roído la duda, lo sabes. En realidad, lo que haces no tiene ningún sentido, pero ¿qué lo tiene? Se supone que ha sido para ti una forma de vida, que lo has hecho siempre por placer, aunque a veces temes que se haya convertido en una obsesión o, lo que es aún peor, en una obligación. La búsqueda de lo inestable, de lo precario, para no atarte a nada, eterna fuga hacia la adrenalina en dosis lentas, droga dura para escapar de una vida aburrida, de una confortable desolación, como oíste en alguna parte.

Has estado jugando a evitar el error pero ¿qué ha significado tu vida en las montañas durante estos años?, ¿querías evitar la elección, el compromiso?, ¿pretendías eludir la posibilidad de equivocarte en la elección de tu destino?

En la montaña podías intentar enmendar tus errores, pero las soluciones no llevaban a ninguna parte.

Buscas el riesgo y la aventura. En un mundo incierto, cambiante, no encuentras tu lugar. Te sientes débil y falible, y por eso te la juegas a cada momento, buscas retos para intentar controlar lo incontrolable, convertir el miedo en pura rutina. Ah sí, lo haces en la naturaleza, claro. Te crees auténtico por ello, pero tu supuesto amor por la naturaleza es un sentimiento ambiguo porque sabes que probablemente esté podrido de falsa humildad. En realidad, ¿no será puro orgullo, pura vanidad? Te arrodillas frente a la grandiosidad de lo que admiras, pero solo quieres someterlo. Quieres vencer y la gloria de esa victoria te alimenta.

Ahora sabes que tu vida solo puede tener el sentido que tú quieras darle: subir montañas puede ser tan intrascendente como pelar patatas, dar una clase o morir de asco en una tarde de invierno. En eso quizá radique tu error: en la búsqueda de la trascendencia. ¿Quieres que algo perdure, que a alguien le importe lo que haces? Arreglado vas.

Y ahora ya, después de esa lucha encubierta de años has descubierto a tu gran enemigo: el tiempo. ¿Recuerdas a Conrad y su maldita línea de sombra. Tienes el libro por ahí, en alguna parte. ¿Qué edad tenía Conrad, perdido en los mares de Oriente, cuando lo atenazaron las dudas, mientras veía cómo la luz de los días se apagaba y la alegría, sí, la alegría de estar vivo, se iba alejando? Lo tienes subrayado.

*“Sí, caminamos, y el tiempo también camina, hasta que, de pronto, vemos ante nosotros una línea de sombra advirtiéndonos que también habrá que dejar atrás la región de nuestra primera juventud. Éste es el período de la vida en que suelen sobrevenir aquellos momentos de que*

*hablaba. ¿Cuáles? ¡Cuáles van a ser!: esos momentos de hastío, de cansancio, de descontento, momentos de irreflexión. Es decir, esos momentos en que los aún jóvenes propenden a cometer actos irreflexivos, tales como el matrimonio improvisado o el abandono de un empleo, sin razón alguna para ello."*

La línea de sombra. Hastío, cansancio, descontento. Actos irreflexivos. Abandono de un empleo. Podrías sustituir el matrimonio por una traición improvisada y te convertirías en un personaje de Conrad. ¡Ah! Quién pudiera.

*"Un día todo iba bien, al día siguiente todo había desaparecido: encanto, sabor, interés, contento, todo. Como veis, fue un momento de aquellos. El malestar nuevo de la juventud que llega a su término se había apoderado de mí..."* Como un hipocondríaco, te reconoces en esa descripción. ¿Pero cómo puedes sentirte así a los treinta y seis años?

Vuelve a pensar con calma. Crisis: separación, decisión, juicio. La separación ya está cumplida y la decisión tomada. Queda el juicio: la fuga y el abandono quizá no fuesen más que innecesarios actos de cobardía. ¿No habría sido una decisión mejor enfrentarse a los problemas? Tú, que eres tan valiente, sales huyendo a la mínima. Pero para un buen juicio necesitabas alejamiento, tiempo y distancia, perspectiva. Tonterías. Bien, ahora tienes todo el tiempo del mundo para vivir tu crisis en profundidad. Pero ahora yo, tu voz interior, tu diablo cojuelo, te voy a hablar claro y me voy a reír de ti. Se supone que después de esta gran crisis habrá un renacer, que saldrás limpio, desnudo, nuevo, ¡ja! Pero ¿qué mierda de místicas te traes entre manos? Te has venido aquí por cobardía, por pereza, por desidia, por desilusión. Cornudo y mal pagado, has renunciado a pelear por tu lugar en el mundo. Siempre has escondido

tus fracasos y tu mediocridad en las montañas, en la supuesta búsqueda de esos momentos especiales: la luz de un atardecer, el mar de nubes desde las cimas —¡oh puto Friedrich!—, la niebla en el hayedo que apenas deja entrever la roca que escalarás, buscando ese momento perfecto que nunca aparecerá, la comunión con las montañas, con la tierra, mezclando lo sublime con el olor a choto, el cansancio, el hambre, el dolor que te impiden gozar de eso que persigues y que ni tú sabes qué es. ¡Oh, las montañas! ¿Qué suponen para ti?, ¿espacios ilimitados?, ¿la búsqueda de infinitos interiores? Menos Leopardi y más chorizo, que te mueres de hambre, tontucio. ¿Ha merecido la pena todo este tiempo, tantas botas rotas, tantas noches muerto de frío, comiendo porquerías, sin poder dormir, agotado, con los pies destrozados, compartiendo el jergón de un refugio o el duro suelo con un amigo que ronca como una foca?, ¿a eso lo llamas compañerismo, la solidaridad de los héroes de la trepada, absurdamente viriles y valientes, innecesarios y folklóricos?

Ponte serio. Sé sincero. Piensa. Estás en crisis. Es el momento. Aléjate de ti mismo, de los clichés, de los tópicos, de la imaginería barroca de los apechusques y los uniformes, de mosquetones y piolets para los escudos, ahora ya logos. De las teorías de superación personal y de las leyendas sobre la realización interior. Olvida las noches fumando maría y follando a pie de vía clavándote las piedras en el culo. Ni Yosemite ni ochomiles invernales. Ni la fiesta infinita, ni el arte del sufrimiento. Hace mucho que la retórica de la montaña dejó de tener sentido para ti, pero algo tiene que haber que te siga empujando. Es otra cosa lo que buscas, otra cosa pero ¿qué?

Qué borrachera de palabras. Y de vino. ¡Qué vino más malo! Anda, vuelve en ti, estás frente a la lumbre mirando cómo arden los troncos. Confórmate. Y por favor, deja de beber y, sobre todo, de pensar.

Para.

## Quince

Como todas las semanas apareció Juan con sus caballos, una propuesta y una noticia: traía provisiones y más vino, tenía que subir las vacas hasta los prados altos y, si me apetecía, le podía echar una mano; alguien me buscaba. Empezamos por la comida.

—Seguro que te queda poca. Te traigo un jamón, que es famoso el del pueblo.

—Sí, ya vi que la mitad de las casas eran secaderos de jamones.

—De algo hay que vivir.

—¿Y los cerdos?

—Los compramos.

—Menos mal que no los criáis aquí.

—Alguno hay.

—Imagino.

Seguimos con las vacas

—No me gustan mucho las vacas.

—No tienes que comerte ninguna, ni casarte con ella, se trata solo de acarrearlas hasta los prados, pasamos un par de días subiéndolas, y dormimos en el Cortijo Largo. Luego nos bajamos tan tranquilos hasta el pueblo y te invito a cenar en mi casa. Después te vuelves aquí, ya está. ¿Qué dices?

—¿Me puedo negar?

—No deberías.

—Vale. Vaya por la vacas.

Sacó una bota de vino y nos remojamos el paladar.

—¿Y no quieres saber quién te busca?

—No estoy seguro de querer ver a nadie. Para eso me vine aquí.

—Bueno, pero al menos querrás saber quién me llamó preguntando por ti.

—¿Quién? —pregunté por seguir el juego, solo podían ser Héctor o Raquel.

—Una moza.

—¿Una moza?, ¿qué moza?

—Una amiga tuya.

—Déjate de misterios, Juan.

—Se llama Raquel.

—¿Y qué quería?

—Saber cómo se llegaba hasta aquí. Pero no se lo he dicho. Aún.

—¿Cómo que aún?

—Está en el pueblo, esperando que yo vuelva.

—Si quieres, invítala también a subir las vacas a los prados.

—Ya lo he hecho.

—Cómo eres.

Raquel, mi amiga y compañera. Le debía mucho y habíamos vivido juntos momentos extraordinarios pero, pese a que éramos como hermanos, no sabía si me alegraba su visita, quizá no había llegado aún el momento ver a nadie. Habría preferido seguir con mi rutina, mis andanzas monte arriba, mi chimenea, mi vino malo y mis silencios.

Aunque decirle que no quería verla no era una opción. Después de varios meses, el tiempo de la reflexión, de la calma, de la soledad, quizá estuviese llegando a su fin. No podía afirmar que hubiese servido para mucho. Pero sabía también que era una falsa impresión, que todo seguía hacia adelante, imparable, y que tendría que hacer frente al paso del tiempo. Por otra parte, se me estaba haciendo más difícil de lo espereado sobrellevar la soledad que tanto me había costado encontrar. La pequeña tregua que me había dado se estaba diluyendo con las nubes que se llevaba el viento de primavera.

Apareció con Juan al día siguiente.

—Pero ¿qué has venido a hacer aquí? —Raquel sonreía extasiada, contemplando el paisaje en torno a La Morra—. No acabo de entender este capricho tuyo de arrinconarte, de meter la cabeza en el agujero, tú no eres un avestruz.

—¿No te gusta el sitio?

—Pues claro que me gusta, es precioso. Pero no sé qué pretendes. A veces pienso que te regodeas en esa falsa cobardía que crees que te domina. Yo sé que eres mucho más valiente.

—Compréndelo Raquel, no se trata de cobardía ni de miedos, se trata de otra cosa: de insoportabilidad. De no poder acarrear con el peso de todo lo que sucede alrededor, de hastío, de desilusión. Solo quería sustraerme a la banalidad cotidiana, lo cual implicaba una huida, sí, pero no por cobardía ni miedo.

—No me digas que no estás depre...

—Muy simple, pero yo no lo definiría así. A la depresión antes la llamaban melancolía, que en griego significaba humor negro, y es la tristeza sin motivo. Yo tengo motivos

de sobra, no para estar triste sino para querer estar solo, que es algo diferente.

—Pues yo nunca te había visto tan triste, y ya antes de venirte aquí. Menudo careto me traías desde hacía tiempo, hace mucho que no te veo sonreír ni con tus propios chistes malos. La tipa esa nunca te trajo nada bueno.

—No creas que no me doy cuenta ahora, —qué podía decirle— y me gustaría que las cosas hubieran sido de otra manera, pero es lo que hay. Necesito estar solo. Y no es por Silvia. O al menos no únicamente por ella. Solo hay un modo de hacerlo, pero a veces la soledad no es fácil de sobrellevar. Sí, a veces me cuesta pasar los días lejos de todo. Hay momentos en los que me gustaría estar con cualquiera, por estúpido o vulgar que fuese, y la soledad se me hace intolerable, pero pese a esos instantes de flaqueo, me siento mucho mejor, más fuerte. No quiero ser pesado, pero es algo que tenía que haber hecho hace tiempo y, aunque no te lo parezca, me siento feliz por haber tomado la decisión. Necesitaba estar aquí. Y además cuento siempre con vosotros, siempre estáis ahí.

—Vale, quiero entenderte, sí, te entiendo, a mí también me ocurre a veces algo parecido, pero no me dura tanto. Me basta con un par de días, pero lo paso mal, porque normalmente es una cura postraumática, después de algún gran problema, con mayúsculas, de esos míos. Tonterías.

—Yo no tengo un gran problema, ni en mayúsculas ni en negrita, solo estaba harto de no saber muy bien dónde estaba ni quién era y, sobre todo, por qué actuaba como lo hacía. No era mi película y abandoné el decorado de cartón piedra.

—¿Y este es tu decorado?

—¿No te gusta?

—¿Haciendo de eremita en el bosque?, ¿de leñador?, ¿de cazador de pieles canadiense?, ¿de budista recalcitante?

—¿Qué coño es eso de recalcitante?

—No sé, me ha venido así... ¿Te parece mejor redomado?

—Eso bueno pero lo de budista ¿a qué viene? No quiero ser tópico, pero tampoco hay mucho que explicar. Me fui de Madrid, me vine aquí porque tuve suerte, me pareció el lugar ideal y creí que era el momento. Y aquí estoy.

—¿Hasta cuándo?

—No sé, hasta que me harte.

—O te quedes sin dinero.

—Te aseguro que aquí me gasto poco. Pero sí, antes o después tendré que pensar en ello. Ya veré. De momento he alquilado mi piso de Madrid, así que me puedo quedar todo lo que quiera, tengo de sobra para sobrevivir.

—Como un jubilado.

—Si lo ves así, sí. De momento estoy jubilado, vale. Pero sé que no has venido solo para eso. Sé que no te has pegado el viaje desde Madrid solo para comentar mi situación espiritual. Ahora suelta lo que tengas que soltar, cuéntame a qué has venido.

—A verte, quería saber si estabas bien.

—Estupendo, te lo agradezco y estoy contento de que estés aquí. Como ves, todo va bien. Pero te conozco, Raquel, dime lo que tengas que decirme.

—Héctor y yo hemos estado pensando.

—¿Héctor también anda en el asunto? Malo.

—En serio, llevamos dándole vueltas desde que te fuiste. Mira, se nos va echando el tiempo encima, nos vamos haciendo mayorcitos, y hace mucho que no intentamos nada fuerte. Desde lo de la Patagonia, y ya hace años, no salimos de lo más obvio, escalar por aquí y por allá, Alpes, Pirineos, cosas duras y difíciles, sí, pero siempre en un territorio trillado. Necesitamos algo de aventura. Pero aventura de verdad.

—¿Qué peli habéis visto últimamente? ¿Habéis leído algún otro libro de Bonatti o de Messner?

—No, va en serio. Hemos pensado que ya es hora de ir al Himalaya. Pero lejos del circo, nada de ochomiles. Hacer un sietemil, abrir una nueva vía o una cima virgen, mientras quede alguna.

—Son palabras mayores.

—Sí, claro que es algo fuerte. Pero si no lo hacemos ahora, el tiempo se nos va a ir yendo sin darnos cuenta, vamos a ir perdiendo fuelle y nos quedaremos en buscadores de setas los domingos.

—Qué mal lo pintas. Y sabes que no me gustan mucho las setas.

—Ni a mí.

—Pero es más fácil decirlo que hacerlo. Preparar una expedición al Himalaya es complicado y muy caro. ¿Habéis pensado en el dinero?

—Estamos buscando cómo financiarlo.

—¡Ah! ¿Y quiénes vais?

—De momento, Héctor y yo. Y tú, claro.

—¿Yo?

—Tú.

—¿A eso has venido?, ¿a proponerme una excursión al Himalaya?

—Sí, queremos que te unas a la expedición, a nuestra gran expedición. Sabes que no nos vamos a ir sin ti. Te necesitamos y no porque seas muy bueno en la montaña, que eres un poco desastre...

—Vaya, gracias.

—...pero eres el único que sabe cocinar algo decente y contar historias para no aburrirnos.

—Una gran motivación para ir al Himalaya: cocinero de campo base y cuentacuentos.

—En serio, estoy segura de que no nos vas a dejar ir solos.

—Claro, pero aún no he terminado de pagar a Héctor lo que le debo, que es mucho. Además me pides que vuelva a empezar, a vivir de nuevo de la manera a la que he renunciado. Pero no sé si estoy en condiciones de hacerlo. No sé si me apetece intentarlo.

—No lo entiendo, dices que estás harto de la montaña pero te vienes a vivir a ella.

—No es eso, lo que no sé si quiero es volver a vivir esa farándula, el hipócrita circo de la aventura enlatada en un teléfono móvil, en dos fotos y en una noticia de segunda, que desaparece en breve sin dejar rastro. No, yo no he dejado la montaña, lo que no me convence es el modo en que se hace, en que tenemos que hacerlo. No quiero pasar por buscar un patrocinio que no encontraremos, o como mucho nos regalarán algo de equipo para ir llenos de pegatinas, para ser publicidad ambulante. Ni tirar de nuevo de los fondos de Héctor. Además, estoy cansado, quiero renunciar a ese juego de espejos, al narcisismo y a la vani-

dad. No, no me interesa volver a lo mismo. Quiero seguir viviendo en la montaña, pero de otra manera.

—Vale, te entiendo. Intentaremos adaptarnos a tu manera de hacer las cosas. Ya nos pondremos de acuerdo en los detalles.

—¿Los detalles?

—Tenemos un proyecto más o menos elaborado. Bueno, lo tiene Héctor.

—Vale, que me lo mande y le echaré un vistazo.

—No hará falta, lo podrás ver dentro de un rato. Nos está esperando en Trevélez.

—Debía haberlo sospechado. No podía andar muy lejos, el mamón. ¿Y por qué no ha subido?

—Queríamos ir poco a poco, para no espantarte. Ven-ga, ponte las botas y bajamos al pueblo a echar unas cervezas.

—Si ha dejado alguna.

## Dieciséis

Héctor estaba despatarrado en la terraza del bar, varias botellas de cerveza vacías sobre la mesa y una sonrisa tonta en su cara barbuda. Se levantó de un salto, me abrazó, me arreó unas buenas palmadas en la espalda como si me estuviese ahogando, me agarró por los brazos y me zarandeó hasta que me castañetearon los dientes. Solo entonces me soltó y me hizo su eterna, inevitable pregunta:

—¿Una cerveza?

Nos sentamos y pedimos unas cervezas con sus correspondientes tapas.

—¿Qué tal, cómo andas?

—Bien, ¿por qué no has subido a mi casa?

—No sabía si tenías cerveza, seguro que no.

—Pero tengo vino, un vino malísimo.

—¿Lo ves? Y si te has dignado venir es porque te apuntas, ¿verdad?

—Ni he dicho nada ni sé nada todavía. Si esto es una reunión para convencerme, va a faltar cerveza en este bar. Raquel no me ha contado mucho, pero seguro que habéis planeado un disparate.

—Espera que te lo explique, entonces comprenderás que es una auténtica locura.

—Me lo imagino.

—¡Y no podrás decir que no! —exclamó entusiasmado Héctor—. Bueno, luego te lees el dossier completo, he añadido también unos enlaces para que puedas ver algunos videos.

—Me parece difícil, en La Morra no tengo wifi, me lo vas a tener que describir tú.

—Pues abandonas un rato tu cueva, te bajas al pueblo, te tomas unas cervezas y te ves los videos, que tampoco te va a pasar nada si ves un poco la tele, joder con el ermitaño. Pero ahora te leo un poco por encima para que te vayas haciendo una idea.

Héctor puso su mejor voz en off, no muy diferente de la normal, y empezó a leer: “Los hermosos prados de Tapoban, donde se haya el campamento base del Shivling, están ocupados por alpinistas, excursionistas, peregrinos, gurús *baba-sadbus*...”

— Empezamos bien con tanta gente.

— “...si continuamos por el largo glaciar Gangotri, las cimas son menos conocidas: Kedarnath, Kkarkhakund, Swachand. Hasta que, finalmente, a veinticinco kilómetros de su frente, el glaciar culmina en un majestuoso circo de montañas lejanas, misteriosas y algunas aun vírgenes...”

—Espera, espera, que me estoy perdiendo con tanto nombre indio.

—Vamos a hacer un zoom rápido. La India, Norte de la India, casi en su frontera con Nepal y con China, un poco más al noroeste.

—Sí, vale.

—Ruta desde Nueva Delhi, Rishikesh, en la orilla del Ganges que vamos a remontar hasta su nacimiento. Desde Uttarkhasi subimos hasta el último poblado a tres mil

cuatrocientos metros, Gangotri. Hasta allí se puede llegar en jeep. Luego echamos a andar siguiendo el curso del río Bhagirathi o Ganga o lo que sea, hasta llegar a Gaumukh, el frente del glaciar. Desde donde podremos contemplar el Shivling, el Meru, y otros setemiles famosos.

—Sí, ahora sí me voy situando. El Nanda Devi anda por ahí, ¿no?

—Sí, hacia el este.

—Vale.

—Pues en el circo del glaciar Gangotri, unos veinticinco quilómetros más arriba, se encuentra el Chaukhamba.

—¡Veinticinco quilómetros de glaciar! —repetí pasmado— ¡Eso es una pasada!

—El circo del glaciar Gangotri es un macizo con cuatro cumbres a lo largo de una cresta con orientación nores-te-suroeste. Su elevación va de los 7138 metros para el Chaukhamba I, en el extremo noroeste, a los 6854 metros para el Chaukhamba IV en el extremo suroeste. Ese es nuestro pico. Virgen.

Héctor desplegó una foto grande sacada de Google Earth, con el glaciar y los picos que lo circundan. Vi de reojo como Raquel sonreía al ver que me empezaba a interesar.

—Alguien lo habrá intentado. ¿Por qué es aún virgen?

—Pues porque el macizo del Chaukhamba, pese a ser uno de los más formidables del Himalaya de Garhwal, está muy poco frecuentado. Rodeado de glaciares gigantes —Gangotri, Baghirati Kharak y Satopantes—, es una inexpugnable fortaleza de altas murallas. Chaukhamba significa literalmente cuatro pilares, que soportan una cordillera en forma de herradura de más de diez kilómetros,

por encima de los 6800. El Chaukhamba I fue escalado por primera vez en 1952 por una expedición francesa, desde la cara noreste. Después de eso, ha habido más fracasos que éxitos. Ingleses e indios han probado en varias ocasiones, pero con escasos resultados. En 2005, una expedición militar india realizó el primer intento al Chaukhamba IV, pero el mal tiempo les hizo abandonar a poco más de 6300 metros. Esa es la escasa información que he recogido hasta ahora. Pero hay que buscar más ascensiones a la zona en el *American Alpine Journal*, mapas y toda la pesca.

—En resumen. Nosotros iríamos a la cumbre suroeste, la más baja —¡no te rías!— pero que no ha sido escalada hasta hoy. El Chaukhamba IV, 6854 metros —dijo convencida Raquel.

—Tú estás absolutamente majareta.

—¿Por qué?

—Pues por muchos motivos. La única opción para escalar esa montaña es llevar una expedición pesada. Desde la boca del glaciar hasta la base del Chaukhamba dices que hay veinticinco kilómetros. Una barbaridad para tres personas. Tendríamos que hacer varios porteos de provisiones y equipo. Y por un glaciar enorme, que además supongo que se estará derritiendo, como todos.

—Llevaremos porteadores.

—Nadie te va a querer llevar hasta allí. Y aún encontrándolos, habría que pagarles muy bien. Es una exageración.

—También se puede subir desde Badrinath por el río Alaknanda o coger el glaciar para la cara suroeste, que es la que nos interesa, y luego por el glaciar del Satopanth. Es más corto, pero puede que más complicado. En fin. Ha-

bría que consultar bien la ruta para ver cuál nos interesa. A veces la más larga es la más fácil.

—Y luego tendríamos mas de mil metros de escalada ¿de qué tipo?, ¿roca, hielo, mixto, nieve?, ¿y en qué condiciones? ¿glaciares colgantes, seracs, qué nos va a caer encima?

—Creemos que sí.

—¿Que sí qué?

—Lo que has dicho, unos mil trescientos de pared y un surtido selecto de condiciones. Un poco de todo, supongo, si vamos al principio de la primavera.

—Es una expedición que nos sobrepasa —dije convencido. Era un proyecto enorme, temerario, atractivo. Sabían que me iba a enganchar.

—Por supuesto que sí, de eso se trata, de meternos en algo grande, de entrar en el gran juego.

—Pero es suicida.

—No si lo preparamos bien. Se trata de querer hacerlo. Claro que no es fácil, para empezar, yo me hago la picha un lío con todos esos nombres indios: los leo, me los aprendo, o creo habérmelos aprendido y, al cabo de un rato, se me borran. No sé cómo voy a hacer para recordar el nombre de la montaña a la que estoy subiendo. Me acuerdo solo del número, el IV. Eso es lo peor de todo, de momento.

—Para empezar, puedes dejar de beber cerveza, tus neuronas igual se dedican a otras cosas aparte de espumar, burbujear y soltar eructos, no solo mentales.

—No empieces, ¿qué tendrá que ver una cosa con la otra?

—¿Cuántos tercios llevas?

—Tres o cuatro, creo.

—Venga ya.

—En serio —Héctor cambió de tono—, una expedición de ese tipo hay que organizarla con una agencia, no solo en la parte india, donde será imprescindible, sino empezar a contar ya con alguien que nos prepare toda la intendencia. Y nos explique cómo se hace para montar todo el tinglado. Si no, resultará imposible.

—Sí —añadió Raquel, muy seria—, además hay que hacer un presupuesto detallado, saber lo que nos va a costar. Va a ser un disparate solo la factura de la agencia, más el material y los viajes. Además sería conveniente que dejemos un margen para contingencias. Y que contratemos un buen seguro.

—¿Un seguro?, ¿para que nos saque un helicóptero a casi siete mil metros?

—Por si acaso.

—¿Quién se va a querer arriesgar? No contéis mucho con ello. Ya sabes, Héctor, déjate de historias, no basta con que te acuerdes del IV del Chaukhamba, ya puedes empezar a estudiar a fondo el proyecto. Pero no os hagáis ilusiones, de momento. Cuando encontréis la pasta, ya veremos.

—Ahora viene lo bueno. Te vas a quedar de piedra. Tenemos ya la pasta y el proyecto casi cerrado. Aunque te lo voy a tener que explicar. Nos han propuesto que completemos una expedición ya montada.

—¿Con quién? —dije yo, con la mosca en la oreja.

—Bueno, es un grupo internacional, gente de cuatro o cinco países.

—¡Eso es una barahúnda, yo no me meto ahí ni de coña!

—Ya lo sabemos, por eso lo hemos preparado de tal manera que solo compartimos gastos con ellos. Es muy útil para los permisos, el oficial de enlace y demás formalidades. Mientras la agencia se encarga de subirnos el equipo hasta el campo base del Shivling, a unos 4500 metros, nosotros vamos por nuestra cuenta desde Delhi. Hay varios grupos, pero el objetivo del más cercano es el Janhukot, un pico al otro lado del glaciar. No compartiremos campo base avanzado. Vamos, que los veremos solo para saludarlos.

—¿Sabemos quién va en ese grupo internacional?

—De momento no, pero preguntaré a la agencia.

—¿Esto lo has planeado tú o te lo han dado ya cocinado? Aunque no se me ocurre quién coño querrá ir a esa montaña perdida.

—No, el proyecto es mío. Buscando agencias y presupuestos surgió esta oportunidad. Nos sale bien de precio y nos deja margen de actuación.

—Tú estás majara, pero no pinta mal la historia. ¿Cuánto costaría la juerga? ¿Y quién la financiaría?

—No lo sé aún, pero no te preocupes, el patrocinador será mi empresa, y así nos deduciremos algo en impuestos. Se hará todo como a ti te gusta: ningún compromiso con los sponsor, nada de seguimiento en directo ni redes sociales, no apareceremos en ninguna hasta que volvamos. Es como si fuéramos nosotros tres solos y de incógnito. No tendremos que contarle nada a nadie si no queremos, pasando de la fama, el postureo y todas esas mierdas.

—¿Te gusta el planteamiento inicial o aún le vas a poner pegas? —Raquel me miraba socarrona.

—Estáis como cabras. Y tú, Héctor, deberías dejar el alcohol, ya estás con el delirium tremens.

## Diecisiete

—¿Y ahora qué?

—Acábate la cerveza que nos vamos para el cortijo de La Morra.

—¿Pero hay camas?

—No, duermes en el suelo, hoy mismo empieza el entrenamiento y la aclimatación para el Chau4. A ver si así te acuerdas del nombre.

—¿Pero al menos habrá cena?

—Claro. Lentejas. Y arroz. Para que te vayas ambientando.

—No jodas, yo me quedo aquí.

—Tengo un jamón.

—Vale, entonces os acompaño.

Subiendo al cortijo nos fue cayendo la noche y entrando el frío. Caminábamos en silencio, algo que agradecí después de la animada tarde de charla, a lo que no estaba acostumbrado últimamente. Cuando llegamos, en media hora tenía preparada una sopa de lentejas y verduras.

—¿Tenían que ser lentejas? Sabes que las odio. Y más para cenar —bufó Héctor con la boca llena.

—Pues no se nota. Si llego a saber que venías compro caviar y vodka, es la especialidad de la zona.

—Faltan chapatis y arroz —dijo Raquel.

—Y un poquito de *charas* para fumar y relajarnos.

—¿Tú crees que aquí hace falta algo para relajarse? Menuda paz, ¿cuántos meses llevas ya aquí arriba?

—Lo suficiente para empezar a sentirme a gusto y entonces aparecéis vosotros a tocarme las narices.

—¡Qué amable!

—¡Sí, qué hospitalario!

—Es fácil al principio, después no tanto. El primer día te lo tomas con calma, el segundo es relajante, el tercero te empiezas a poner nervioso y al cuarto buscas a alguien con quien hablar. Si no lo encuentras, hablas solo, o con los pájaros y los árboles. Luego te vas dando cuenta de que se está bien así, en silencio, de que todo fluye más rápido si no verbalizas, si dejas que tus pensamientos sean más líquidos.

—Y luego llega la mística —me pinchó Héctor.

—No ha llegado aún esa señora, pero todo se andará. Te aseguro que duermo bien, como aún mejor y me siento como un rey.

—Soy republicano.

—Como un presidente de la república de Hectorlandia.

—Eso está mejor.

La cena se acabó enseguida. Héctor salió fuera a fumar-se un peta y lo acompañamos. No había salido aún la luna y la oscuridad era casi total. La franja de cielo que asomaba entre las escarpadas laderas estaba cuajada de estrellas que titilaban con nitidez. Raquel empezó a reconocer las constelaciones que, al nombrarlas, se dibujaban nítidas una décima de segundo para después volverse a oscurecer. Era

una hermosa y fría noche pero el aire era ya de primavera. Nos fuimos a dormir para madrugar a la mañana siguiente.

Era inevitable, sabía que Raquel tenía que comentarlo antes o después:

—He visto a Silvia un par de veces, pero no dice nada. No habla de ti. Si apareces en la conversación, cambia de tema o se hace la longui.

—Pero tú no le has preguntado nada, ¿verdad? —A Héctor se le notaba incómodo.

—Por supuesto que lo hice, joder, pero pasó de mí. Como te pregunto ahora a ti, porque me gustaría saber qué fue lo que pasó. Pero no es por curiosidad, me preocupa que estéis mal.

—Y yo creo que deberías dejarlo estar —la cortó con aspereza Héctor.

—Es que no hay nada que contar, Raquel, las cosas empiezan y acaban. Fue maravilloso pero un buen día, ¡zas!, se acabó. Y ya está.

—Sí. Una pareja aparentemente feliz ni se habla ni se mira de un día para otro. Cada uno coge sus bártulos y se pira. Uno al culo del mundo. Y ni mu a los amigos. Nada.

—Tampoco iba a convocar una conferencia de prensa.

—Métete la ironía por el culo, Héctor.

—Perdona Raquel, de verdad, pero qué quieres que te diga. Es así, como tú dices.

—¿El poeta y el filósofo que llevas dentro se te han muerto? Siempre defiendes la complejidad de las cosas y ahora todo es sencillo. Una mañana te levantas y te vas a un pueblo de la Alpujarra, dejando a tu pareja, tu trabajo, a tus amigos, así sin más. Y la única explicación es la mía. Vale. No te preguntaré más.

—No te ofendas, Raquel —dijo Héctor— si no quiere hablar de ello sus motivos tendrá.

—Claro que tengo sobrados motivos, además de que no puedo explicar algo que ni yo mismo entiendo. Decir que pillé a Silvia con otro en la cama podría bastar, obviamente, pero eso fue solo el colofón. Simplemente habíamos dejado de ser lo que éramos.

—¡La has nombrado! Si yo fuera tu psicólogo te daría un chupachup de fresa —Héctor estaba insoportable esa noche.

—¿Por qué no la iba a nombrar? Para mí no es un tabú. Es doloroso pero también real. Ya no estamos juntos. Duele. Duele lo indecible. Pero no es culpa suya, ella no me hizo nada.

—¿Que no te hizo nada? —Raquel se había quedado con la boca abierta—, ¿la sorprendes poniéndote los cuernos en tu casa y eso no es nada?

—No, eso fue la consecuencia. El daño ya estaba hecho pero yo no quería verlo.

—¿Y quién era el otro?, si se puede saber.

—Richi —dijimos a la vez Héctor y yo.

—¡Hostia puta! —Fue lo único que se le ocurrió soltar a Raquel, ella que nunca decía tacos.

—Vámonos a dormir.

Nos sentamos en una roca junto al río a descansar tras la caminata que habíamos iniciado al amanecer, subiendo por la ribera del Trevélez hasta los cortijos altos, casi en el puerto de Jérez. Ya de bajada, contemplábamos el valle que se extendía, sinuoso, hasta el pueblo, oyendo el rumor del agua y mordisqueando pan duro y unos tacos de jamón.

—Así no hay quién se coma el jamón, te hace bola, hay que cortarlo más fino, si no, no hay manera —masculló Raquel con la boca llena.

—Eres muy exigente con el corte del jamón, para ser vegetariana —le recordó Héctor.

—Da gracias que tengo un jamón, me lo regaló Juan. En el pueblo abundan —me justifiqué yo.

—Si lo cortas todo con esa vieja navaja oxidada, un día te vas a pillar algo, el tétanos, el mal tieso, como decían en mi pueblo —arremetió entonces contra Héctor

—Estoy vacunado. O eso creo. Nos pusieron un montón de vacunas cuando fuimos al Aconcagua, ¿os acordáis? —dijo Héctor.

—Como para olvidarse. Menudo trajín con los de sanidad exterior —tercié yo.

—Ya hace tiempo de eso, habrán caducado, deberemos controlar de nuevo las vacunas si vamos a la India. —insistió Raquel.

—Yo me niego —saltó Héctor. Le daban pánico las jeringas.

—Pues no te vienes —lo amenacé como a un niño chico.

—Porque tú lo digas.

—Exacto. ¿Quién manda aquí?

—Yo —dijo Raquel— Y aquí o nos vacunamos todos o no se vacuna nadie.

—Me parece justo —acepto Héctor, pensando que sería lo segundo.

—Y a todo esto, ¿cuando nos vamos? —pregunté.

—¿Ahora tienes prisa? Vas a tener casi un año para prepararte: a primeros de abril del año que viene.

—Yo no tengo problemas para entrenar y aclimatar, así que ya os podéis ir buscando la vida.

—¿Eso quiere decir que estamos invitados? —me sonrió Raquel.

—Yo no he dicho eso, pero cuando queráis venir, esta es vuestra casa y vuestra montaña.

—Pues te cojo la palabra —saltó de inmediato.

—Gracias por la invitación, nene, consultaré mi agenda —Héctor se apuntó también.

Cuando se marcharon, empecé a pensar con calma en mi decisión de aceptar acompañarlos. Lo mejor que podía hacer era no darle más vueltas, aún quedaba mucho tiempo por delante. De todos modos iba a estar bastante bien aclimatado y en forma.

A desgana al principio, me fui metiendo en la preparación de la expedición. Me dediqué a los mapas y al material y, por una vez, dejé de preocuparme por el dinero. De eso se encargaría Héctor, para variar. Ya me diría cuánto y cómo me tocaba pagar. No acababa de convencerme de que todo fuese tan fácil, pero tampoco servía de mucho agobiarse.

El dinero, eterno problema. Siempre andaba endeudado, acumulando préstamo sobre préstamo. Buscar financiación pública, vía subvenciones municipales o de las comunidades autónomas estaba descartado, no corrían buenos tiempos para andar pidiendo miserias que nunca nos daban, además de que no éramos particularmente afines a ningún régimen. Y pasábamos de las banderitas correspondientes. Para tres don nadies como nosotros el patrocinio comercial estaba descartado, a no ser que buscásemos a alguna funeraria que adelantase los servicios

de pompas fúnebres que más de uno nos pronosticaba. Como mucho, a veces nos proporcionaban algo de material. Contábamos con una marca de calcetines que siempre nos regalaba unos cuantos a cambio de poner su pegatina en alguna chaqueta. Muy molón. Algo era algo, pero no nos ayudaba mucho de pantorrilla para arriba.

Para cada expedición creábamos un fondo para los gastos comunes al que hacíamos constantes aportaciones que duraban nada y menos. Raquel y yo nos las veíamos para mantener el paso y Héctor acababa ocupándose de tapar agujeros. Esa sí que era una gran cordada que nos mantenía unidos en las deudas y los préstamos continuos. Sí caía Héctor, iríamos todos detrás, en buen ensemble, porque no había ninguna reunión en la que nos pudiésemos asegurar.

Gracias a él habíamos conseguido hacer tantas cosas, renunciando, eso sí, a todo lo que pudiese oler a lujo o comodidad, contando con el equipo necesario y poco más. Andábamos todo el día en un almacén de Héctor preparando mochilas y petates, listas de material, mosquetones y tornillos de hielo, afilando crampones, comprobando que los plumas no perdiesen ni una en algún roto o descosido, tomando decisiones, esto también puede hacer falta, esto para qué si pesa una barbaridad, pero cómo no te lo vas a llevar, pues a tu mochila, yo no me lo cargo. La elección del estilo alpino para nuestras escaladas era obligada. Seguíamos la moda del minimalismo por necesidad, pues nuestro presupuesto no nos daba para preparar grandes expediciones, pagar una patulea de porteadores ni pasar meses aclimatando a la espera de una ventana de buen tiempo. Pero sabíamos también que un exceso de

minimalismo nos podía pasar factura, nos podía matar de frío, de hambre, despeñarnos, qué se yo. No era eso lo que deseábamos, obviamente, por mucho sponsor fúnebre que tuviéramos. Debíamos sopesar muy bien hasta qué punto estábamos dispuestos a jugar con la seguridad para que nuestro estilo ligero y elegante nos llevase a la cima y no a la gloria del olvido. Había que volver a casa para acabar de pagar los préstamos.

## Segunda parte



## Dieciocho

Nuestro vuelo a Delhi preveía una escala en Roma para cambiar de avión. Al embarcar de nuevo, nos llevamos una pequeña sorpresa. Los de la fila de al lado tenían toda la pinta de ser alpinistas, aunque solo fuera por las marcas de la ropa que llevaban y las arrugas de su piel, castigada por el sol y el viento. Pensarían lo mismo de nuestro aspecto, claro. Resultó inevitable establecer conversación con ellos. Cuando nos dijeron a dónde se dirigían, pensé que no podía ser cierta tanta coincidencia. Se suponía que nos dirigíamos a una montaña virgen, en lo más alto de un glaciar de veinticinco kilómetros. Y sin embargo, dos horas después de haber iniciado nuestro viaje ya habíamos coincidido con algunos miembros de nuestra expedición. Se suponía que no los íbamos a ver más que en el campamento base y ya estábamos en pandilla. Como ya sabíamos, ellos intentarían otro pico, el Janhukot. Eran unos escoceces que ya habían estado varias veces en la región. Uno de ellos había intentado incluso el Chaukhamba I hacía años. A mí no me hacía mucha gracia compartir expedición ni me apetecía andar socializando, pero eran unos tipos agradables. Nos dieron muchas informaciones sobre el recorrido del glaciar, aunque algunas fueran inquietantes, sobre todo las referidas al deshielo debido al cambio climático.

Malcolm, todo un experto del alto Gangotri, había llegado a 6300 metros en 1995 pero se había tenido que dar la vuelta. Nos explicó que había que aclimatar bien en las fáciles pendientes iniciales, aprovechando la larga aproximación al circo. Teníamos que tomárnoslo con mucha calma, antes de montar el campamento base. Había que preparar y programar bien los vivacs para poder descansar lo suficiente. En la escalada había que intentar moverse siempre muy rápido, sobre todo en los terrenos menos difíciles, ganar tiempo a la montaña. Y, sobre todo, nos confirmó que era correcta nuestra elección de la primavera como mejor momento para la ascensión, pues aún encontraríamos la nieve lo suficientemente dura antes del monzón. Aunque era de temer que el cambio climático hubiera roto el equilibrio del Gangotri. Habían pensado posponer su expedición al otoño para encontrar nieve en condiciones pero al final habían optado por adelantarla al inicio de la primavera. Buena gente, los escoceses, simpáticos y con sentido del humor. Esperábamos encontrarlos en el campo base del Shivling, aunque no los volvimos a ver hasta más tarde.

Llegamos a Delhi a mediodía, con el horario cambiado por las siete horas de diferencia con España y un jet-lag relativamente soportable, de no ser por la humedad tropical que nos abofeteó nada más abandonar el aire acondicionado del aeropuerto, haciendo que nuestras camisetas se empaparan de sudor en cuestión de segundos. Tras haber comprobado que estaba completo, dejamos nuestro equipaje al cuidado de la agencia que se encargaría de su transporte hasta Gangotri. Nos llevó solo unas cuatro horas, todo un récord, considerando los tiempos de la India. Te-

níamos reservado un pequeño hotel en la mismísima Connaught Place. Nos metimos en un taxi destartalado de la época colonial. Escupía un humo negro que podía asfixiar a una vaca en segundos. El chófer, alegre y dicharachero, parecía contento de vernos: nos dio una vuelta de varias horas por las miserias turísticas de Delhi, sudando como pollos, hasta que vio que nos podía cobrar lo suficiente para vivir una semana: unas pocas rupias. Agotado, conseguí meterme bajo un pequeño chorro de agua templada que debía considerar ducha. Estaba en la India y el Himalaya era todavía inimaginable.

Habíamos viajado mucho juntos. En viejas furgonetas, en coches destartalados, en trenes de montaña que subían inexplicablemente por escarpadas laderas nevadas, en largos vuelos transoceánicos en los que Héctor no cabía literalmente en su asiento. Habíamos dormido en todo tipo de hoteles, pensiones, b&b, chozas, apriscos, cuevas, corrales de ganado. En mi vieja tienda mientras fuimos dos y en las que fuimos comprando para los tres. Y por supuesto al raso, a la *belle étoile*, vivaqueando cuando se podía, gozándonos escarchazos y heladas, estrellas fugaces, plenilunios y tormentas.

Teníamos una larga historia detrás. Conocíamos nuestras manías y nuestros caprichos, la capacidad de aguante, las intolerancias de cada uno. Pero no habíamos pasado de ser un cuarto de página en alguna revista de escalada, una propuesta sin opciones en algún premio de montaña, unos nombres más: Raquel Álvarez, Héctor Pérez, Julio León. ¿Te suenan? Supongo que no. Éramos buenos escaladores, conocidos en el gremio, pero sin sponsor, endeudados, ¿a quién le importábamos? Se suponía que lo que queríamos

era pasar más o menos desapercibidos, evitando lo que moral y éticamente despreciábamos de la montaña, lo que creíamos que desvirtuaría el sentido de lo que hacíamos. Nuestros proyectos se alejaban cada vez más de todo y todos. Nuestro gran sueño era irnos a escalar a la Tierra de la Reina Maud, en la Antártida. Lejos, cada vez más lejos. Pero no teníamos muchas posibilidades de conseguirlo.

Tumbado en aquel hotel indio, comencé a soñar con esas extensiones infinitas de hielo mientras sudaba como un enfermo de malaria. Por la tarde, tras descabezar un breve sueño, salimos a dar un paseo. Estábamos en el centro mismo de Delhi, así que no quise imaginar cómo sería la periferia. Había viajado mucho antes, había visto pobreza y desolación. Pero aquella humanidad doliente no la había visto jamás: tullidos, andrajosos, sarnosos, leprosos, hambrientos, la corte de los milagros y de la podredumbre bajo un sol y una luz que anunciaban lo contrario. Familias enteras montaban su dormitorio a medianoche en las aceras para levantarse con el sol y seguir su peregrinar sin rumbo por la ciudad, entre limosnas y basuras, yendo quién sabe en busca de qué, cargando con todas sus pertenencias: una estera, un cazo, un *thali*, la bandeja para comer, y para de contar. Las calles estaban abarrotadas de gente que no tenía literalmente donde caerse muerta, aunque lo hacía continuamente. Y nosotros allí en medio, ¿sudan los pollos?

Entramos a cenar en un restaurante vegetariano, Raquel obliga. Miramos la carta sin entender ni jota, sin saber qué pedir. Un camarero con un bigote cuyas puntas llegaban a las orejas y un turbante enorme en su cabezota, un *sij*, nos sirvió una serie de platos que Raquel, haciéndose la en-

tendida, pidió al azar en esa carta indescifrable. Conocíamos la palabra *curry* y *rice* y *chutney* y ya está. El tipo, amable e imparable, se portó bien. O mal. No sé si era culpa suya, pero a cada plato me iba cayendo peor. Todo picaba. Todo. Y mucho. Demasiado. Creo que hasta el agua. Y decir picante no es decir nada. Porque era pólvora, fuego, ácido en la boca. Teníamos los labios de un encendido rojo frambuesa insoportablemente chic, nos goteaba la nariz, llorábamos sin pena y no podíamos quejarnos de lo que nos ardía la garganta porque no nos daba la voz. Tomamos litros de *salt lime soda*, que nos hacía eructar como cocodrilos, pero aquello seguía picando. Se fue la luz, se pararon los ventiladores que removían inútilmente el aire caliente de aquel salón y nos quedamos casi a oscuras. Creo que solo brillaba la comida, como brasas en la oscuridad, como cesio 137, o eso imaginé. Comimos lo que pudimos tragar, en esa nuestra primera experiencia real con la dieta que nos esperaba, y nos fuimos a seguir sudando al hotel. El ventilador rezaba una eterna *puja*, un *mantra* circular, así que me dejé hipnotizar. Soñé con revolcarme desnudo en el hielo.

Me encanta el frío. Bueno, supongo que algo lo odio, como todo el mundo. A menudo preferiría no pasar tanto frío. Pero no, en realidad me gusta. O quizá debería decir que me gusta pelearme con el frío. Buscar la manera de evitarlo cuando ataca. Vencerlo. Descubrir el modo de calentarme en las situaciones más complicadas. Y cuando es imposible, simplemente buscar el modo de sobrevivir. Soportarlo. Enfrentarme a él. Sacudirme, sacudir los pies, las piernas, los brazos. Intentar relajar la musculatura contraída del cuello, de la espalda, para evitar el dolor.

Si desaparece, si llega la insensibilidad, empiezo a temer la hipotermia: la muerte puede andar cerca. En fin, que mi conflicto es siempre con el frío. El calor es pasajero y agobiante, pero tiene fácil solución, quitarse ropa y beber mucho. O eso al menos creía yo hasta que llegue a la India.

Aquí el calor te abraza y no te suelta. Entra en el aire que respiras y te inunda por dentro. Hace que te cuezas, literalmente. Te hace sudar incluso en la plena inmovilidad del sueño. La alternativa es el ruidoso aire acondicionado de los hoteles, que no soporto. El runrún de ese frío artificial me produce un inmediato dolor de cabeza. O el aire caliente de los lentos ventiladores que te hipnotizan, aunque no refresquen nada. Igual es refrigeración por hipnosis. En Delhi tocaba aclimatarse al trópico. Pero en pocos días volveríamos a vivir el frío.

## Diecinueve

La estancia en Delhi se hizo eterna. Aunque se suponía que todo iba a estar preparado a nuestra llegada, la agencia no había terminado de lidiar con una burocracia incomprensible y no nos tenía preparados los permisos. Nos tuvimos que quedar tres días en esa inhóspita ciudad de humo negro y multitudes harapientas. Aburridos, no nos quedó otra que hacer de turistas. Visitamos el Red Fort, la tumba de Gandhi, la Old Delhi, apabullados ante tamaña demostración de humanidad. Era una ciudad triste, invadida por la humedad que corrompía incluso los edificios en construcción. Todo estaba sucio, de una suciedad espesa e invasora. La selva intentaba volver a recuperar su espacio. No veíamos la hora de marcharnos antes de enfermarnos. Pasábamos horas en el hotel, mirando el ventilador que nos iba introduciendo en los secretos de la mística hindú. Alelados y abstraídos bajo sus lentas aspas mugrientas, parsimoniosas como los indios, dejábamos pasar las horas mirándolo.

Aún sin todos los papeles, decidimos irnos por nuestra cuenta. Ya nos los darían cuando nos encontrásemos en el campo base con el resto de la expedición. Comprobamos de nuevo el embalaje de nuestro equipo, contamos los bultos, dimos propinas a media agencia, y rezamos una ora-

ción laica para que todo llegase en condiciones. Vámonos de una vez de aquí, dijimos.

Pero no nos iba a resultar tan fácil. Tras dos horas perdidos en una caótica estación de autobuses, conseguimos plaza en una tartana con destino frikilandia. Además de muchos indios, había ingleses, noruegos, franceses, italianos, americanos, coreanos, un batiburrillo de razas y nacionalidades, todos con la misma pinta de gente un poco ida. Nos dirigíamos a Rishikesh. Sí, la ciudad sagrada de los santones, los *ashrams* y los Beatles.

Héctor charlaba con unos y con otros, inventándose el inglés sin complejo alguno, chapurreando su francés de la escuela de los pastores de la Alta Saboya, su italiano macarrónico, que no tenía de italiano ni el olor a queso de sus sudados pies. Expansivo y alegre, hablaba de todo pero no soltaba prenda de nuestro objetivo, no quería que nadie supiese de nuestro Chaukhamba, y unas veces decía que íbamos al Nanda Devi, otras al Shivling. O se inventaba algún nombre en hindi o urdu. Total, daba igual. Precaución inútil, pues a nadie le importaban nuestros secretos en ese autobús.

Raquel parecía tomárselo con más calma y pasaba de los demás. Su mirada y su atención estaban en otra parte, fuera de ese variopinto microcosmos, en ese otro mundo más amplío y mucho más real que nosotros intentábamos ignorar. Indignada por lo que veía alrededor, por la injusticia de la vida en la India, estaba poseída por un abstracto furor. Estaba claro que no le agradaba tener que compartir viaje con toda aquella gente que consideraba frívola, con aquel viaje de estudios espiritual de un puñado de europeos en busca del nirvana a lomos de una visa. Con el precio de

una de nuestras camisetas habría vivido un mes entero una de esas familias campesinas que veíamos trajar en los campos.

El autobús salió del marasmo de la ciudad, de la periferia inacabable de cualquier ciudad oriental: chozas, cabañas, pequeñas parcelas cultivadas entre edificios de hormigón que parecían salidos de la última guerra —cualquiera de ellas—, hangares industriales oxidados, chatarra, basura, un hormiguero de gente, por la carretera, en las callejuelas, sobre cualquier vehículo, vacas, niños con el culo al aire, viejos moribundos y mujeres cargadas con toneladas sobre la cabeza. La India.

Nos fuimos quedando en silencio mientras el autobús se abría paso en aquella confusión, los pasajeros intentando hacer oír su cháchara políglota por encima del ronquido del motor. Raquel y yo fingimos enfrascarnos en una lectura en la que nunca se cambiaba de página, porque era imposible concentrarse. La ventanilla del autobús era un documental cruel que no dejaba de atraernos y sorprendernos de continuo. Vivimos el espectáculo de un autobús volcado en el arcén, con decenas de personas heridas, algunos muertos apilados en hilera en el asfalto. Decenas de personas revoloteaban alrededor: policías, sanitarios, curiosos, vacas, todo mezclado en una escena de barro, sangre y mugre. Tardamos una hora en poder abandonar aquel escenario de oxidada y retorcida chapa medio hundida en el cenagal, viendo y viviendo como la muerte estaba siempre presente.

La India no te podía dejar indiferente, nos resultaba muy difícil abstraernos de lo que ocurría alrededor. En realidad, nos molestaban las insustanciales conversaciones

de nuestros compañeros de viaje, su optimismo fuera de lugar. Algunos eran viajeros expertos, habían estado otras veces en la India, en Nepal, en Pakistán, conocían la pobreza. Se consideraban solidarios, pero estaban curados de espantos. Nosotros, novatos, aún sufríamos la primera, profunda impresión de la miseria más absoluta impregnándolo todo, empapando el aire.

Tardamos un siglo de autobús en llegar a Rishikesh, ya al atardecer, cansados. Ya de pie en el pasillo mientras intentábamos bajar, un rubio barbudo y delgado como un cristo le dijo algo a Raquel. Ella asintió pero no le respondió.

—¿Qué te ha dicho?

Yo no había conseguido oírlo en el tumulto, intentado coger las mochilas, bajar del autobús todavía en marcha, el claxon frenético del chofer que intentaba aparcar entre gente, vacas, perros.

—Que nunca te acostumbras.

Un impresionante chaparrón nos recibió poco antes de llegar al hotel, cruzamos a la carrera los escasos metros del jardín del hotel comido por la maleza, sorteando sillas oxidadas, parasoles rotos, ranas, sapos y culebras hasta llegar a nuestro bungalow. Era un hotel decadente como lo podía haber sido un hotel rumano en los años 60, estilo soviético, horterero y destartado. Llovió durante lo que quedaba de tarde y toda la noche, el ruido de las goteras en dos cubos de cinc marcaban el tiempo en nuestra habitación.

—Estáis depres. Vaya viaje —dijo Héctor con voz mortecina para animarnos.

—¿Encuentras algo alegre en lo que has visto o vivido hoy, o estos días?

—Joder, si seguís así voy a tener que ir a una farmacia. Voy a buscar algo.

No sé cómo se las apañaría, pero volvió al cabo de un rato con un taco de *charas*, de hachís, y se puso a fumar pegado a la ventana. Me senté a su lado, contemplando el diluvio. Ya más contento, Héctor intentó convencer a Raquel, que no fumaba ni tomaba alcohol. En la India estaba en su salsa, no tendría que defender ni justificar su vegetarianismo. La cena fue más insípida que las potentes comidas picantes de Delhi: las cuatro berzas con un poco de arroz eran propias de un hotel del otro lado del telón de acero en sus peores momentos y, por supuesto, ni asomo de carne. Héctor se quedó desilusionado, traía hambre del viaje, pero no le quedó más remedio que hartarse a comer unos garbanzos pochos.

—Ya veréis qué noche.

Rishikesh, una de las ciudades más espirituales de la India, constituyó para nosotros una experiencia intensa, todo un shock. Tardamos solo una tarde en cambiar nuestras inquietudes místicas por una visita continua al retrete. Menos mal que el hotel tenía water con taza, cosa no muy frecuente en la India, porque hacerlo a la turca con la flojera que nos entró habría supuesto un problema añadido al no menor problema de andar cada diez minutos a cagar. Nos quedamos agotados y al borde de la deshidratación pero con el colon limpio como una patena. Había vivido diarreas en mi vida, pero nunca tan feroces. No nos quedó dentro absolutamente nada. Raquel estaba pálida y marea-

da. Héctor parecía a punto de ir a matar al cocinero y yo tenía arcadas cada vez que intentaba hablar.

Purificación o purga, tuvo poco de espiritual. No sé si a los Beatles, en su visita a Rishikesh les pasó lo mismo, pero imagino que no porque su música habría sido otra, de eso estoy seguro.

—¡Empezamos bien! —dijo Raquel—, así no vamos a tener fuerzas ni para volver a Delhi.

—Esto es un complot. Han intentado asesinarnos, o por lo menos dejarnos fuera de juego, nos han envenenado.

—Es una simple diarrea del viajero—casi vomité yo, optimista desde mi profundo malestar.

—¿Qué dices? De esta no salimos —Héctor andaba muy cabreado—, tendríamos que llamar a urgencias, pero me da más miedo aún. No me imagino cómo será la comida del hospital aquí, si es que hay hospital, que lo dudo.

—Esto se pasa en un par de días —dijo Raquel, intentando creérselo—, tenemos que hidratarlos bien con suero hiposódico, o suero líquido o como se llame.

—Tiene que haber sobres en el botiquín. Y antidiarreicos. Pero están con el resto del equipo, a saber en qué petate andan. Vamos a hervir agua y a prepararlo nosotros: un poquito de sal, azúcar y limón. Bueno, lima.

—Pareces una bruja haciendo una poción mágica —le solté—, eso no hay quien se lo beba.

—Y tenemos que empezar a comer en cuanto podamos. Chapatis y arroz, y dejarnos de pringues —Héctor ya tenía hambre—. ¡Nos vamos a pillar el escorbuto! Hay que encontrar un pollo, o matar una vaca y comérsela a escondidas.

—Entonces sí que te envenenas —dije yo que, sin ser vegetariano, no como vaca.

—¡Una vaca! Qué ideas, si te pillan te linchan.

—También es verdad. Nada de vacas, pero un pollo, un pollo sí.

Por la mañana llamamos a la agencia y hablamos con el jefe de la expedición. Los demás también habían iniciado el viaje, estaban ya casi en Uttarkashi, entrando en las montañas. Insistió en que nos visitara un médico y nos dio un nombre y una dirección. La consulta podía haber sido la de un dentista de los años cincuenta o la de un barbero de pueblo. Era un médico ayurveda, simpático y parsimonioso. Inspiraba paz, pero no mucha confianza. Durante una hora, en un inglés tan sencillo que no se le entendía nada, nos habló de *chakras*, equilibrios y fluidos. Y del *Mahabharata*, supongo. Tuve que ir dos veces al water mientras hablaba y perdí un poco el hilo, de haberlo. Raquel intentaba traducir los comentarios del médico, mientras este se acariciaba la barba entrecana y sonreía feliz. Al final nos dio un sobrecito de papel de periódico con unos polvos parduscos que teníamos que tomar dos veces al día con un té de jengibre. A mí aquella cura me parecía de eficacia poco probable, pero aceptamos sus papelinas, por ver si acababa aquello de una vez, y volvimos dudando al hotel.

—¿Tú te vas a tomar eso? —me dijo Héctor, poniendo cara de asco—, igual es ceniza de muerto, como la que se esnifaba Keith Richard.

—¿Tienes algo mejor? Siempre puedes seguir cagando.

—No sé qué, a estas alturas.

Así no podíamos viajar, con esa diarrea continua, por tanto nos teníamos que quedar en Rishikesh hasta que me-

gorásemos, o al menos disminuyese la frecuencia de nuestras deposiciones. No nos quedaba otra. Nos dedicamos a lo nuestro durante todo el día con tanto ahínco que al final nos tomamos, desesperados, los polvos que nos había dado el viejo médico. ¡Alehop!, pasamos la noche más tranquilos y a la mañana siguiente estábamos mejor, débiles pero con una cierta hambre. Nos dimos un buen desayuno con unas *parathas* de cebolla, huevos y té a raudales, cagamos otro poco y nos fuimos a ver el Ganges, por fin.

## Veinte

No sabíamos qué había podido ocasionarnos tamaña diarrea pero, pensándolo bien, lo extraño habría sido no cogerla. Desde nuestra llegada a la India habíamos comido todo tipo de fritangas y *currys*, y bebido agua, té y *salt lime soda* en puestos callejeros, en fondas de mala muerte, en cualquier parte y sin miedo. Nos dijimos que era para aclimatarnos, y sí, lo hicimos bien, tumbados durante varios días en el hotel sin poder alejarnos más de diez minutos del water.

Pero eso nos haría más fuertes, pensamos, nos haría inmunes a todo lo que pudiésemos pillar de allí en adelante, porque obviamente tendríamos que seguir con la estrategia de comer de todo en todas partes, más que nada porque no nos quedaría otra.

—Lo que no te mata...—soltaba Héctor cada vez que iba al water.

—Vete a cagar —le respondía Raquel, con la escasa voz que le quedaba.

—A sus órdenes, voy volando— decía Hector mientras se daba prisa.

Yo no tenía tan claro que la estrategia elegida fuese la adecuada; habría preferido un sistema progresivo y un pelín más higiénico. Debo reconocer que andaba un poco

traumatizado. Nunca me había desagradado el picante pero en la India se pasaban un poco con las guindillas. Iba sobre aviso, pero pensaba que no sería para tanto. Primer error. No esperaba unas esmeradas condiciones higiénicas, aunque el hecho de no saber qué estaba comiendo, unido a la mugre general y sus posibles efectos sobre mi salud, me producía ciertas tensiones internas, por llamar con suavidad al asco.

En Rishikesh, la adaptación alimentaria, la intolerancia al *very hot* y mi inicial repugnancia, se esfumaron. A partir de ese momento nuestra única estrategia fue la necesidad. El picante era obvio, —a nuestro aparato digestivo le fue saliendo callo— y lo que comiéramos era lo de menos, siempre y cuando hubiera algo que comer. No importaba lo que fuera, aunque las sorpresas se iban a acabar pronto. En pocos días nuestra dieta consistiría en arroz y lentejas para desayunar, para comer y para cenar. Luego, a veces ni eso.

Unos días más tarde, un poco más delgados y depurados, decidimos seguir nuestro camino hacia las montañas.

Llegamos aún de noche a la estación de Haridwar porque nos habían dicho que nuestro autobús salía a las seis de la mañana, apenas amanecido. No se nos iba a escapar: diez minutos antes allí estábamos, cargados con las mochilas y empapados bajo una lluvia torrencial. Ese fue el principio de la sesión gratuita de tortura china. Bueno, india. Durante unas horas esperamos a que escampase bajo un toldo de plástico agujereado del que más que goteras caían pequeñas cascadas. La estación se fue convirtiendo en una ciénaga mientras esperábamos. Chapoteando en los charcos, intentamos poner a resguardo las mochilas dentro del

autobús. Pero el que parecía ser el chófer, indistinguible de cualquier santón, pordiosero o vendedor de té de los que pululaban como perros mojados bajo la lluvia, nos lo impidió: en el autobús solo entrarían personas. Qué personas y cuándo, al parecer era una pregunta capciosa para él, por lo que no obtuvimos respuesta, aunque tampoco creo que el hipotético conductor hubiese entendido la pregunta. Otro tipo acudía regularmente cada media hora con una bandeja para vendernos algo espeso y turbio que pretendía hacer pasar por té, aunque solo fuese porque estaba caliente, pero que sabía a leche agria y a vaso sucio de años.

De repente se abrió el cielo, aunque seguía lloviendo, y algunos rayos de sol iluminaron el herrumbroso autobús; parecía una señal convenida: una muchedumbre, salida de Krishna sabe dónde, se abalanzó sobre el cacharro vociferando con la mano alzada y agitando un pedazo de papel de periódico con cuatro letras escritas a mano en hindi. A saber qué ponía. La tarde anterior, cuando nos vendieron como billetes de autobús estos trozos de periódico viejo a cambio de un puñado de rupias, pensamos que era una tomadura de pelo.

El conductor, impasible, siguió mirando al frente sin abrir las puertas, mientras la muchedumbre se apiñaba frente a él sin llegar a tocarlo. No dijo nada, solo mostró una indiferencia total. El entusiasmo de los señores pasajeros se fue diluyendo ante la impasibilidad del tipo. Volvió cada mochuelo a su olivo, a seguir haciendo nada. Un buen rato después, el chofer nos miró y con señas casi imperceptibles, moviendo ligeramente la cabeza y elevando unos milímetros la ceja izquierda, nos indicó que era hora

de partir. Nuestro pedazo de periódico debía de ser de la primera página.

Conseguimos amarrar los petates grandes en la baca, con la esperanza de que se mantuviesen allí hasta la llegada a Uttarkashi. Pero al intentar introducir las mochilas en el autobús, el chófer se opuso con energía, hasta que le dimos unas rupias. Se encogió de hombros y sacudió la cabeza como diciendo: allá vosotros. Soborno inútil porque él tenía razón, el único sitio en el que podíamos colocarlas era sobre nuestras rodillas. Soportar quince kilos encima durante un viaje que iba a durar, en principio, unas seis horas no fue una decisión acertada. Además, tuvimos que meternos los tres en dos asientos ya estrechos, equipaje incluido, mientras el cacharro aquel se iba llenando cada vez más. No sé de dónde habría salido tanta gente, era más de la que había en la estación. Decir que íbamos apretados era decir poco, digamos que íbamos encajados como las piezas de un tetris.

Pasadas las diez, cuatro horas más tarde de lo inicialmente previsto, el chofer intentó arrancar. Tras un cuarto de hora de ahogados ronquidos, toses negras de gasoil mal quemado, ronroneos de gato moribundo y chirridos varios el autobús, que nos habían vendido como *deluxe*, se empezó a mover. Se desplazó durante unos pocos metros para frenar de golpe porque una vaca se había tumbado a la salida de aquella mal llamada estación de autobuses. Aquello era el hotel de los líos, el cementerio de los elefantes, un bebedero de patos, cualquier cosa menos una estación de autobuses.

Tras unas cuantas caricias, susurros en la oreja y súplicas varias, a la caprichosa vaca le apeteció mover el rabo,

el culo y el resto de su desmadejado cuerpo sarnoso y se fue vacilando a otro lugar donde estorbar. Nosotros por fin salimos al tráfico de la ciudad, al caos de gente en bicicleta, carros cargados hasta lo increíble, más vacas vivas y/o medio muertas, peatones +/- muertos de hambre, *rickshaws* humanos, con bici, con moto, los famosos *chucus*, en medio de una humareda negra, entre tufos de carne en putrefacción, desagües, mierdas varias y otros exotismos de la India.

Pero por fin habíamos salido. Inocente, creí que a partir de ahí, pese a la incomodidad, nos esperaba un viaje de placer. Solo porque nos movíamos. No imaginaba que el chófer, para sobreponerse al escándalo de los continuos cláxones, los alegres bocinazos, los rebuznos de los burros y los mugidos de las ubicuas vacas, nos iba a deleitar con una espeluznante música. Una aspirante bolliwoodiana hizo gala de unos agudos gargajeos que nos penetraron los tímpanos. Nuestra irritación, ya en niveles elevados gracias al pestucio de los *bidis* que fumaba sin parar el tipo del asiento de atrás, se disparó.

Hablar de olores en la India es difícil, pero esa mañana las variaciones de lo desagradable podían alcanzar lo sublime: el horror para cualquier nariz. Nuestro amigo el fumador cada poco escupía unos gargajos rojos y espesos como cerezas directamente al suelo. Si se me hubiera caído todo el dinero que llevaba encima —no mucho claro, unas pocas rupias en penoso estado—, no me habría agachado para recogerlo. Una toma de muestras del CSI en aquel autobús habría dado para un análisis pormenorizado de la vida en la tierra, con el descubrimiento de algunos

centenares de virus y bacterias desconocidos. O irreconocibles de tan sucios.

El dolor de culo fue inevitable desde el principio, dado el material de que estaba hecho, el escaso tamaño y la excesiva ocupación del asiento, pero enseguida dejamos de sentirlo. El culo, no el dolor. Nuestras rodillas chocaban con el respaldo de delante y, en cada bache, a razón de tres por segundo, golpeaban contra los soportes de hierro, los quince kilos de la mochila se clavaban en los muslos y yo me golpeaba la cabeza contra la ventanilla. La sensación de asfixia fue aumentando por momentos, la temperatura y la humedad interior daban para hacer verdura al vapor y la deshidratación empezó a provocarnos calambres en las piernas. Solo llevábamos unas tres horas en el infierno, yo iba dándole vueltas a la redacción de un testamento exprés, cuando paramos en un poblacho.

—¡Me cago en la puta! —suspiró por enésima vez Héctor.

—¡Joder! —lo secundó Raquel.

—¡Hostias! —los acompañe yo, manteniendo el tono irritado y el registro vulgar.

Nos bajamos a empujones para estirar las piernas, mientras dejábamos nuestras mochilas de guardianas para conservar los asientos. Y para olvidarlas un rato.

Bajo cuatro palos y una lona vieja, un tipo con bigotes de forzudo de feria freía *pakor*as en aceite requemado, puede que de tractor, mientras otro agitanado servía té de un perol negro. Héctor, después de su experiencia íntima con la diarrea, declinó la invitación del pakorero y se acercó a un vendedor de mangos. Por uno gigante y churretoso le cobró un disparate, probablemente porque Héctor no

sabía cuánto le había pedido ni cuánto le había dado. Dijimos que su hindi no era muy fluido. Sacó su sempiterna navaja oxidada y peló el mango maduro, pringándose hasta los codos. El espectáculo general no nos estimuló el apetito. A Raquel y a mí nos bastaron dos galletas y un trago de agua mineral.

Volvimos cabizbajos al autobús y rehicimos el inevitable tetris para conseguir colocarnos los tres bajo nuestras mochilas en aquel minúsculo espacio.

—¡Hostias! —inicié yo la retahíla.

—¡Me cago en la puta! —continuó Héctor.

—¡Joder! —cerró Raquel.

Seguimos nuestro camino por las primeras montañas prehimaláicas, amenizado de nuevo por la alegre música de chirriantes, espeluznantes agudos. El bosque fue cambiando, haciéndose menos espeso, menos tropical, y pasando a las coníferas, supuse. Héctor me estuvo dando la barila con rododendros y todo eso, pero no sabría decirnos más. La carretera se fue estrechando, ganando pendiente en el desnivel cada vez mayor de las laderas. El autobús carraspeaba de mala manera al reducir las marchas cuando atacaba un repecho tras cada curva. Se inclinaba unos cuantos grados de más para nuestro gusto, sobre todo cuando lo hacía hacia el precipicio en el que nos veíamos de un momento a otro. Sigo sin explicarme cómo nos pudimos mantener en la carretera.



## Veintiuno

—Te dije que teníamos que haber alquilado un todo terreno para subir —dijo Héctor, un tanto cabreado y ligeramente a punto de estallar.

—Ya, pero yo quería viajar como viajan los indios, no ir de turista ricachón —le respondió Raquel, didáctica y explosiva a su vez.

—Pues te vas a enterar bien de cómo lo hacen. Todo el santo día aquí metidos como pollos, como sardinas, como caballas...

—...como perdices en escabeche, como berberechos y mejillones, como todo lo que puedas comprar en lata. Para, que me da hambre —se echó a reír Raquel, para mayor cabreo de Héctor.

Era ya media tarde y no acabábamos de llegar a ningún sitio. Seguíamos subiendo despacio por una sinuosa y estrecha carretera. Las colinas eran plantaciones de arroz en terrazas, espejos del atardecer por cuyos caminos cientos de campesinos se perdían entre lodazales, guiando a sus bueyes o cargados con haces de hierba o leña. Era una imagen atemporal, podríamos haber estado en cualquier momento de los últimos cuatro mil años. Poco había cambiado, los taparrabos de algodón sucio de los escuálidos cultivadores de arroz, las casuchas de barro con cuatro ga-

llinas decorando la entrada, las mujeres con sus ajorcas y sus zarcillos de metal acarreado agua, los chiquillos con el culo al aire y los mocos colgando que correteaban entre el estiércol. Al cruzar esos pueblos se nos acercaban los aldeanos para vendernos algo de comer: mangos, siempre mangos, plátanos, *pakoras*, *chapatis*. Un niño llevaba en una bandeja de metal, un *thali*, una extraña mezcla que servía en cucuruchos de papel de periódico: granada, guindilla fresca y cebolla a las que exprimía media lima por encima y espolvoreaba con una mezcla de especias y una pizca de sal. Curioso por la mezcla de sabores, abrí mi ventanilla y le compré un cucurucho al chaval por un puñado de rupias. Me devolvió una sonrisa de oreja a oreja, a la que creí que añadía un punto de sorna. Tampoco le iría mal a la mezcla, supuse. Picaba, por supuesto, picaba como todo en la India, pero estaba extrañamente sabroso. Héctor me miraba incrédulo.

—Te comes cualquier cosa.

—Mira quien habla. Está bueno, ¿quieres probar?

—Trae un poco.

Y así empezamos a perder el miedo a las cagaderas.

Seguimos nuestro lento camino hacia el inalcanzable Uttarkashi. No llegábamos nunca, nos parecía estar haciendo la ruta de la seda en camello cojo. No creo que la velocidad media superara los veinte kilómetros por hora. Bien es verdad que estábamos subiendo al Himalaya y que el desnivel era excesivo para ese autobús, por muy *deluxe* que fuera. Tampoco ayudaba el estado del firme, lleno de baches y troneras que nos hacían botar y rebotar, descoyuntándonos los huesos.

Los paisanos se desplazaban con carros y bueyes, en bicicletas oxidadas, en destartados tractores que hacían las veces de autobuses. En uno de ellos, y no hablo del remolque, iban subidos catorce escualidos jornaleros. Tuve tiempo de contarlos mientras nos saludaban alegremente al adelantarnos, imaginaos nuestra velocidad, todos con blanca sonrisa bajo negro bigote. Estaría de moda, el bigote, porque no encontrabas a nadie que no lo llevase. Quizá fuese un símbolo religioso, vete a saber.

Oscurecía ya, seguro que no andábamos muy lejos del momento en que por fin abandonaríamos esa nave espacial de hojalata, esa apestosa máquina del tiempo, ese cochambroso autobús *deluxe*. Pero entonces se paró, con un ruido agónico como un estertor de moribundo. Soltando un poquito más de humo negro de lo normal en dos débiles petardeos, se quedó quieto y callado, como lo hicimos todos, esperando alguna reacción: una explosión, un desprendimiento, el asalto de unos bandidos, pero nada. Hasta la cantante de Bolliwood se calló, menos mal, qué alivio. El chófer, hierático, abrió la puerta y se bajó. Yo pensaba que el capitán siempre abandonaba el barco el último, pero temí se hubiese largado sin más a alguna aldea cercana a tomar té y fumar *bidis*, esperando que un siglo de esos alguien apareciera —quizá un mecánico, quizá un santón milagroso—, alguien que pudiera arreglar el cacharro. O que el autobús acabase diluyéndose en la lluvia del monzón que llegaría un mes más tarde.

Decidí actuar, hacer algo, mover las piernas para evitar la gangrena, fumar también yo un *bidi*, mear. Me bajé del autobús. Menos mal que no me meaba demasiado, porque de haber bajado con más ímpetu habría ido a parar

trescientos metros más abajo, pues entre el autobús y el precipicio no había más de medio metro. Lo justo para pararme en seco, imprecar y respirar aliviado por haber sobrevivido de nuevo. Me alejé unos metros para mear, no para que nadie me viese, que no se veía ya nada, sino porque no me fiaba de las reacciones de ese cacharro. Igual se le iba el freno de mano, si tenía. Después, fui silbando y con la frontal encendida hasta el capó abierto. El chofer se alegró mucho de verme, sobre todo porque por fin conseguía ver algo a la luz de mi linterna. Me indicó que le alumbrase no sé qué pieza de una cosa que debía de ser el motor, aunque por su aspecto no habría podido jurarlo. Empezó a divagar en hindi, imaginé que explicándome lo que le había ocurrido en el hígado a su amado corcel. Estuvo trasteando un rato, supongo que más para matar el tiempo que por demostrar una mínima competencia mecánica o por deferencia hacia sus numerosos y pacientes pasajeros. Por señas, empezó a indicarme lo que había que hacer y a pedirme algo. Se señalaba el pelo, luego unía los dedos índice y pulgar y separaba las manos para volver a juntarlas con rapidez. Raquel, que mientras tanto se había colocado a mi lado, hizo gestos de asentimiento, como si hubiera entendido lo que el chófer necesitaba. Subió al autobús, volvió al cabo de un minuto con una bolsa de aseo en la mano y empezó a pasarle gomas, horquillas y pasadores para el pelo. El conductor se puso tan contento que hundió la cabeza en el negro y aceitoso páncreas del autobús. Unos minutos más tarde se colocó sonriente al volante y nos dijo a todos que subiéramos. Reconozco que yo ya había perdido la fe, en ese momento hubiera apostado diez a uno contra el improvisado mecánico-peluquero.

Pero como no tenía nada mejor que hacer, volví a enlatar-me entre Héctor y la ventanilla y esperé acontecimientos. Héctor me regalo su mejor mirada de escepticismo.

—Brrrrmmmm, brrrrmmmm, cof cof cof.

Un grito de entusiasmo brotó al unísono de todas las gargantas. Y así, despacio despacito, entumecidos y baqueteados, pero tan felices y contentos llegamos por fin a Uttarkashi una hora más tarde.

Tuvimos que esperar a que se fuese despejando la clase “superior” del autobús para recuperar nuestros petates. Muy amables, algunos de los viajeros que habían disfrutado del paisaje allí arriba nos ayudaron a bajarlos, no sin antes pedirnos desinteresadamente unas cuantas rupias por el favor. Ya teníamos el equipaje amontonado, Raquel se acababa de marchar con un voluntario de bigote y *bidi* reglamentarios en busca del hotel. Se suponía que no debía de andar muy lejos, pero mejor localizarlo antes de cargar con los macutos. Entonces empezó a chispear. Un minuto después llovía. El minuto dos supuso un significativo incremento de la lluvia. A los tres minutos estábamos empapados y nuestro entorno se estaba convirtiendo en un barrizal. Apareció Raquel con tres tipos en *dhoti* —de ahí la etimología de *dodotis*, supongo—, agarramos entre los seis los bártulos como pudimos y zarpamos hacia el hotel, que se encontraba a unos cien metros a babor. Yo he visto llover, como todo el mundo, muchas veces. A menudo con intensidad en tormentas de montaña y en gotas frías mediterráneas, pero como aquella noche juro que no he visto llover jamás. Y espero no volver a verlo. Era como si nos estuvieran vaciando una piscina encima. A mitad de camino del hotel, el agua ya nos llegaba por encima de la

rodilla y nos costaba andar, había perdido las zapatillas en el barro y empezaba a pensar que el agua que bajaba con fuerza calle abajo me arrastraría sin remisión y volvería a Rishikesh hecho un andrajo, flotando en el Ganges como un cadáver a medio incinerar. Bueno, crudo mejor. Por lo menos saldría de la rueda de la vida, del *samsara* o como se llame, bien lavado.

El hotel estaba seco por dentro. Diez amables bigotes acudieron ávidos de portear nuestras empapadas mochilas hasta la habitación por una módica *bakshee*. Y por fin nos vimos en aquel hotel, descalzos, chorreando, el equipaje enfangado a nuestros pies. Nos echamos a reír. Probablemente por no llorar. ¡Ah, la aventura!

Tras habernos sacudido como perros mojados, tranquilos y esperanzados bajamos al restaurante del hotel. Un pulcro y cumplido camarero de negras uñas nos sirvió deferente una rica sopa que nos calentó más allá de lo deseado, por hirviente y por picante.

Nos dispusimos a hacer planes.

—A Gangotri en autobúz oz vaiz vozotroz, prefiero zubir andando...

Era curioso ese repentino ataque de ceceo de Héctor. Probablemente se había quemado la lengua. No le pregunté qué le parecía la sopa. La zopa.

—...aunque tenga que cargar con miz bártuloz —añadió.

—Vale —me reí, generoso, sabiendo que no había autobuses para ir a Gangotri y que tendríamos que descansar al menos un par de días mientras se retiraban los lodos de la carretera que nos dejaría a 3400 metros. Allí estaría esperando nuestro enlace y el resto del equipo que había

salido por delante. O tendríamos que esperarlos nosotros, quién sabe, estábamos en la India.

—Después de cenar preguntaré en el hotel por el alquiler de un todoterreno que nos suba —Raquel era la que mejor hablaba inglés. Bueno, la única que entendía el inglés que hablaban los indios. A mi me costaba horrores. Como a ellos entenderme a mí.

—Muy bien ¿aquí no hay pollo? —dijo Héctor dándole vueltas a sus espinacas con garbanzos y queso.

—Se han ahogado todos. Pero hay buen pescado, fresco fresco.

—Qué gracioso. A mi es que las espinacas... casi que prefiero lentejas y arroz.

—No te preocupes. A partir de ahora te vas a hartar, será lo único que comas. Si comes.

—No jodas.

—No. No jodo.



## Veintidós

Hasta Gangotri todo fue como la seda. En un jeep de cinco plazas sin maletero, nos metimos diez o doce, no llegué a contar bien porque no podía girar la cabeza. La baca parecía la de un marroquí francés camino de su casa en el Atlas. Todo iba tan bien atado que solo perdimos un saco de yute lleno de Shiva sabría qué. Cayó rodando por un precipicio y me recordó al conde de Montecristo, quien en esa tesitura habría salido del saco hecho un cristo del monte. El dueño se pasó el resto del viaje lamentándose y maldiciendo el poblado panteón hindú. Yo empecé a pensar en cómo iba a apañarme sin los efectos personales de mi querida mochila, pero Héctor, precavido, había atado nuestro equipaje con una cuerda de unos setenta metros.

Conseguimos llegar vivos, pese a los intentos por desbaratar nuestros planes del conductor del todoterreno. Menos mal que estábamos subiendo porque, en las escasas cuestas abajo, dejaba en punto muerto aquella chatarra atestada de gente y mochilas. El grito de la curva al final de la cuesta se parecía bastante al de los adolescentes en las montañas rusas, solo que al ser doce, parecía un coro del ejercito ruso acojonado. Fue divertido, pero a Héctor no le hizo demasiada gracia la broma y estuvo a punto de pegarle al chófer, que no entendía qué había de malo en su

manera de conducir. Le metió una bronca que a mí me habría traumatizado hasta la jubilación. Cuando Raquel comentó que luego habría que bajar de allí, nos sumimos en una momentánea depresión. De la que nos sacó otro chute de adrenalina en otra cuesta abajo demencial. Al conductor todo le daba igual.

No sé cómo pero llegamos a Gangotri y por fin vimos el Baghirati, un portentoso río de montaña encajado entre enormes paredes que bajaba con una velocidad parecida a la de nuestro jeep, aunque con más sensatez. Al fondo del valle asomaban los primeros seismiles. Estábamos por fin en la montaña.

Pero allí no nos estaba esperando nadie. Preguntamos en el único hotel, que era en realidad una residencia militar. Todos se habían marchado sin esperarnos y no nos habían dejado ningún mensaje. No podíamos hacer otra cosa que seguir el sendero hacía Gaumukh, la boca del glaciar Gangotri, y llegar por nuestra cuenta al campo base a los pies del Shivling, que estaba a solo un par de días. Esperábamos que todo el equipo estuviese ya allí. De no ser así, todo se iría a la mierda. En fin. Era lo que había.

Contratamos a un par de porteadores para los petates, nos echamos las mochilas a la espalda y arrancamos a andar por fin. El aire tenía ya el aroma de la altura, la nitidez de la montaña. Bajo un sol achicharrante nos pusimos a sudar, contentos al fin de estar haciendo lo que habíamos ido a hacer, lo que amábamos hacer.

Seguimos la ladera por el estrecho valle del Baghirati. Cien años antes, el glaciar llegaba hasta el mismo pueblo de Gangotri, pero se había ido retirando y había perdido más de veinte kilómetros. El camino era además una im-

portante ruta de peregrinación para los *kawarias*, los devotos de Shiva que llevaban el sagrado *Ganga Jal*, el agua del Ganges, a las llanuras. Ataviados con chanclas y taparrabos y unas pequeñas botellas de plástico atadas a un palo, cruzaban el glaciar para subir hasta Tapoban, a casi cinco mil metros. Otros, los más devotos supongo, iban desnudos y cubiertos de ceniza, largas barbas y cabelleras de rastas espontáneas, con un tridente como único equipaje. Y fumaban grandes trompetas de marihuana. Visitaban la morada de su dios, el Shivling, el falo de Shiva. Allí arriba, sentado en su trono a siete mil metros, Shiva oteaba el horizonte fumando y pasándose en grande. Como deidad no estaba mal.

Pero eran demasiados, cientos. Nos encontramos con atascos de tráfico humano en algunos pasos estrechos. Quién nos lo iba a decir, a más de cuatro mil metros y en procesión. Héctor no paraba de quejarse y de ponerlos verdes.

—Tan simpáticos, tan sonrientes, tan *namasté namasté*. ¡Qué pelmas! —rezongaba.

—¡Déjalos en paz! Están en su casa y hacen lo que quieren. Aquí somos unos invitados y nos tratan bien. ¿Qué más quieres?

—No me fio de esos tipos en bolas con el tridente. Estoy por regalarles unos calzoncillos.

—¡Irían guapos con los tuyos de rayas! —se rió Raquel.

—Puedes crear una fundación solidaria cuando vuelvas: calzoncillos sin fronteras —le propuse.

—Cállate, anda, cállate, que me tienes la cabeza loca.

Para ir aclimatándonos, subimos despacio, haciendo largas paradas en las tiendas de lona que los peregrinos

habían montado a lo largo del camino para darse apoyo. Había santones con su corte de fieles aquí y allá. En todas partes nos acogían con sonrisas y *namasté namasté*, nos ofrecían té, algo de comer, nos frotaban aceite en las rodillas y nos daban ánimos para visitar la montaña de Shiva. Todos querían hacerse una foto con nosotros. Raquel sacó un cuaderno para que fueran apuntando la dirección. No sé cómo se las íbamos a mandar después, si la mayoría estaban garrapateadas en hindi. Pero Raquel dijo que ella se encargaría.

Paramos a dormir en un refugio militar. Allí empezó nuestra dieta de lentejas y arroz que iba a durar unas semanas. En una pequeña explanada frente al río, bajo una enorme tienda de lona, se apiñaban decenas de peregrinos para protegerse del frío de la noche. Nos invitaron a dormir con ellos, pero preferimos la desolada habitación del refugio. Se pasaron la noche entre cánticos y risas. Nos resultaba difícil entender por qué eran tan felices. No tenían nada, ni una manta, en aquellas temperaturas bajo cero, solo el calor que se daban unos a otros, entre desconocidos. La mayoría había hecho cientos, incluso miles de kilómetros en chanclas durante semanas de viaje. A la vuelta sería igual, salvo el ligero peso de esas pocas botellitas de plástico con agua del Ganges con la que tocarían la frente de sus incontables familiares.

De nuevo en marcha al amanecer, tras un té y un *chapati*, seguimos nuestro camino. A las pocas horas de echar a andar, oímos un enorme estruendo no muy lejos de donde estábamos, como un desprendimiento de roca. Empezamos a mirar a nuestro alrededor, pero solo al pasar la curva comprendimos de dónde procedía. Un enorme bloque de

hielo se había desprendido del frente glaciar que apareció ante nosotros. El valle se abría en una ancha u. Bloques erráticos de hielo flotaban en la laguna formada por el agua que se filtraba de la base del glaciar. La morrena lateral había creado una ancha playa de pedruscos. Una pequeña multitud de santones y peregrinos chapoteaba, se bañaba, rezaba y se hacía fotos en aquellas aguas heladas.

El alto farallón del frente glaciar aparecía resquebrajado y era peligroso acercarse, pero muchos de aquellos indios escuchimizados, cantando y sonriendo como niños, se introducían en las cuevas y entre las grietas de hielo sucio.

Superamos el frente por un lateral y cruzamos al otro lado del glaciar. Algunos peregrinos se habían aventurado hasta allí, en busca de algunos *sadbhus* que pasaban el verano en las cuevas de los altos prados de Tapoban. Daba grima verlos caminar descalzos o en chancas por las piedras de la morrena o cruzando la rimaya hasta la base del Shivling. Y nosotros con nuestra buenas botas.

Unas horas más tarde llegamos por fin a nuestro campamento base. Y sí, allí estaban el encargado de nuestra agencia, el oficial de enlace y todo nuestro equipo. Los demás miembros de la expedición habían salido ya hacia el Janhukot. Pero no había problema, nos habían dejado un cocinero y un porteador. Al ver a aquellos dos esmirriados chavales y el montón de bultos que teníamos que transportar veinticinco kilómetros arriba entre grietas de hielo y seracs, nos quedamos con la boca abierta. Pensamos proponer a los otros dos que nos habían acompañado desde Gangotri que siguieran hasta el campo base avanzado, pero comprendimos que era imposible: no tenían botas ni equipo para hacerlo, y nosotros tampoco podíamos pres-

társelos, así que se volvieron valle abajo, contando felices su puñado de rupias. La única opción que nos quedaba era hacer un doble porteo. Nuestros nuevos compañeros se negaron en redondo. Así que nos tuvimos que pasar la tarde discutiendo con ellos el precio de su cambio de actitud. Al final, con sus grandes dotes diplomáticas, Raquel consiguió convencerlos prometiéndoles hipotecar mi piso de Madrid. Se quedaron más o menos contentos, si todo salía bien podrían jubilarse con una buena pensión. Aunque tampoco era para tanto, pensándolo bien, para nosotros la cifra era una miseria. Pero nos retrasaría algunos días más. Nuestro voluntarioso cocinero nos preparó la primera cena, sorprendiéndonos con unas exquisitas lentejas con arroz, para variar.

Resueltas por fin las cuestiones prácticas, nos pudimos sentar tranquilamente a contemplar la majestuosidad del Shivling y de los seismiles, muchos de ellos vírgenes, que nos rodeaban.

Era el inicio de nuestra aventura. De nuestro sueño.

## Veintitrés

Tanto pensar en el frío que iba a hacer, en las congelaciones que podríamos sufrir y nos estábamos cociendo. Aquello no era calor, era quemarse vivo, era una hoguera de la inquisición, rezaba Héctor continuamente, entreverando sus quejas con reniegos y palabrotas, para eso habíamos venido, para achicharrarnos como pollos asados, como cochinitos.

—Cállate de una vez, que me desconcentras —le gritó Raquel, ya harta.

—¿Y en qué te tienes que concentrar?

—Pues en evitar alguna grieta, por ejemplo, aunque sería mejor no avisarte, a ver si te caes en una y te callas de una vez.

—Joder, qué malaje.

Atravesando el glaciar Gangotri, las paredes nevadas de los seismiles y sietemiles que nos rodeaban convertían nuestro camino en un túnel de radiación solar y el calor se hacía insoportable. La reciente nevada de dos días atrás, aunque no demasiado abundante, había cubierto la nieve vieja y las piedras de la morrena glaciar, aumentando su albedo, su capacidad reflectora, y nuestra tortura. Para no quemarnos, evitábamos tener la mínima parte de nuestra piel al descubierto. No podíamos evitar sudar y deshidra-

tarnos. Llevábamos solo una primera capa de ropa que, al humedecerse, nos hacía enfriarnos cuando se levantaban ocasionales rachas de viento. Un viento que nos enfilaba de cara, frenando nuestro avance.

En fin, que no sabía uno qué ponerse, se quejaba bromeando Raquel. El mayor problema era la cara, teníamos que cubrirla totalmente —pero ¿a quién le apetecía ponerse un pasamontañas?— o embadurnarnos de crema solar para evitar quemarnos en pocos minutos. Por supuesto, ni pensar en quitarse las gafas o la máscara de ventisca, la ceguera de la nieve sería inevitable.

En esas andábamos, avanzando en nuestro segundo día desde que habíamos dejado el campo base por encima de la boca del glaciar, en Gaumukh. El día anterior habíamos abandonado las hermosas praderas de Tapoban, a los pies del Shivling, donde un *baba sadhu*, un santón, nos animó con sus bendiciones y nos despidió con sonrisas y abrazos. Un buen augurio, pensamos, para iniciar el duro camino hasta el campo base avanzado. Llevábamos pesadas mochilas de más de veinte kilos, treinta incluso la de Héctor, pero es que él no renunciaba a unas raciones enormes de comida que, como decía, en algún momento le agradeceríamos y tal vez nos salvaran la vida.

Con más peso aún sobre sus espaldas nos acompañaban nuestros dos porteadores, Mangal y Pemba, los únicos que nos habían tocado en el desigual reparto que había hecho la agencia. Uno de ellos decía ser cocinero, pero Héctor no acababa de creérselo, le iba a dar más de una clase de cocina. Tendrían que hacer al menos otro porte para subir el resto de material. Contábamos con pasar fuera un par de semanas. Recorreríamos los veinticinco kilómetros en dos

días y harían falta otros dos para bajar. Así que tendríamos solo once días para acabar de aclimatar y para la ascensión al Chaukhamba IV. Calculábamos que la escalada nos llevaría como mínimo tres o cuatro días. Era un margen de tiempo demasiado escaso para lo que pretendíamos hacer pero aún así había que transportar tiendas, sacos, comida y el equipo de escalada. Así que, por mucha comida que hubiese echado Héctor, no íbamos para nada sobrados. Iba a ser un campo base muy espartano.

Al principio, pisando la piedra de la morrena, no hubo muchos problemas, pero conforme fuimos ganando altura y metros, la cosa empezó a complicarse. Había sido un año seco y cálido, ya en Tapoban nos había resultado desolador ver arroyos que deberían ser caudalosos totalmente secos. Desde que habíamos enfilado el valle del Baghirati, habíamos preguntado sobre el estado del glaciar en muchas ocasiones y siempre habíamos recibido la misma respuesta desolada: estaba retrocediendo cada vez a mayor velocidad.

Las grietas se abrían por todas partes, haciendo lento y arriesgado nuestro avance. Bajo nuestros pies, el terreno empezaba a desmoronarse. Cuando el sol alcanzaba su cenit, la nieve nueva empezaba a deshacerse y a mezclarse con la tierra helada de la superficie. Caminábamos chapoteando sobre un palmo de agua fangosa. El segundo día, cuando la temperatura aumentó, el barrizal de nieve lechosa se hizo más líquido. Decidimos parar sobre unas grandes rocas para descansar: así no podíamos continuar. Tendríamos que esperar a que se ocultase el sol y bajase la temperatura hasta helar el fango. Claro que de noche era complicado distinguir las grietas en las que podíamos caer.

A la luz de las frontales, tras tres días de suplicio y haber superado las confluencias de otros dos glaciares, el Swachand y el Maiandi, decidimos establecer el campamento base en el centro mismo del circo glaciar, a unos 5.500 metros. Allí el problema que nos esperaba era otro. La nieve recién caída no se había transformado aún y era tan abundante que resultaba difícil moverse. A mediodía nos hundíamos casi hasta la cintura. Además, las paredes del Chaukhamba, bajo las que nos hallábamos, escupían continuamente la nieve sobrante. El estado de las paredes y de la nieve no eran, desde luego, ideales para una escalada.

Nos quitamos las mochilas y nos quedamos en silencio, contemplando esa imponente mole que nos circundaba con sus glaciares colgantes, sus couloirs, sus aristas desgajando nubes. Decir que era terrorífico era decir poco. Habíamos escalado muchas montañas pero nunca nos habíamos atrevido con algo así. Pensar que el Chaukhamba se iba a dejar escalar era una temeridad, como lo era estar allí debajo o solo haber llegado hasta allí. Nos miramos los cinco y sacudimos la cabeza como diciendo, ¿estamos locos?

Tras convencer a Pemba y Mangal, que se querían marchar de allí de inmediato, para que nos ayudaran, conseguimos montar las tiendas donde consideramos que estábamos más alejados de los posibles aludes, aunque no creo que hubiese ningún lugar realmente a salvo en todo el glaciar, considerando las posibles fracturas y grietas, el deshielo y los aludes, demasiados elementos de riesgo. Lo único sensato habría sido salir pitando de allí cuanto antes.

Acabamos de montar nuestro campamento, pensando en descansar cuanto antes. A la mañana siguiente te-

níamos que empezar con los preparativos de la escalada, organizando el equipo y estudiando en serio las paredes del Chaukhamba. Ya en la tienda, preparamos una sopa y comimos unos tacos de jamón serrano que Héctor ahora nos regateaba. Intentamos masticarlos, pero solo conseguimos chupetearlos más bien. Estábamos agotados y, sobre todo, acojonados. A ninguno nos apetecía empezar a hablar, romper ese silencio de palabras, pues el otro silencio ya lo rompían las montañas con el bramido del hielo al resquebrajarse, los aullidos del viento contra las rocas, los pequeños aludes que caían por los desfiladeros. Teníamos el cuello encogido y la cabeza gacha, en un gesto de humildad que esperábamos que calmase a Visnú, Shiva y toda su recua de dioses menores.

La noche, aunque no incómoda, sí me estaba resultando bastante inquieta. Dormir se podía convertir para mí en un deseo imposible. Si no conseguía descabezar al menos un breve sueño, al día siguiente estaría agotado y de mal humor y me costaría pensar con claridad. Además de mis evidentes temores, algo que no sabía definir me inquietaba. No es que creyese en premoniciones ni en un sexto sentido que no poseía, pero no conseguía pegar ojo. Algo me rondaba por la cabeza, un pensamiento incipiente que no acababa de definir. Con los ojos entrecerrados, escuchaba los diferentes ruidos de la montaña, el silbido del viento que hacía de bajo continuo para los crujidos de la nieve y el hielo. A ello había que añadir los inquietos suspiros de Héctor, entre el ronquido y el rebuzno. Caí en un estado de duermevela del que me despertaba incluso el frufú de nuestros sacos de plumas. Fui siguiendo los

mínimos cambios de luz en el interior de la tienda que la luna producía al desplazarse.

De repente se hizo un extraño silencio y empecé a ver unas sombras a través del tejido siliconado de nuestra tienda. Había empezado a nevar. Y eso no era una buena noticia pues nos crearía nuevos problemas o, como mínimo, aumentaría los que ya teníamos. Poco a poco fui comprobando cómo la nevada arreciaba. Héctor y Raquel se despertaron. Asomándonos por la boca de la tienda, comprobamos que la visibilidad era nula, nos rodeaba un blanco espectral en las tres dimensiones. *Whiteout*. Dimos unas voces a nuestro porteadores que dormían en la tienda de al lado. Nos respondieron quejumbrosos que se tenían que haber marchado antes, que ahora la nieve los atraparía allí y no les dejaría hacerlo en unos días. Les preguntamos si sabían cuánto duraría la nevada. Lo que Shiva, Parvati, Visnú o cualquier otro dios de los que por allí arriba rondaban quisiera, fue la obvia respuesta. Y sí, cerca del cielo estábamos, sin duda, muy cerca de los dioses. Y de sus caprichos.

## Veinticuatro

La intensa nevada había durado hasta el amanecer. Los cuatro picos del Chaukhamba no parecían haber cambiado. Las enormes paredes, los glaciares colgantes, los corredores repletos de nieve, los seracs gigantes seguían allí. Además de su aspecto amenazador, la montaña mostraba su indiferencia ante nuestras pretensiones. Estaba claro que al Chaukhamba no le importaba lo más mínimo nuestra presencia, como tampoco a los dioses que descansaban felices en sus cimas, desentendiéndose por completo del destino de sus millones de desgraciados y famélicos fieles.

Pese a todo, teníamos que seguir adelante con nuestros planes. Por el aspecto del cielo, era probable que volviera a nevar, aunque esperábamos que no copiosamente, porque se suponía que a finales de mayo estábamos en la estación seca y aún quedaba más de un mes para la entrada del monzón. Pero el Chaukhamba no leía los partes meteorológicos.

Dedicamos el día a consolidar el campo base, haciendo parapetos de nieve para las tiendas, revisando y preparando el equipo de escalada. Los porteadores recogieron sus escasos bártulos para volver a Tapoban. Iban equipados con botas, gafas y cortavientos que les habíamos proporcionado nosotros. Era lamentable ver a algunos de ellos

caminar por un glaciar con zapatos de cartón, los pantalones agujereados y una vieja chaqueta de lana. Pemba y Mangal no se empaparían ni pasarían frío mientras estuvieran con nosotros. Agradecidos y contentos, estaban deseando bajar hasta Tapoban, donde descansarían un par de días antes de volver con el segundo porteo. Si no se volvían a casa para venderlo. No, seguro que en unos días estarían de vuelta.

Se estaba acercando el ansiado momento al que habíamos dedicado tanto esfuerzo, ilusión y otras grandes palabras que ahora no tenían demasiado valor. Por fin nos poníamos frente a nuestra montaña, nuestro sueño: el Chaukhamba IV. Mientras contemplaba sus paredes, absolutamente fascinado, me di cuenta de que iba a ser muy difícil abrir una vía por esa vertiente norte. El Chau estaba fortificado con varios niveles de glaciares colgantes y formidables barreras de seracs. Un intento de ataque directo implicaría un alto grado de exposición, había demasiados peligros objetivos: aludes y caída de rocas y hielo, sobre todo. Sería muy arriesgado, casi suicida.

—No hay por donde cogerlo. Es una mole perpendicular helada y cargada de nieve en la parte superior. En cuanto nos pongamos debajo, dejará caer toneladas y nos enterrará para siempre. Hacedle unas fotos y dejadlo estar —dije yo, acobardado.

—Qué optimista, Julio, y qué valiente. ¿Qué quieres, que nos vayamos ya? ¿Para eso hemos venido, para hacer fotos? Yo no me largo de aquí sin intentarlo.

Yo sabía que Héctor no estaba cabreado conmigo, que era consciente de la enorme dificultad que entrañaba la

montaña, pero no lo iba a decir. Mi miedo también era su miedo.

—Mirad, si subimos por ese largo corredor podríamos montar un vivac en la base de aquella pared, ¿veis? —Raquel señalaba un punto hacia el oeste, a unos seiscientos metros.

—Pero antes tienes que llegar hasta allí. Solo que tienes encima un glaciar y además está muy lejos para un primer vivac, antes no hay nada, si se nos hace de noche estamos jodidos.

—Pues encendemos las frontales. Parece que está algo desplomada, eso nos protegería de piedras y avalanchas. Si la nieve está en buenas condiciones, llegaríamos.

—No sabemos si lo está... —me tocaba poner todas las pegas del mundo.

—Es una norte. Salimos de noche, aprovechando el frío y así evitamos riesgos de aludes y caída de piedras —lo apoyó Raquel.

—Sí, hay un primer repecho de piedra, no sabemos si será suficiente pero allí estaríamos a cubierto. Tenemos que hacer una larga travesía diagonal hacía la izquierda, ¿lo veis? Y ese corto corredor nos lleva hasta la pared limpia de nieve, ya no habrá riesgo de aludes. Pero no será fácil. Estará por lo menos a 6500 —empecé a imaginar que era posible.

—Nos llevaría directamente a la arista superior y desde allí a la cima no habrá mayores problemas, supongo. No sabemos su anchura pero es muy probable que haya cornisas de nieve. Habría que ir con cuidado pero creo que lo conseguiríamos —Héctor había visto lo mismo que yo.

—Lo importante ahora es calcular los tiempos. Hay que estudiar bien la ruta y preparar la estrategia —Raquel parecía convencida de nuestras posibilidades.

—No lo veo aún claro. Ahora mismo la montaña está cargada de nieve fresca y veréis como empieza a caer enseguida. Tendremos que esperar a que se descargue un poco y la nieve se transforme. No creo que ni siquiera sea seguro acercarse al pie de la pared —dije, moderando nuestro entusiasmo.

—Nos vendría bien un poco de viento que limpiara las paredes.

—Y que dejase solo nieve transformada o hielo. Y que luego parase para dejarnos subir, con buen tiempo soleado. ¿Desea algo más el señor, que llamo a Shiva y se lo encargo?

De repente, me empecé a sentir realmente preocupado al ver que lo veíamos tan fácil. Ante aquella pared, temía que nuestras posibilidades de llegar arriba fuesen escasas; en cambio, quedarnos allí enterrados para siempre me parecía cada vez más probable. Pero también sentía que no podíamos volvernos sin más, que había que intentarlo.

—*Non c'è montagna più alta di quella che non salirai...* —canté desentonando la canción que cantaba Jovanotti, no mucho mejor que yo pero con más estilo.

—No hay montaña más alta que la que no has de subir. Sí, lo entiendo, Julio, pero esta no es esa montaña ni es la más alta del mundo, ni siquiera será nuestra montaña más alta, el Aconcagua le gana por unos metros. Y la vía era bastante más larga.

Hector siempre hablaba del Aconcagua como si hubiera sido algo fácil, pero yo recordaba muy bien lo mucho

que nos había costado. Y que en más de un momento había pensado que no saldríamos de allí.

—Sí, pero no tenía esos largos de más de ochenta grados ni estaba tan cargado de nieve. No hay comparación posible.

Raquel, siempre serena y conciliadora, empezó a organizar el trabajo.

—Bueno, estamos ya aquí, a 5500 metros. Tenemos que subir solo otros 1354 metros. Vamos a trabajar para aprovechar cualquier ocasión, pensemos que es posible y preparémonos. Hay que consultar el parte meteorológico, necesitamos una ventana de buen tiempo lo suficientemente amplia, no nos podemos arriesgar a una tormenta allí arriba. Calculo que unos tres días serán suficientes. Mientras tanto, podemos ir preparando el material y estudiando la vía hasta conocer de memoria todos sus recovecos. Además, deberíamos empezar a escalar para mejorar nuestra aclimatación.

—Ningún parte del tiempo te va a garantizar que no se complique la cosa, tampoco estaba prevista la nevada de anoche.

¿Me estaba equivocando al verlo todo tan negro? ¿A qué había ido hasta allí, a hacer de mal agorero? ¿A tocarles las narices? Raquel se encargó de pararme los pies.

—Esta nevada es irrelevante para el clima de la región, es local y no significativa, estamos en mitad del Garwhal, en el Himalaya, si se pudieran prever todas las tormentas y nevadas que aquí ocurren, sería el triunfo absoluto de la meteorología. No os hagáis ilusiones: si dicen que hará mal tiempo lo hará, y si anuncian buen tiempo, siempre cabe la posibilidad de que se estropee. Una pequeña tormenta,

en ciertas situaciones, puede ser difícil de sobrellevar, y si es grande ni te digo, pero tenemos que asumir ese riesgo.

—Nos llevaremos el paraguas —bromeo Héctor.

—Y las katuskas —lo seguí yo. No tenía sentido que pusiera tantas pegas si lo iba a hacer de todos modos.

—Dejemos escritos nuestros testamentos.

—¿Es que hay algo que heredar?

—Nuestras deudas. Alguien tendrá que pagarlas, digo yo.

—¿Decías antes que alguien había intentado antes el Chau IV?

Héctor, que se había estudiado a fondo la historia de los Chaukhambas, nos puso en antecedentes.

—En 2005, una expedición militar india no consiguió superar los 6300. Había nieve a patadas y el tiempo se les complicó de mala manera. Vinieron tarde, a finales de junio, y empezaron a escalar ya a primeros de julio. El monzón se les echó encima y tuvieron que abandonar. Fue el último intento, desde entonces nadie se lo ha planteado. Hace dos años unos americanos se quedaron a dieciséis metros del Chaukhamba III, ese que veis allí enfrente. Lo intentaron por el lado sur. Para un desnivel de 1600 metros, necesitaron dieciocho días entre aproximación y escalada.

—Era una ruta mucho más larga aunque menos técnica, así que no vamos errados en nuestros cálculos. Desde aquí no tenemos más que 1354 hasta la cima. Unos 1000 de pared, si descontamos la aproximación hasta la rimaya y la arista final.

Raquel lo veía claro, pero no miraba demasiado hacia arriba. A mí se me estaban cargando las cervicales, pero

no podía desviar la mirada de esa enorme, majestuosa, intimidatoria pared. Era tan hermosa que daba escalofríos.

—No me parece que sea más fácil por este lado, pero tendremos que intentarlo, ya que estamos aquí —me esforcé por cambiar el tono, pero no creo que lo consiguiera.

—Yo no me pienso parar a dieciséis metros de la cima.

—Esos metros son lo de menos. Primero habrá que llegar hasta allí. Luego ya veremos ¿Vamos?

Y nos dio un empujón. El gesto de Raquel nos reconcilió. Nos abrazamos los tres y nos echamos a reír, no sé muy bien por qué. Los nervios, el miedo, el frío, quién sabe. Y entonces decidimos ponernos a trabajar, convencidos de que todo iba a salir bien.



## Veinticinco

Raquel y Héctor se volvieron a las tiendas para seguir organizando el material. Yo me quedé mirando hacia la cima, estudiando en detalle las escasas posibilidades que ofrecía el Chau, buscando una ruta que fuese, además de posible, segura. Aunque esa no fuese una palabra muy adecuada a las circunstancias.

De entre todas las montañas escaladas, vividas, el Chaukhamba se había convertido en una montaña decisiva. Frente al paisaje de matices blancos y grises, inmerso en un silencio puro y nítido, sentía que había algo que tenía que entender. Era allí y en ese momento donde tenía que aferrarlo, antes había sido imposible y después sería ya demasiado tarde. Me preguntaba qué mensaje guardaba, qué habría de decirme, qué podría saber sobre mí que yo no supiera. Quizá esperase una revelación. ¿Era necesario alcanzar la cima para descubrir qué buscaba?, ¿dependería del modo en que lo hiciera?, ¿cual sería el precio a pagar?, ¿merecería la pena? Solo tenía preguntas, aunque tenía claro que no bastaba con subir de cualquier manera. Ítaca en realidad era lo de menos, sabía que arriba no había nada, solo encontraría el recuerdo de lo que había hecho para alcanzarla. Pero para descubrirlo tenía que subir.

Si conseguía entender el lenguaje del Chau, podría leer la ruta que nos haría alcanzar la cima y volver vivos. Tenía que ser bella, sencilla, elegante. El concepto de elegancia, en medio de aquel gigantesco circo glaciar no parecía ser demasiado oportuno, pero no encontraba otro más adecuado para definir esa vía ideal. Ya sabía que la cima era superflua, que lo importante estaba allí, en ese momento, con la nieve hasta las rodillas, contemplando lo que no era más que una quimera, probablemente la última oportunidad de hacer algo que no importaba a nadie salvo a mí mismo. La cima no podía ser un deber, sino un capricho, solo así podía tener sentido. No había ido a sufrir sino a vivir más intensamente, a gozar con mi miedo y mi inseguridad. En realidad, no era más que un juego. Pero era difícil eludir ciertas preguntas. ¿Qué hacía allí parado, en un glaciar perdido del Himalaya?, ¿qué estaba buscando?, ¿estaba huyendo, desde que me había marchado a Trevélez, de una vida que me parecía insustancial y sin sentido?, ¿quería parar el tiempo y no envejecer? ¿en qué no quería convertirme?, ¿en qué me había convertido?, ¿qué quedaba de mi sed de montañas, de mi deseo continuo de alejarme de las ciudades, del mundo, de la gente?, ¿no estaba buscando un modo de escapar de mis fracasos?, ¿no intentaba compensar mi frustración, mi rabia?, ¿quería sentirme héroe? *Hero just for one day...*

En mi mente, con suavidad pero en crescendo, sonaron las notas de la vieja canción de Bowie y empecé a tararearla, cada vez más fuerte, hasta que acabé cantándola a plena voz.

*We're nothing,  
and nothing will help us  
Maybe we're lying,  
then you better not stay  
But we could be safer,  
just for one day*

No, no somos nada y nada ni nadie nos ayudará. Y si todo es mentira, si no crees en ello, será mejor que lo dejes. Pero estarás a salvo, al menos un día más. Aún la susurraba cuando volví a las tiendas.

—¿Queréis saber por dónde subiremos? Yo ya lo sé. Vamos a verlo en detalle.

—A ver, saca la tablet y amplía esas fotos. Estamos a 5500 metros. Como ya sabemos, el Chaukhamba se eleva 6854, así que tenemos por delante otros 1354 metros. No es ninguna locura, si consideramos que la arista está a 6600, basta con llegar a ella y seguirla hasta la cumbre.

—Sería un quilómetro y medio de travesía con poca pendiente.

—Sí, pero a esa altura, la arista puede resultar ser cualquier cosa. Habrá que tener cuidado con las cornisas y la cima parece un champiñón de merengue que está deseando que lo pises para desmoronarse y arrastrarte al abismo de la cara sur, una caída de unos tresmil metros, casi nada.

—Mejor ni pensarlo, aunque las vistas van a ser espectaculares.

—Me temo que mires a donde mires, puede dar vértigo. Pero lo que me da miedo no es caernos sino lo que nos pueda caer encima. Seguir la arista hasta la cumbre no es problema, lo difícil va a ser alcanzarla.

—Desde aquí hasta la rimaya hay unos 400 metros. Va a ser duro avanzar por el circo. Tenemos unos 900 metros hasta el posible vivac, en esa placa desplomada.

—1100 metros de un tirón es exagerado. Habría que hacer un vivac intermedio.

—Yo calcularía dos vivacs entonces en la subida. Si vamos bien, podemos hacer el primero al principio del corredor, a 6100 o aún más arriba. Desde aquí no se ve claro. El segundo lo haríamos al final del corredor, justo antes de la travesía a la izquierda. Después tocaría escalar la pared de granito y ya llegar a la arista y a la cima. Hay que llevar comida y gas para un posible tercer vivac.

Contado así parecía un paseo, pero yo sabía que mi explicación, tan clara en principio, no implicaba nada, era pura hipótesis.

—Habría que escalar de noche y a primera hora de la mañana, aprovechando las temperaturas más bajas, para evitar la caída de piedras y los aludes —Héctor tenía razón.

—Pero para vivaquear al inicio del corredor necesitamos encontrar un lugar resguardado. Yo no lo veo muy claro. No podremos dormir sabiendo que estamos a merced de cualquier cosa por arriba. No hay paraguas para una lluvia de piedras —alegó Raquel, también con motivo.

—Amplía bien esa foto, vamos a buscar algún pequeño recoveco.

—No parece haber ningún sitio. Si sigues la línea del corredor —dijo Raquel, señalando una zona de roca— puede que haya alguna repisa de nieve. Será pequeña pero para el primer vivac nos podríamos apañar. El segundo parece más obvio. Cuando llegas al final del corredor, te

encuentras justo debajo de la pared cimera. Eso parece un desplome que nos protegería. Si no, habría que llegar hasta la arista. Pero no sé si es la mejor idea, demasiado expuesto. Aparte de que hay que escalar esa pared final con todo el equipo. Preferiría dejarlo al final del corredor, a unos 6600. Iríamos más ligeros, y más rápidos para escalar la pared y hacer cima.

—No parece que sean más de cien o ciento cincuenta metros de pared. Pero la inclinación debe de ser al menos del ochenta por ciento —le repuse—, a esa altura, en un terreno mixto y con un montón de nieve por encima, no creo que sea poco, depende del estado de la roca y del hielo.

—Vale, pero mira, podemos hacer una travesía a la izquierda de donde montaríamos la tienda, debajo de lo que parece un desplome. Entonces, si el tiempo acompaña, intentamos la pared de noche. Al amanecer estamos sobre la arista, tenemos todo el día de luz para hacer cima y volver a descender la pared, o al menos para llegar hasta el vivac, si no hay tiempo para seguir bajando.

—Joder, qué fácil parece, pero no veo muy factible escalar esa pared a la luz de las frontales —por una vez, Héctor no lo veía tan claro.

—Será escalada en hielo y mixta. Lo importante es evitar la caída de piedras o nieve. Y eso de noche será más improbable.

—Vale, aunque no sabemos qué nos vamos a encontrar, ni si es lo suficientemente seguro o simplemente si nos podremos quedar allí. Habrá que ir a verlo. —Héctor se mostraba precavido, pero tenía ganas de pasar a la acción.

—Está bien. Podríamos probar primero hasta la base del corredor, incluso hacer un porteo con material —sugirió Raquel

—¿Montar un campo l?

—Sí. Así aclimatamos y nos vamos quitando peso para subir. Tenemos que movernos con rapidez en los primeros setecientos metros. Y no quemarnos demasiado, reservar fuerzas.

—Yo no lo veo muy claro. Esto ya no va resultando muy alpino si empezamos a montar campamentos y a echar viajes —se opuso Héctor.

—Si prefieres cargar con todo el equipo de una vez, adelante, y si quieres llevar algo del mío, yo encantada —dijo Raquel.

—No me parece mala idea —la apoyé yo— así vamos aclimatando, que es fundamental, pero solo hasta pasar la rimaya. Luego vamos para arriba, si se puede vivaquear. Si no encontramos nada, tendremos que volver.— Era obvio, pero había que decirlo.

—Llevamos el material mínimo. Tienda pequeña para los tres y saco. Víveres y gas para tres días.

A Raquel le encantaba hacer maletas.

—Héctor necesitaría una tienda para él solo. Con este no se puede dormir.

—Pero tú y yo somos pequeños, cabríamos en el mismo saco —dijo Raquel.

—¡Que no vamos de camping, nene, si te chafó te aguantas! —Héctor estaba deseando oírme protestar.

—Siempre igual. No voy más contigo a ningún lado. ¿Sabes lo importante que es descansar bien? Ya me deja

dormir poco la posibilidad de que nos caigan piedras para tenerte encima además.

—Así te protejo —se rió, socarrón.

—A mi no me hace mucha gracia.

—Bueno, dejaos de discusiones. El plan está trazado. ¿Cuándo salimos?

—¿Has mirado el parte meteorológico?

—Sí, ni fu ni fa. No se acerca ningún frente pero el tiempo se presenta inestable: nubes y claros, un huevo frito vamos, pero aquí puede nevar en cualquier momento, aunque parece que no demasiado.

—¿Y el viento?

—Moderado, con posibles rachas fuertes.

—¿De hasta cuánto?

—¿Cómo decirlo? Cuarenta, cincuenta por hora.

—Ahí arriba ese viento puede ser la hostia —dijo Héctor.

—Súbete la cremallera bien y ponte el pasamontañas, por si acaso.

—Está bien, entonces ¿mañana por la noche nos vamos de juerga?



## Veintiséis

Aún tuvimos que esperar un par de días más para que el viento, como quien sopla un objeto empolvado, limpiase el exceso de nieve de los corredores y las cornisas, para que entre el sol de de la mañana y el frío de la noche se transformase, endureciéndose y compactándose

Dos días de espera sin mucho más que hacer que lo que habíamos hecho una y otra vez, preparar el material, estudiar obsesivamente la posible vía, mirar al cielo para interpretar el lenguaje de las nubes, comentar lo comentado, caminar de un lado para otro, dormirar, beber té, aclimatarnos. Esa mañana por fin habíamos hecho un porteo hasta la rimaya. Oteamos la pared desde su base. Estábamos tensos pero en calma, atentos al más mínimo mensaje de la montaña, intentando comprender sus intenciones, esperando el momento de abrazarla. Queríamos empezar a subir.

El miedo a los aludes, a otra posible nevada, a las grietas del glaciar, nos habían dejado dormir poco. Hubiera sido sensato, aunque inútil, establecer turnos de guardia: estábamos los tres medio en vela. Nos costaba coger el sueño. A 5500 metros, una altura que nuestro cuerpo iba aceptando poco a poco, no había manera de sentirse cómodo, de relajarse y pensar con claridad. Eran los primeros síntomas

de un estado de ánimo que lentamente nos iría invadiendo, una mezcla de hastío, dolor de cabeza, inapetencia y mal humor contra el que había que luchar.

Habíamos decidido que no había que esperar más, otras veinticuatro horas y empezaríamos a subir. Lo haríamos de noche, para atacar las rampas iniciales con rapidez y superar los primeros tramos antes de que con el sol empezase la lluvia de piedras y las duchas de nieve. Estaba decidido, así que se suponía que teníamos que dormir tranquilos, descansar y reponer fuerzas, preparar todo y a la noche siguiente, ¡para arriba cagando leches! Era el lema de Héctor.

—Oigo voces —dijo Raquel.

—Qué voces ni voces, —se rió Héctor— te estás volviendo majareta, eso es por la altura, en cualquier caso estarás oyendo mis relajantes ronquidos.

—No, te lo juro, he oído voces.

—Yo estoy medio sordo —era verdad, mi oído no era el mejor de mis sentidos— así que si queréis me asomo, igual está el yeti por ahí, cantando por los Chunguitos.

—Estáis graciosos, eh, par de gilipollas —y se dio la vuelta en el saco, enfurruñada.

Pero tenía razón. Diez minutos más tarde fue Héctor.

—Oigo voces.

—¿También tú, bruto? —carraspeé en mi duermevela— esto parece el hogar del paranoico.

—Yo también, alguien anda por ahí. —insistió Héctor.

—Pues mira a ver quién es. Igual es el repartidor del butano —yo seguía sin oír nada.

—Pero qué tonto que estás. Voy a salir a ver.

Nos zarandeó y salió refunfuñando. Al rato volvió a entrar en la tienda a pisotones y de muy malas pulgas.

—Me parece que vamos a tener compañía. Son muchos y están ya cerca.

Era el grupo principal de la expedición internacional que había organizado nuestra agencia para intentar el Janhukot, siete europeos con diez porteadores. Diecisiete en total, un montón de gente. El Janhukot no les había dado muchas opciones. Los 1700 metros y las pésimas condiciones de su espectacular cara sudoeste les habían disuadido antes de alcanzar los 6000 metros. Como no querían irse de vacío, habían decidido cambiar de objetivo e intentar la norte del Chaukhamba IV, nuestro objetivo. Era un grupo variopinto, compuesto por los dos escoceses que habíamos conocido en el avión, una polaca, una eslovena y tres españoles.

Y entre ellos la gran sorpresa. Tenía que ser él, cómo no, el subnormal, el Gran Richi. Ni hecho a posta. Nos quedamos a cuadros, bueno, yo me quedé helado, pero por las caras que pusieron Héctor y Raquel, deduje que algo debían de saber.

Héctor me había asegurado que, aunque la expedición que organizaba nuestra agencia era numerosa, cada uno tenía su objetivo. Incluso habíamos ido de Delhi a Tapoban por nuestra cuenta porque no queríamos ser parte del pelotón. Aparte de los escoceses, yo ni tan siquiera sabía quiénes eran. Los habríamos conocido en el campo base del Shivling, antes de adentrarnos en el Gangotri. Pero como nos habíamos retrasado en Rishikesh, cuando llegamos ya se habían adentrado en el glaciar. En ningún momento se nos había ocurrido pensar que pudieran aparecer

por nuestro campamento. Y justo el día que habíamos decidido iniciar nuestra ascensión, teníamos allí a una patulea de gente y al deficiente de Richi armando escándalo. Tenían que venir a tocarnos los cojones, antes o después, Héctor dixit.

—¿Lo sabíais?

—Qué íbamos a saber, si iban al Janhukot... Íbamos a estar solos aquí.

—Que estaba el infame ese, lo sabíais.

—Bueno... —Héctor dudó—, algo comentaron en la agencia antes de salir, que si venía uno de Madrid con dos catalanes, que a ver cómo se llevaban...

—Lo sabíais.

—¿Qué más da? No esperábamos coincidir con ellos, salvo en el campo base. ¿Para qué te lo íbamos a contar?

¿Qué les podía decir?, ¿de qué hubiera servido saberlo?, ¿tanto me podía importar? Lo mejor sería no pensar en ellos, no dejarme llevar por la rabia, pero era difícil. Maldito cabrón. Mi cabreo era monumental, pero no podíamos hacer nada, salvo resignarnos y blasfemar por lo bajini.

Sí, estaban allí, y su objetivo era nuestro Chaukhamba IV. En principio no había ningún problema. En buena ley montañera no escrita, colaboraríamos, cómo no. Pero estaba claro que la rivalidad sería total. Nosotros habíamos llegado antes a pie de ruta, pero ellos llevaban algunos días más en altura y estaban mejor aclimatados. Tendrían que descansar algún día antes de atacar. Nosotros en cambio estábamos preparados para salir la noche siguiente, teníamos poco margen de maniobra y sería mejor llegar a algún acuerdo para evitar problemas.

De todos modos, para mí era evidente que las cosas no podían ir bien con ellos, no con el gran subnormal rondando por allí. Yo sabía que ni Raquel ni Héctor lo tragaban, por no hablar de lo que se suponía que sentía yo, que si no era puro odio, se le parecía mucho. Bueno, dejémoslo en simple asco. Vaya manera de joderse una expedición. Siempre se muere uno de otra cosa, dice el dicho. Estaba yo allí tan tranquilo, en nuestro circo glaciario, esperando la muerte por desastre natural, por congelación o despeñamiento y va y me cae encima el tío más necio del hemisferio norte. Y sur.

Tras los oportunos saludos, con reojos y sonrisas maliciosas, dientes rechinantes e insultos pronunciados hacia adentro, los dejamos montando las tiendas, a cierta distancia por favor, que ni olerlos queríamos. Nos retiramos alegando una ligera jaqueca y un cierto sopor.

—¡Me cago en to'! Ya jode que aparezca alguien pero estos cenutrios... ¿De dónde coño han salido?

—Vaya tropa, dos escoceses medio crudos y dos catalanes que se juntan con una polaca, una eslovena y el tonto para hacer el Janhukot. Pero si parece un chiste. ¿Pero dónde coño iban? ¿Y por qué han decidido tirar para acá? El necio los habrá convencido para hacernos la puñeta, solo por joder.

Raquel parecía estar muy cabreada, pero también era un pelín teatral, intentaba suavizar el hecho de que ellos lo supieran y me lo hubiesen ocultado.

—Si lo llego a saber no vengo —tenía que decirlo, antes o después.

—Pues por eso no te lo dijimos, joder. Y ya está —corrió en seco Raquel.

—Habrá que matarlos a todos y echar sus cuerpos a una grieta —sugirió Héctor, tranquilo pero motivado—. Bueno, a los portadores no, claro. Qué culpa tienen.

—Vale, estoy de acuerdo, pero son más y más fuertes —alegué yo, cobarde.

—Si los cogemos por sorpresa y a traición, está hecho.

—Dejaos de tonterías, hay que ponerse de acuerdo con ellos por si podemos ayudarnos, o al menos para no estorbarnos. Nosotros nos vamos esta noche para arriba, ¿no?, pues a ver cuándo y por dónde van a tirar ellos.

Raquel tenía razón, era eso lo que importaba.

—¿Les preguntamos entonces qué van a hacer?

—No, nosotros estábamos aquí antes, y no nos han contado aún sus planes. Yo pasaría olímpicamente de ellos. Como si no existieran. —Héctor seguía encabronado.

—Quizá ni ellos lo sepan.

—Pues claro que lo saben. Después del fracaso del Janhukot, para ellos solo hay una segunda opción. Tendrán que recuperarse. De momento no hay nada que reprocharles.

—Sí, tienes razón. Que el gilipollas sea quien es no significa que nosotros tengamos que comportarnos como capullos —dije yo.

—Hay que explicarles qué pretendemos hacer —afirmó categórica Raquel.

—Claro, jefa —asentimos a la par.

—Vale, entonces hay que hablar con ellos, dejar las cosas claras y olvidarnos del asunto.

—Sí, jefa —coreamos nosotros.

—Como me volváis a llamar jefa os doy una patada en los huevos.

—Vale, vale.

—Pero me temo que vas a tener que ir tú de embajadora —mi esfuerzo por parecer tranquilo no engañaba a nadie, tampoco a mí mismo—. Yo no me pienso acercar por allí.

—Sí, será mejor que vaya yo, aunque sea para evitar la reyerta. Guardad vuestras navajas para pelar la fruta —nos soltó de mal humor Raquel, y se fue sin dar un portazo porque era imposible.



## Veintisiete

A medianoche nos pusimos en marcha. Como habíamos dejado parte del material al pie de la rimaya, íbamos ligeros de peso. Pero caminar en la nieve profunda a la luz de las frontales no daba mucha seguridad. Avanzamos con cautela, turnándonos para abrir huella. Tuvimos suerte, antes de amanecer ya habíamos cruzado la rimaya y enfilado el corredor sin mayores problemas. A partir de ahí, se trataba de ir subiendo el largo couloir hasta encontrar un lugar lo suficientemente protegido para poder montar un vivac y descansar. Nos caían encima purgas de nieve fina y hacía un frío espantoso, pero la escalada no ofrecía mayores dificultades. Íbamos muy deprisa, a media mañana habíamos hecho ya setecientos metros. Pero empezábamos a estar muy cansados y seguíamos sin hallar dónde detenernos.

Entrada la tarde, llegamos por fin debajo de la gran roca desplomada que hacía de trampolín al glaciar colgante. Habíamos hecho casi mil metros en unas quince horas y estábamos exhaustos. No era lo esperado ni lo deseado pero no habíamos tenido otra opción. La parte alta del corredor había sido muy peligrosa. Al final, nos acompañó la suerte: encontramos dónde montar la tienda en una ancha hondonada al pie de la pared. Era ideal, estábamos a res-

guardo de aludes y caída de piedras, el mismo desplome nos protegía. Tuvimos que excavar muy poco en la nieve para tener una superficie casi plana de unos diez metros cuadrado, todo un lujo.

Nos apretujamos los tres dentro de una tienda que, en condiciones normales, sería incómoda para dos. Pero estábamos bien, no teníamos que asegurarnos y habíamos podido quitarnos los arneses y los cascos. Había llegado por fin el momento de descansar, incluso de dormir, aunque sabíamos que no sería fácil. Nos iríamos hidratando fundiendo nieve y preparando té, intentaríamos comer algo, incluso una de esas heladas barritas asquerosas. Solo teníamos que esperar unas horas hasta la noche para continuar. Al día siguiente podríamos hacer cima. Un plan perfecto que la montaña no tuvo en cuenta. Acabábamos de cerrar los sacos para intentar dormir cuando empezó a soplar el viento.

—¡Qué ventarrón se está levantando! —se lamentó Héctor.

—¡Cómo sopla! Si esto se pone feo, hay solo tres opciones. Seguimos, nos quedamos aquí o nos volvemos al campo base —Raquel clarificaba todo siempre. Pero en esa ocasión era de perogrullo.

—De momento hay que descansar. No creo que nos tengamos que volver todavía —Héctor no se iba a rendir así como así.

—Vamos a ver cómo evoluciona.

—Si el viento afloja, todo va a depender de cómo esté la pared ahí arriba. Si la superamos, no creo que haya más problemas que la distancia y cubrir el desnivel final —sugerí, intentando dar ánimos.

—Cuando amaine lo sabremos.

Raquel seguía sin decir nada interesante. Parecía aturdida.

—Puede que el viento barra la nieve y nos encontremos con nieve dura o incluso placas de hielo. No sería lo peor poder meter tornillos —continué.

—En ese caso nos dejaremos los tobillos clavando crampones, pero podremos asegurar bien y será una subida rápida. Ganaremos tiempo para la vuelta —Héctor estaba conmigo.

Seguimos dándole vueltas, una conversación en la que intentábamos analizar dónde estábamos y qué nos quedaba por hacer, pero era solo un modo de ocultar nuestro nerviosismo.

—No tenemos ni idea de en qué condiciones estará, nos podemos encontrar cualquier cosa, una pared de mixto, hielo, nieve, pero con esa inclinación podríamos descartar los aludes o la caída de piedras si salimos de noche y sigue haciendo este frío.

—Sí, el frío es una ventaja en ese sentido, pero también puede suponer un problema. Con viento, nos va a ser imposible escalar a esa altura. Deberíamos llevarnos los sacos, la tienda y el hornillo. Quizá haya que hacer un segundo vivac arriba si la cosa se complica.

—Demasiado peso para superar esa pared de la que no sabemos la dificultad, nos ralentizaría demasiado. Hay que llegar arriba en estilo alpino, es la única opción: subir y bajar muy rápido. Montar la tienda en la arista sería una temeridad —yo no me veía pasando la noche a siete mil metros y con viento.

—Por supuesto, deberíamos hacer cima antes del mediodía. Me gustaría rapelar la pared con algo de luz. Luego, pueden bastar las frontales para llegar hasta aquí.

—Si el viento nos deja salir esta noche, podríamos estar bajo la pared antes de amanecer. No sé cuanto tardaremos en escalarla. Podríamos hacer la arista en ensemble.

—Pero es muy larga, un kilómetro y medio. Con viento, o si se meten nubes, será además expuesta. Ya veremos.

—Está bien, lo intentaremos en alpino, muy ligeros. Los sacos, la tienda y los hornillos se quedan aquí. Vamos a descansar para intentar salir a media noche. Nos llevaremos los termos cargados y, mientras tanto, nos hidrataremos todo lo posible. Esperemos que amaine este puto viento y que se despeje, así podríamos tener un poco de luna para ayudar. Llevaremos también una batería de repuesto para la frontal, y no se os olvide ponerla cerca del cuerpo, dentro del plumas. No os va a hacer gracia que se os quede seca cuando volvamos. Y esperemos que no haya que improvisar un vivac —resumió Raquel en un supremo esfuerzo mental para ver la situación con claridad.

—¿No nos llevamos nada por si acaso? ¿Y si hay que hacerlo? —dije yo, no muy convencido.

—Pues entonces estaremos jodidos —Héctor lo dejó claro.

—No me convence jugármela todo a una. Podríamos dejar algo de material al pie de la pared. Por si acaso.

Ninguno de nosotros veía muy claro lo de pasar una noche al raso, pero si nos cargábamos de material todo sería más lento y mucho más peligroso.

—¿Estamos de acuerdo entonces en hacerlo lo más rápido que podamos?, ¿asumimos los riesgos? —Raquel

quería dejar las cosas claras, luego no habría tiempo de discutir. Ni de reproches.

—Sí, pero al menor problema, para abajo. No es sitio para jugársela —insistí yo.

—De acuerdo. No te olvides del termo calentito. Así te podrás hidratar —insistió Raquel, maternal, como si fuera la solución.

—No durará nada y también pesa. Si hay que vivaquear intentaremos buscar un amparo o haremos una cueva de nieve, si nos quedan fuerzas para ello. Pero esperemos que no.

Yo quería verlo como algo fácil, una posibilidad más, aunque sabía que era la última de las opciones, una temeridad.

—Y ahora, ¿quién prepara esa rica sopita? —dije para aligerar el ambiente.

—Tú, por gracioso.

—¿Es que no te gusta mi sopa de sobre?

—¡Me encanta! Pero me apetecería cambiar de menú una vez a la semana —Héctor fingía tener hambre, aunque todos sabíamos lo difícil que era tragar nada ahí arriba, incluso para él.

—Ya volveremos a Gangotri y podrás tomar *dabl* y *rice* tres veces al día.

—¡Quién lo pillara!

Empezó a nevar, aunque no demasiado. El viento zarrandeaba la tienda y evitaba que la nieve se acumulase. Hacía mucho frío en aquella cara norte, acurrucados en los sacos, dándonos codazos y rodillazos, esperamos que la tormenta no prevista perdiese fuerza. Mientras no cambiase el tiempo, tendríamos serios problemas para poder

continuar o para volver. Estábamos atrapados, imposible saber durante cuánto tiempo. Tampoco había manera de dormir.

—Esto parece una escena de película. Deberíamos haber traído una buena cámara. También podrías contarlo tú, Julio —dijo Héctor, con ganas de matar el tiempo—. ¿Por qué no escribes una novela? Tú eres de letras.

—¿Y por qué no la escribes tú? Yo no soy escritor y menos de novelas. Como mucho, valgo para apuntar datos en un libro de piadas.

—Digas lo que digas, se te da muy bien escribir. Seguro que saldría una buena historia —insistió.

—Contigo como protagonista principal. Y te pongo una rubia para que te acompañe en la aventura.

—Me da igual rubia o morena —respondió, contento—, siempre que esté loca por mí y me siga a todas partes.

—En tu asquerosa furgoneta —Raquel no perdía una ocasión para criticar el escaso sentido higiénico de Héctor.

—No sería verosímil.

—Me aburre escribir. Si no escribo esa novela que dices, el mundo no se perderá nada. Es más, ganará claridad.

—Te está afectando la falta de oxígeno. No te pases de filósofo que me mareo, pero si escribieses una buena novela de aventuras montaÑeras sería un placer leerla, sería como una buena foto nuestra pero en letras.

—¿Qué es lo último que has leído?

—¿Quién yo? No sé, no me acuerdo, pero si fuera tu libro lo leería de un tirón.

—¿Sin dormirte?

—Bueno, una cabezadita habría que echar en algún momento. También pararía para ir a mear, comerme un bocadillo y tomar unas birras, hay que sobrevivir.

—¿A la lectura?

—A todo, joder, a todo.

—Me lo pensaré, saber que intentarías leer mi libro me da motivos para sentarme un año a escribirlo —dije yo, con falso entusiasmo.

—Y te harías rico y famoso, firmarías libros, saldrías en la tele, ligarías mucho.

—Entonces sí que no lo escribo.

—Bueno, solo rico, sin famoso y sin ligar.

—Claro —intervino Raquel—, te buscas un pseudónimo y sigues tu vida tal cual ahí en la Alpujarra, sin los problemas de la fama pero con el bolsillo lleno.

—Lleno de pelusas, como hasta ahora. ¿Queréis que me convierta en un escritor de best sellers? Estáis fumados.

—Podrías intentarlo. Así me pagarías lo que me debes y financiarías las próximas expediciones.

—Me lo pensaré. Pero si decido escribirlo tú serás el protagonista, y te pondré una novia que te las hará pasar canutas, fea y borde.

—Cabrón.

—Tú lo has querido.



## Veintiocho

Pasaban las horas y la tormenta no amainaba. El viento iba a más por momentos, aunque la nieve era escasa. No había manera de salir de la tienda, teníamos que ir pensando en esperar esa noche y quién sabe cuánto más encerrados. Solo quedaba pensar, dormir, charlar.

—¿Y tú qué harías en ese caso?

—No me puedes hacer preguntas imposibles, nadie sabía qué hacer —respondí yo con desgana.

—Eso no es una respuesta —insistió Héctor.

—No. Es que no la tengo. No sé lo que haría.

—No hacer nada sería ya tomar una decisión. Sabes que en ese caso moriríais los dos.

—Claro, y la respuesta obvia es que tu instinto de supervivencia te llevaría a cortar la cuerda. Si alguien ha de vivir, que seas tú y no el otro, por muy compañero que sea. Pero no siempre actuamos de esa manera, a veces hay gestos de generosidad y de heroísmo.

—Que no salvan a nadie. Es la clásica historia de los ahogados. Mi amigo se está ahogando, me tiro al agua para salvarlo pero, en su desesperación se me agarra al cuello y no me deja ayudarlo. Al final resulta que nos ahogamos los dos. Por tanto, a menos que sepas muy bien lo que haces,

mejor abstenerse de actuar, porque lo único que conseguirás es complicar las cosas —siguió, con poca coherencia.

—Pero si en vez de tu amigo es tu hijo, tu instinto no te dará la opción de pensar y saltarás al agua. Quizás prefieras morir con él a vivir con el peso en la conciencia de no haber intentado salvarlo. Pero eso no puedes pensarlo en una fracción de segundo porque tu reacción se debe a algo radicado en el inconsciente. No es un acto racional, sino instintivo. Nunca podrás saber de antemano cómo vas a reaccionar. También hay quien es incapaz de actuar, por mucho que sea su hijo quien se esté quemando en un incendio. Te puedes bloquear y ser el más cobarde de los humanos o convertirte en un héroe, muy a tu pesar. Puedes arriesgar la vida para salvar a un perro pero ser incapaz de hacer nada frente al riesgo de muerte de una persona. Puedes tomar decisiones éticas en frío, pero en una situación que exige una actuación inmediata, puede que no respondas de la manera esperada.

—Pues sigues colgando de la cuerda.

—Sí, aquí estoy. Si tuviera el neceser de Raquel, le montaría un polipasto con unas gomas del pelo, horquillas y unos cordinos, así superaría tu dilema ético: todos vivos y a un bar a beber tercios.

Raquel se echó a reír. Desde la reparación del autobús, todos los problemas se solucionaban echando mano de su bolsa de aseo.

—Pues no me quedan gomas, así que a ver cómo os las apañáis sin mí —dijo Raquel, desentendiéndose del problema.

—No lo sé, no sé si tendría valor para cortar la cuerda y ver cómo caes cientos de metros en el vacío, no creo que

quisiera vivir con esa imagen en mi retina, te vería cada vez que cerrase los ojos, esa cara de papanatas con la boca abierta y gritando hasta que te esclafases. Solo de pensarlo me dan escalofríos. Por dios, qué feo te pones cuando gritas. Sería una pesadilla continua.

—Tu decisión ética es más bien estética.

—La fealdad nunca ha sido ética —sentencié.

—Bueno, basta ya. Cortes o no cortes la cuerda, cortad la conversación y vamos a intentar dormir. No te preocupes Héctor, si Julio no se decide, yo misma te cortaré la cuerda. La de los dos. Y al pijo.

—Cómo se nota que tu madre es de Murcia.

—Y basta, estoy harta ya de esta conversación tan fuera de lugar. Callaos de una vez.

Nos arrebujamos en los sacos para intentar dormir. Sabíamos que iba a ser difícil, aunque no para Héctor, capaz de echar una siesta de pie en la cola del supermercado. Podía aprovechar cualquier momento, aunque en los últimos tiempos, desde nuestra gloriosa diarrea en Rishikesh, aseguraba andar un tanto insomne, pero daba escasas pruebas de ello.

Yo no conseguía dejar de pensar en lo que nos esperaba cuando pudiésemos continuar. Se nos podía atragantar la parte más dura de la ascensión, una pared muy complicada a casi siete mil metros. Y si la superábamos aún nos quedaría una larga arista expuesta al maldito viento que no dejaba de soplar. Tenía que descansar, procurar dormir pero ¿cómo? A esa altura la hipoxia nos iba robando poco a poco el sueño y el apetito, y nos iba dejando exhaustos sin hacer nada.

Había conseguido caer en un inestable duermevela cuando la tela de la tienda restalló como un latigazo. Ningún parte del tiempo había previsto esas fortísimas rachas de viento que nos sorprendieron de repente. La lona de la tienda nos fustigaba, de un momento a otro saldríamos volando, o más bien caeríamos rodando por la pared en una creciente bola de nieve, como en los dibujos animados. Nos apretujamos contra la tela de las paredes sujetando las varillas. Las ráfagas nos sacudían como peles, levantándonos en vilo cada poco. Héctor propuso iniciar la escalada, el viento nos haría subir casi sin esfuerzo.

—Empieza tú —le respondió Raquel—, puedes hacer vuelo libre, salto base, convertirte en el hombre pájaro, Ícaro en la nieve o Batman el de los huevos helados, pero yo no voy a salir de aquí hasta que no amaine un poco. Llama cuando llegues arriba.

—Si tú no vienes, yo tampoco voy. No te voy a dejar aquí sola con este sátiro.

—¿Sátiro?, ¿te refieres a mí? —dije yo— precisamente estaba pensando ahora en echar un kiki, no te jode.

Intentábamos bromear pero era miedo lo que transmitían nuestra voces.

—Son corrientes térmicas que ascienden la ladera. Va a nevar y dejará de hacer viento en unas horas, veréis —dije yo, convirtiéndome en improvisado hombre del tiempo.

Y en efecto, una hora más tarde amainó algo pero no lo suficiente, las fuertes ráfagas seguían golpeando la tienda como un tambor. Arreció también la nevada y, empezó a acumularse sobre nosotros. Dejamos de temer salir volando, pero pronto tendríamos que salir para a quitar nieve si no queríamos morir aplastados. De iniciar la subida ni ha-

blar, estaba claro que tendríamos que esperar aún algunas horas hasta que pasase la tormenta imprevista.

Hay quien piensa que en la montaña todo es esfuerzo: caminar, subir, trepar, escalar, correr. Adrenalina, endorfinas, músculo y sudor. Y sí, mucho de eso hay, pero también eternos tiempos muertos. Tiempo para pensar, reflexionar, meditar. Aburrirte, desesperarte, comerte las uñas.

Estaba helado, encogido en el saco con toda la ropa que tenía. Faltaban horas para el amanecer y seguía siendo imposible dormir. No tenía nada que hacer, nada más que helarme. La temperatura dentro no era mucho más alta que fuera, pero al menos estábamos a salvo del viento que, aunque iba disminuyendo, seguía jaleando la tienda como si quisiera arrancarla y hacerla volar como una cometa, con nosotros dentro. Ya no había mucho que decir, ni ganas de hablar. Solo nos quedaba pensar. Pero los pensamientos a más de seis mil metros son confusos, escasos. Ya había repasado varias veces lo que habíamos hecho y los diferentes planes para continuar. No sabíamos cuánto deberíamos esperar, unas horas, un día, quizá más.

Derrito nieve en el hornillo, que nos depara pocas sorpresas liofilizadas. Propongo una sopa y me mandan callar. ¿Bebo para hidratarme o para matar el tiempo? No tengo ganas, pero me obligo. Quizá más tarde pueda tomar unas galletas, un poco de chocolate. Ambas cosas mejor, si hay modo de tragar. Saco los brazos del saco, intento ordenar los bártulos en la tienda, dejar la mochila preparada para salir cuanto antes. Es increíble cómo se puede generar tanto caos en tan poco espacio. Todo está a mano pero todo se pierde en el batiburrillo. Me pongo la mochila tras la es-

palda, me repantigo sobre ella, buscando una comodidad imposible de conseguir.

—Estate quieto de una vez —Héctor y Raquel se quejan con razón—, nos estás poniendo nerviosos y no nos dejas dormir.

¿Quién duerme? Tras muchas vueltas y revueltas, consigo una posición en la que no me clavo ningún cacharro de escalada. Quedan muchas horas por delante. Consigo cerrar los ojos, sueño que me estoy durmiendo. Me desvelan los secos golpeteos de la lona que flamea, el silbido del viento entre las rocas. Me quedo quieto en la oscuridad, encogido en el saco, buscando el punto justo de calor para no contraer los músculos, en el límite. Algún grado menos y el frío se hará hiriente, morderá. Estoy harto de estar aquí dentro. Ir a la montaña en busca de espacios infinitos para acabar enclaustrado, enlatado. Tiene gracia.

Inmóvil, viendo como pasan los segundos, los minutos, las horas, lentamente, con usura, medidos por el susurro de los copos de nieve al caer, por los golpes de viento. Sentía la lentitud del tiempo en mis manos y la paciencia como arte, como estrategia, como parte de la aventura. Es difícil describir esos tiempos muertos, pero había tenido que pasar muchos de ellos esperando una ventana de buen tiempo, que escampase, que amaneciese. Sí, era un maestro en el arte de esperar. Que es también el arte de no desesperar. El arte de la paciencia.

## Veintinueve

Nos quedamos quietos y callados durante unas horas, oyendo solo el repiqueteo de la nieve sobre la tienda, el aullido del viento. El sueño profundo y reparador no llegó, solo nos invadió un cierto sopor, una laxitud que teníamos que superar en unas horas como fuese, si queríamos escalar esa pared que nos abriría el camino hacia la cima. La cima, ¿qué cima?, ¿en qué estaba pensando? Por un momento perdí la noción del tiempo y del lugar. No sabía dónde estaba, qué día era, qué hacía acurrucado en el saco, más tieso que un palito de merluza. Hipoxia, esa era la palabra. Falta de oxígeno en la sangre, en el cerebro. El estado de confusión duró solo unos segundos pero el miedo me atenazó. Temí perder la conciencia, la voluntad, quedar a merced de una mente desorientada capaz de hacer cualquier cosa menos lo necesario para salir de allí con vida. Por primera vez en la expedición dudé de lo que estaba haciendo. Sí, tuve miedo, no de las dificultades, del frío, de la tormenta, ni del Chaukhamba. Por primera vez en mi vida tuve miedo de mí mismo.

Intenté hablar con mis compañeros, preguntarles si creían que podríamos salir ya, si se sentían con fuerzas, pero no parecieron escucharme o no tenían la menor gana

de responderme. Le dí un codazo a Héctor, que refunfunó, adormilado.

—¿Qué? —me soltó con desgana.

—¿Has escuchado lo que te he preguntado?

—¡Sí!

—¿Y no me respondes?

—Ahora no, estoy intentando dormir. Déjame.

—¿Y tú, Raquel, qué dices?

Silencio, un silencio que hizo que Héctor reaccionase por fin. Se incorporó sobre su costado, apoyó el codo en mi hombro, haciendo que me retorciese de dolor.

—¡Ay! —grité, intentando zafarme del peso de Héctor, que zarandeaba a Raquel.

—¿Pero qué haces? ¡Déjame! —dijo Raquel sin mucha convicción. Le salió una voz débil, confusa. Parecía borracha, ella, la abstinencia.

—¿Estás bien?

—Me duele la cabeza. Se me pasará si me dejas descansar.

Volvimos a tumbarnos, pero desistí de intentar dormir, estaba cansado de quedarme a las puertas de un sueño superficial que era solo aturdimiento. Los cambios de luz, el breve resplandor del sol en la nieve, la oscuridad repentina de algún nubarrón que lo ocultaba, me confundían. No habría sabido decir en qué momento del día estábamos. Me tapé los ojos con la capucha del saco, asomaba solo la punta de mi nariz helada para poder respirar pero me resultaba difícil, tenía que hacerlo también por la boca, pero era como si el aire que me entraba en los pulmones no sirviese para mucho.

No sé cuanto tiempo pude pasar en ese estado catatónico, podían haber transcurrido horas o solo algunos minutos. Seguía sin conseguir orientarme por la tenue luz que iluminaba la tienda, podía ser cualquier hora del día. Me moví a desgana, buscando el gps para comprobarlo. Me di cuenta de que me sentía mejor. Aunque me costase abrir los ojos, el embotamiento se me había pasado y solo sentía un ligero dolor de cabeza. Nada que no solucionase un ibuprofeno. Supe que había llegado el momento de hacer frente a nuestro último gran reto. O de desistir. La pared estaba ahí, no sabía si esperándonos o despidiéndonos. En cualquier caso, no dependía de ella.

No parecía que pudieran estar vivos, Raquel y Héctor, inmóviles en sus sacos cubiertos de escarcha. Comprobé que se elevaban un poco con su respiración, así que algo de vida debía de haber debajo. Y Héctor emitió un ronquido tan suave que no parecía suyo, como si no quisiera molestar. Por lo menos estaban durmiendo. Pensé en despertarlos con una taza de té humeante en la mano. Con movimientos torpes, aún metido casi por entero en el saco reptando como un gusano de dibujos animados, abrí la tienda para coger nieve y preparar té. Había dejado de nevar y el viento soplaba con menos fuerza. Era increíble, la montaña nos estaba invitando, o quizá fuera solo un señuelo para atrápanos. En cualquier caso, teníamos que continuar. Los sacudí con delicadeza para invitarlos a la ceremonia del té. Héctor refunfuñó, como siempre al despertar, no se le iba a escapar un buenos días, de momento, pero se incorporó y cogió la taza. Raquel en cambio no se movió. Héctor y yo nos miramos, la sacudimos de nuevo, le hablamos. Oímos un leve gemido. Intentó incorporarse,

pero no parecía que pudiese conseguirlo. Héctor y yo nos miramos con preocupación.

—¡Raquel! ¿Estás bien? ¡Despierta! Se está haciendo de noche, tenemos que prepararnos.

—Vale.

—¿Vale? Venga, vamos, tómate un té, que nos vamos para arriba.

—Vale.

Solo era capaz de soltar ese vale mortecino. Apoyando la espalda en la mochila, poco a poco consiguió sentarse y empezar a sorber su taza humeante.

—Quizá no pueda acompañaros. Igual sería mejor que os esperara aquí. No sé si podré subir. Estoy reventada, no puedo con mi alma —la voz casi no le salía del cuerpo.

—Pues te la dejas aquí, que el alma pesa un huevo, pero tú te vienes para arriba con nosotros, aunque te tenga que meter en el petate del material y subirte en polea con un polipasto —intentó animarla Héctor.

—En serio, no sé si podré hacerlo. Nunca me había encontrado tan cansada. ¿Y si esperamos un poco? —sugirió, sabiendo de antemano la respuesta.

—No podemos esperar más, nos estamos debilitando por momentos. Vamos a contrarreloj. O salimos para arriba cuanto antes o renunciamos y bajamos.

—Dame una hora que la masajeo, la drogo, la hidrato, le pego una paliza, la convenzo. Una hora y luego vemos —Héctor estaba decidido a intentar que Raquel siguiese adelante

—De acuerdo, una hora. Voy preparando el material.

Nos quedamos mirando mientras respirábamos profundamente el aire gélido, buscando el oxígeno que llegaba a malas penas a nuestra sangre.

Después del palizón que nos habíamos dado en el corredor estábamos todavía agotados. Nos había resultado muy pesado atravesar el glaciar hasta la rimaya, abriendo huella en la nieve recién caída. Nos hundíamos hasta media pierna, era lento y agotador. Nos habíamos turnado Héctor y yo al principio, pero Raquel había insistido tanto que tuvimos que dejar que hiciese su parte. Tan pequeña y con el mochilón parecía que en cualquier momento se la fuese a tragar la nieve. Y luego en el corredor nos habíamos desfondado. Si hubiéramos podido vivaquear, habríamos llegado más frescos hasta la repisa, pero había resultado imposible. Y el esfuerzo nos estaba pasando factura.

La incómoda espera encerrados en la tienda aguantando el viento y la nevisca, no había sido suficiente para recuperar fuerzas. A más de seis mil metros era difícil recuperarse, ni física ni mentalmente y cualquier esfuerzo nos costaba mucho más. Teníamos que sacar lo que nos quedaba dentro para intentar seguir. Raquel había sido sincera reconociendo su debilidad, sus dudas. A Héctor, que se creía capaz de todo, también le estaban pasando factura la altura, el esfuerzo y el frío. Aunque parecía más confundido que agotado. No acababa de entender que su cuerpo no respondiera a sus órdenes. Nunca había tenido problemas de mal de altura pero eso no quería decir nada, siempre podían aparecer. Y yo no sabía cómo me encontraba, a ratos fuerte, a ratos confuso. Tenía ganas de salir de una vez para comprobarlo.

Al anoecer, el viento se paró del todo. Una calma total nos anunció que había llegado el momento. No había

luna todavía, las estrellas titilaban con una potencia desconocida en tierra firme, pensé, como si estuviésemos navegando, como si nos hallásemos encallados en una vieja nave de madera en mitad del polo norte. Pero nuestro barco solo era un trozo de nylon y cuatro varillas que el viento podía arrancar de un manotazo en cualquier momento.

Salí por fin al aire helado y limpio. Hacía un frío terrible y había que moverse, patalear, agitar los brazos para entrar en calor, bueno, más bien para no congelarse. Teníamos que movernos deprisa. Empecé a equiparme, dentro era imposible: me coloqué el arnés, los crampones, el casco. Hice repaso mental del equipo, tornillos de hielo, cintas, mosquetones, friends, cuerdas, los piolets a mano. Fui preparándolo todo mientras esperaba para ver quién me acompañaría. No supe qué le habría susurrado Héctor para motivarla, qué masaje mágico le habría dado, pero al final aparecieron los dos. Me alegré de que Raquel se sintiese con fuerzas. No era fácil aceptar la derrota sin tan siquiera intentarlo. De momento, nos acompañaría hasta el pie de la pared, luego ya vería. Yo sabía que estaba barajando sus posibilidades, no quería que renunciásemos a nada por ella y además intentaría ayudar en lo posible. Me emocionó que siguiésemos los tres, la cordada perfecta. Nos abrazamos en un tintineo de cacharros metálicos.

—Venga, deprisa, hay que salir cuanto antes.

Miré hacia el largo glaciar Gangotri resplandeciente en la oscuridad, pensando en la gran distancia que nos separaba del mundo, de la vida. Pero la vida estaba allí, con nosotros. El paisaje era de una belleza indescriptible

Entonces los vi.

## Treinta

Siete luciérnagas en la oscuridad, unos cientos de metros más abajo, hacia el oeste, a la salida de un corredor que habíamos descartado al considerarlo demasiado expuesto. No nos habían seguido. Habían decidido abrir su propia vía, intentando una ruta más corta y directa. Si les salía bien la jugada, era incluso probable que llegasen antes que nosotros a la cima del Chaukhamba IV.

—¡Qué hijos de puta! —soltó Héctor.

—¡Qué cabrones! —remachó Raquel.

—Tenemos que olvidarnos de ellos, hacer como si no estuvieran. Esto no es una carrera. Vamos, a lo nuestro. Que tengan suerte. Nosotros también la vamos a necesitar. —Nuestra situación era demasiado delicada para añadir presión. Había que olvidarlos.

Llegamos sin dificultad a la base de la pared. Era el último gran obstáculo antes de la cresta cimera. Había llegado el momento de empezar la escalada. Miré a Raquel.

—Yo te voy a asegurar el primer largo. Monta una buena reunión, te seguimos —me dijo.

Parecía recuperada del todo. Yo me mostré sorprendido, era normal que tuviese mis dudas.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. No he llegado hasta aquí para echar la siesta. Venga, que ya es hora. Tira para arriba.

Empecé a escalar a la luz de las frontales. Era una pared de mixto, pero por mucho que la roca y el hielo estuviesen en buen estado y nos permitiesen meter material para asegurar, nos movíamos muy despacio. Nos llevaría mucho superar aquellos ciento cincuenta metros de pared. Héctor siguió con el segundo largo, una pared de nieve que la luna por fin iluminaba.

Todo resplandecía a nuestro alrededor, pero era algo fantasmagórico, no se acababan de distinguir los perfiles y la luz lunar creaba más confusión que nitidez. Había que fiarse exclusivamente de la frontal, perdiendo perspectiva. Héctor iba clavando las puntas de sus crampones con ritmo regular pero muy lento. Después de media hora de lucha inicial, superó una corta cresta de hielo y siguió subiendo sobre nieve poco consistente. Dejó atrás también esa inestable pala de nieve y nos aseguró desde una repisa en roca. No habíamos superado aún ni un centenar de metros y pronto amanecería.

Pero estábamos teniendo suerte. La montaña nos había acogido. Sin la menor racha de viento, la calma y el silencio eran absolutos. Solo oíamos nuestra respiración, nuestros jadeos, el chasquido de los piolets al clavarse en el hielo y al engancharse en la roca, el roce de las cuerdas al deslizarse en la nieve, el frufrú de nuestros plumas al avanzar. No hablábamos casi, solo las palabras imprescindibles para seguir ascendiendo, en una mecánica que los tres conocíamos muy bien. Eran muchas las paredes, muchas las ascensiones juntos.

El siguiente largo me tocaba a mí. Quizá en otras circunstancias no habría resultado demasiado difícil, pero a esa altura y en esas condiciones fue un verdadero suplicio. Pensé que no lo conseguiría. No encontraba dónde meter seguros en esa roca podrida. Tras un largo tramo sin asegurarme, pude al fin meter algún tornillo, aunque no creía que fuese demasiado de fiar. Me estaba quedando sin material, así que monté una reunión como pude en una fisura sospechosa. Al rato estábamos los tres allí anclados. Era un poco complicado aclararse en la oscuridad, en un espacio tan reducido y con un frío que nos estaba dejando literalmente congelados. Había que seguir moviéndose y rápido.

Héctor tiró para arriba. Tardó una eternidad. Yo estaba empezando a tiritar cuando Raquel salió delante de mí. Era increíble cómo estaba subiendo. Héctor nos aseguraba desde la siguiente reunión. Pensé que iba tirando de ella, sabía que la habría subido a pulso o metido en su mochila, de haber sido necesario. En ese punto, Raquel tenía que seguir a cualquier precio, de otro modo la derrota no sería solo para ella, sino que nos haría volver a los tres. Pero no se iba a dejar portear como una saca de material. No decía nada, jadeaba, se detenía para tomar aliento con más frecuencia que nosotros pero seguía subiendo, clavando decidida sus puntas y sus piolets, traccionando con vigor. Sin embargo, si no llegábamos pronto, no podría subir mucho más, pensé. Pero parecía que ya estábamos al final del corredor. Héctor nos acogió en la reunión con una buena noticia, ese podía ser el último largo. Si tenía razón, desde allí alcanzaríamos la arista. Después solo nos

quedaría caminar un kilómetro y medio. Dicho así, parecía muy fácil.

A nuestra derecha se abría un corredor, pero no se alcanzaba a ver dónde acababa, parecía estrecharse y era posible que solo llevase a un desplome y nos bloquease. Pero no nos quedaba otra opción que seguirlo. Tenía sorpresa. Acababa en una pequeña cascada de hielo en la que invertimos por lo menos dos horas. El hielo estaba en tan mal estado que daba pánico, pero tuvimos que superarlo. Habría sido muy complicado volver atrás para intentarlo por otro lado. Aquella pared no acababa nunca. Hacía ya mucho que había amanecido. Si no salíamos de allí cuanto antes, se podía convertir en una trampa. No podían quedar muchos metros, pero no veíamos la salida.

Me aventuré en lo que supuse que sería el último tirón. Había mucha nieve y parecía inestable. Tenía miedo de provocar una avalancha, aunque fuese menor. Intenté desplazarme hacia la izquierda con una pequeña travesía para buscar visibilidad. En una maniobra un tanto arriesgada, me alejé demasiado del último seguro. Intenté limpiar la nieve, buscando el hielo para meter otro tornillo pero en ese momento empecé a deslizarme lentamente, las puntas de mis crampones no conseguían detenerme. Pateé como un loco mientras mis piolets se resbalaban también en esa capa de nieve demasiado blanda.

Estaba cayendo, despacio pero estaba cayendo. Si el seguro aguantaba, en unos segundos pendularía y me iría a estrellar contra las rocas justo debajo de mis compañeros. Intente separarme de la pared, para que mi centro de gravedad hiciese más presión con mis pies y los piolets. Fui frenando hasta que me detuve. Había bajado solo unos

metros pero el corazón me iba a estallar, bum bum bum: un gran chute de adrenalina. Yéndome un poco más a la izquierda busqué una nieve más consistente. Entré enseguida en una zona en la que mis piolets enganchaban por fin en una costra algo más dura. Recuperé los metros perdidos y seguí subiendo con rabia, el corazón desbocado. Poco más arriba ya no había nieve, solo una gran placa de hielo donde pude asegurar y buscar el mejor sitio para una reunión pues no me podía quedar mucha cuerda. No había salido aún de la pared pero cerca, muy cerca, tenía que estar ya la arista.

Al ver cómo respiraba con ansia, intentando recuperarme, Raquel se dispuso a hacer el último largo. Héctor estaba llegando a la reunión, también sin aliento. Nos alegró que fuese ella quien alcanzase la arista, esa primera meta. Vería toda la bóveda celeste, se asomaría al precipicio de la cara sur. Se sentiría fuerte.

Cuando recuperé el aliento, los seguí. Al poco, la pared comenzó a perder verticalidad. Estaba llegando a la arista por la que mis compañeros habían comenzado a caminar, evitando la tentación de asomarse a la vertiente sur, existía siempre la posibilidad de fractura de la cornisa. Pero por el momento era lo bastante ancha y todavía no había peligro, podíamos caminar como astronautas, encordados pero ya sin asegurar. Nos había costado más tiempo y esfuerzo de lo esperado, pero estábamos por fin arriba.

Aún nos quedaba un último obstáculo con el que no habíamos contado, pues no se distinguía en las pocas imágenes que habíamos podido analizar. No podía ser muy complicado, nos quedaban pocos metros de desnivel hasta la cima. Un promontorio de rocas de unos cincuenta metros,

la entrada a la fortaleza, nos vedaba el paso. Era la última batalla, la última metáfora, palabras de guerra para una misión pacífica. Más metáforas. Estábamos ya en el reino de lo simbólico, habíamos atravesado el espejo. Se me hacía extraño estar allí, en realidad no sentía nada, no al menos la alegría, la euforia que había imaginado en el campo base. No, no había nada que sentir, nada que pensar, solo seguir caminando en la nieve. Ya llegarían los sentimientos, por el momento estaban en estado de hibernación, nunca mejor dicho.

Héctor y Raquel me esperaban.

—¿Creéis que los otros habrán llegado ya? —preguntó Héctor.

—Espero que no —le respondió Raquel.

Nos quedamos allí plantados, mirando las torres de nuestra alcazaba. Una espesa capa de nubes envolvía un pico sin nombre, unos cientos de metros más abajo. Parecía estable, pero era posible que estuviese subiendo lentamente hacia nosotros.

—Puede que les haya alcanzado la niebla, mirad la pared. Pero solo tenemos una manera de comprobarlo. Olvidémoslos, se está haciendo tarde, hemos perdido demasiado tiempo, tenemos que seguir.

Habían decidido que fuera yo delante. Intenté rechazar su ofrecimiento. Héctor me cogió por los hombros, me hizo girar para encarar las primeras rocas y me empujó: era una orden, una invitación, un regalo. No fue demasiado difícil, pero empezaba a sentir un enorme cansancio y tardé en superar la alcazaba. Monté la cuerda para que pudiesen seguirme. Y para poder descender rápido y sin riesgo a la vuelta. Les di una voz para que subieran y me respondi-

ron que ya lo estaban haciendo. Esa fue la última vez que les oí y les vi.

Porque entonces, llegando desde mis espaldas, me envolvió la niebla. Ya no me unía a ellos ninguna cuerda. Intenté localizarlos escudriñando entre los jirones de nubes, pero no conseguí verlos, habían desaparecido de mi vista. De repente me encontré solo, a casi siete mil metros, envuelto en una densa niebla que no me permitía ver más allá de mis brazos y me hacía perder todo sentido de la orientación. Estaba atrapado, no podía avanzar ni quedarme allí parado. Decidí esperar un poco, pero no sabía cuánto era eso. Pero me estaba helando, tenía que moverme, era mejor seguir subiendo. *Sì che il piè fermo sempre era il più basso.* Pensé que Dante me llevaría de la mano. Así no me podría perder. Si no antes, nos encontraríamos en la cima.



## Treinta y uno

He pasado horas perdido en la niebla buscando a mis compañeros, pero ha sido inútil. La luz se está yendo, se hará pronto de noche y no podré encontrar la pared para rapelar hasta la base. Si no me queda otra, buscaré un mínimo refugio para pasar la noche. En la arista me helaré, he de encontrar unas rocas o excavar una mínima cueva de nieve, si me quedan fuerzas. Teníamos que haber subido los sacos de dormir y una tienda ligera. O haber renunciado a la cumbre cuando entró la niebla. Pero ahora ya es tarde, tengo que concentrarme en intentar seguir vivo.

Bajaré un poco más mientras busco donde guarecerme. Si al menos se levantase la niebla... Quizá tras esas rocas podría excavar un poco en la nieve, acurrucarme y hablar y cantar toda la noche para no dormirme. Me aparecen en la oscuridad los rostros de mis amigos, sus sonrisas de ayer cuando por fin descubrimos que era posible conseguir nuestra montaña, el regalo que me hicisteis: me empujasteis para subir el primero, sube tú, pasa la alcazaba y monta la cuerda, te seguimos. Y sí, he subido, pero no creo que consiga bajar para contarlo. ¿Dónde estáis?

Vuelvo a ver la imagen de la cima, aunque ahora ya no sé si he visto lo que creo haber visto, pueden ser los síntomas de la hipoxia que me han hecho delirar. Alucinación

por alucinación, podría haber encontrado cualquier cosa, una hawaiana con un collar de flores, un gondolero con mandolina, pero no el cadáver de un alpinista asesinado. Y además, si no me equivoco, es Richi. El gran Richi. El gran escalador con el que me puso los cuernos Silvia. Tenemos el móvil, la ocasión y el arma. Y no tengo coartada. Por tanto fui yo. Si consigo bajar de aquí será para acabar en una cárcel india.

¿Esto qué es? ¿Una puta novela negra? ¿En mitad del blanco cegador en un pico del Himalaya? Estoy a punto de morir congelado. He hecho cima al límite de mis fuerzas, despreciando mi vida por un mero capricho y me encuentro con un desgraciado hijo de la gran puta que se ha dejado clavar un piolet entre los omoplatos. El asesino me podría haber ahorrado el susto, empujándolo por el precipicio. Pero no, tenía que dejar aquí arriba su firma de killer de película: único, anónimo y con un crimen de apertura retardada porque ¿quién y cuándo iba a descubrir el cadáver?

La noche va a ser larga. Empiezo a desvariar, a hacer hipótesis, a pensar que no era Richi, que ni él ni nadie había conseguido llegar hasta la cima. Que el muerto es otro. ¿Cuánto tiempo llevaría ahí arriba, qué expedición habría anunciado un falso abandono, un falso fracaso, por primera vez en la historia del alpinismo? Tengo tiempo para fantasear. Puedo montar una trama de detectives, convertirme en el Marlowe de las nieves. Menudo choteo en el campo base del Shivling cuando cuente lo que he visto. Se van a descojonar, pero a ver quién sube para comprobarlo. Pero ¿lo voy a poder contar?, ¿llegaré vivo al campo base para hacerlo? Me tomarán por loco.

¿Recordaré algún detalle? La imagen en mi memoria se está empezando a fundir con el blanco que me circunda. *Whiteout*. Fundido en blanco, fin de la película. ¿He hecho alguna foto?, ¿me he abierto el plumas y me he quitado un guante para sacar la máquina? No soy capaz de recordarlo, puede que sí, siempre lo hago. Hay que bajar siempre con pruebas. Tras la conmoción del hallazgo, tras el susto padre, ¿qué he hecho después? Me recuerdo arrojado, intentando reconocer tras la máscara de ventisca algún rostro, pero el hielo ocultaba cualquier rasgo. Solo era reconocible el plumas rojo, las etiquetas de las marcas bajo la pátina helada que lo había ido cubriendo. Richi, sin duda. Era inimaginable que alguien hubiera sentido ganas de matar frente a aquel espectacular mar de nubes. No se alcanzaban a ver los glaciares ni los valles. Las aristas y las cimas de los seismiles que rodeaban al Chaukhamba despuntaban como islas en un mar encrespado. Era un espectáculo sublime.

No sé cuánto tiempo pudo pasar. No mucho, supongo, pero no lo sé. Acabé confundido del todo. De repente me estremecí pensando que nunca volvería a bajar, que yo también me quedaría en esa montaña para siempre. La idea me hizo reaccionar. Volví a atravesar la estrecha arista. Me costó menos tiempo que a la ida. Sabía que me la estaba jugando pero no podía perder tiempo, debía fiarme de cada pisada. Lo hice sin pensar, con una despreocupación que en otro momento me habría parecido temeridad. Entre jirones de niebla creí intuir el débil rastro de unas huellas. Pero me perdí en la niebla no sé durante cuánto tiempo. De repente, el sol apareció un instante entre las nubes, estaba ya tan bajo en el horizonte que pensé que no

podía ser cierto. Vi cómo iba cayendo la noche acurrucado en un hueco en la nieve que había conseguido excavar al pie de las rocas de la alcazaba. Encontré la cuerda, pero no había ni rastro de mis compañeros. La nubes se fueron elevando despacio, la niebla se disipó. Al rato empezó a nevar. En el transcurso de un día había podido ver el mar de nubes a mis pies, me había perdido en la niebla, el sol había reaparecido en el horizonte y después había comenzado a nevar. Así era la montaña, pura sorpresa.

El tiempo se detiene. Cada segundo es una eternidad. Puedes intentar contar los sesenta segundos de un minuto pero nunca llegas al final porque ya estás durmiendo o te has confundido entre números sin sentido. Como si fuese un reto, lo vuelves a intentar pero tampoco llegas, te pierdes de nuevo, te duele la espalda, quince, tiembles, dieciséis, no sientes las manos, diecisiete, es insoportable pensar en lo que no tiene límite, en los espacios abiertos, en la infinitud del universo, diecinueve. No, esta noche nunca pasará, me quedaré aquí congelado como una merluza hasta el próximo deshielo, dentro de algunas eras geológicas, qué digo, hasta el año que viene. El glaciar me escupirá amojamado, para sorpresa y diversión de algún turista futuro, tan turista y tan banal como uno del presente, veintidós segundos, solo he tardado tres segundos en pensar lo anterior. Es obvio que no voy a sobrevivir a esta noche. Será dentro de un instante, en menos de algunos de estos minutos gigantescos empezaré a dormirme, dejaré de mover los pies para intentar estimular inútilmente la circulación, dejaré de notar las manos ateridas, el dolor en la espalda, empezaré a sentirme bien, relajado, feliz, y entonces, en solo unos minutos más, todo habrá acabado

y volveré al sitio de donde provengo, a la nada del tiempo, al infinito previo que también es el infinito posterior. Al fin y al cabo, nunca fui nada y, de haber sido algo, fue de manera tan insustancialmente breve que no tuvo la menor importancia.

Habrán pasado algunos minutos más, quizá, y aún sigo pensando. Sigo existiendo por tanto, o eso creo. En el silencio, el tiempo se ralentiza aún más. Ha dejado de nevar. No vibra nada en esta quietud que anuncia el final, cómo se llega la muerte tan callando, nunca pensé que fuera así. Mentira, siempre supe que sería extraño y familiar, como volver a un lugar donde nunca se ha estado y reconocerlo, como un *dejà vu* futuro. Quizá dure algún minuto más, quizá resista algún grado menos. Mi sangre aún circula, lentamente, llega al cerebro como un granizado, podría desayunar un croissant con la *granita di caffè*, como en Sicilia. Sí, son el momento y el lugar más adecuados para pensar en desayunos mediterráneos, a siete mil metros, en plena noche. Quizás no sea tan noche, ¿es la luz lo que intuyo al final de la oscuridad?, ¿está amaneciendo y sigo vivo?, ¿resistiré aún estos instantes que me separan de la mañana o acaso es solo un sueño, el último? Empezaré a mover los pies, a golpearlos contra la nieve, menos mal que recordé quitarme los crampones, aflojarme un poco las botas para que circulase mejor la sangre. No sé si seré capaz de volver a ponérmelos, mis manos son de madera, no siento los dedos, pero los veo moverse si los miro y pienso en ellos. La luz está aquí. Tengo que levantarme y seguir bajando, no caer, llegar hasta la tienda, alguien me estará esperando. Me meteré en el saco, podré beber un poco de té, una sopa, descansar de verdad, dormir, vivir.

El amanecer parecía irreal, una inocente luz rosa atravesó apenas la máscara de ventisca que no me había quitado por miedo a la congelación. La froté con los guantes para limpiar el hielo adherido, intentando sentir el sol a través del cristal. Esperé aún unos minutos a que la luz fuese iluminando la ladera. Conseguí calzarme los crampones y ponerme en pie. Tenía que buscar mi huella, si me lo permitía el acartonado plumas cubierto de hielo. Crujía como un monigote de cartón piedra mientras me deslizaba con lentitud, buscando las fuerzas para levantar primero un pie, con su bota, su crampón, tan pesados. Me movía como un buzo en las profundidades del océano, pero sin pececillos de colores ni medusas, solo los suaves, benignos colores del alba reflejados en el hielo. Aún no estaba del todo congelado, *alive and kicking*. Helado, agotado, confuso, asustado. A medias quizá, pero aún vivo.

De repente me sentí feliz. Alcé los brazos al cielo, sin soltar los piolets ni gritar. Fue un breve momento de éxtasis, de suspensión del tiempo, un instante de indecible alegría. Pensé que nunca se repetiría, que pasaría la vida persiguiéndolo. Y esa euforia que me invadió consiguió darme la fuerza necesaria para empezar a bajar, dejando caer un pie tras otro, siguiendo la huella, o inventándola. Tuve suerte. Encontré sin dificultad la cuerda en la pared de roca, rapelé hasta la base y luego fui descendiendo hasta la tienda. Cuando por fin llegué, no había nadie. Me metí en el saco y me quedé dormido.

# Epílogo



## Treinta y dos

Me resulta difícil recordarlo y más aún entenderlo, ahora que he tenido tiempo para pensarlo y revivirlo una y otra vez. Cuando muchas horas más tarde conseguí llegar tambaleándome al campo base avanzado, estaba tan confuso que no sabía cuál era nuestra tienda, quiénes nuestros sherpas ni casi quién era yo. Volvía de una dimensión que me parecía absolutamente irreal.

Pemba y Mangal me ayudaron a entrar en la tienda. En los últimos tres días casi no había bebido ni comido: estaba hambriento y sediento. Nuestro cocinero intentó hacerme beber té, pero los primeros tragos los vomité. Fui reaccionando, saliendo del estado semicatatónico en que me encontraba, sin conseguir engullir casi nada del empalagoso té que acercaba a mis labios quemados y resquebrajados. Me puso un poco de *ghee* y me repantigué en el batiburrillo de mochilas y sacos amontonados al fondo de la tienda. Pese a mi agotamiento, empecé a temer por mis manos y mis pies y a pensar en amputaciones. Mangal me tranquilizó. Tras quitarme primero los guantes y luego las botas comprobó que no era nada grave, aunque ya asomaban los primeros síntomas de congelación. Me susurró, con su eterna sonrisa, que no perdería los dedos. Me frotó y masajé con aceite y me puso dos pares de calcetines y

unos guantes de lana. Empecé a sentir mis extremidades de nuevo, aunque habría preferido que siguieran dormidas. Según Mangal, el dolor era una buena señal.

Me fui adormeciendo mientras me hablaban en un inglés chapurreado que apenas entendía. Era como si me hablase de cosas ajenas y lejanas, de gente que apenas conocía. Tenía conciencia de estar vivo y a salvo y eso me hacía sentir como dios, como Shiva ahí arriba fumando marihuana, tan tranquilo. Durante la bajada había perdido la conciencia de mí mismo y había entrado en un estado en el que no sentía ni miedo ni dolor. Mi cuerpo era algo extraño, como si fuese de madera. Como cuando se te duerme un brazo, lo tocas y parece de otra persona, lo sientes ligado a ti pero no tuyo. Supongo que el instinto de supervivencia había tomado las riendas.

Y así seguí un buen rato, aún medio anestesiado. Solo el dolor de mis pies que iba en aumento me fue despertando. De repente, supe quién era, dónde estaba, lo que hacía allí. Fue como una caída de bruces, como un puñetazo en el estómago. Supe que estaba vivo pero que eso no era ningún consuelo, no todavía al menos. Mi cuerpo reclamó sus derechos. Empezaron a dolerme también los dedos semicongelados de las manos; la nariz, quemada y helada a la vez; las costillas del flanco derecho, sobre el que debía de haberme caído en algún momento; la cabeza, que ahora me latía con un bajo continuo y unos graves como de discoteca, me iba a reventar de un momento a otro.

Mangal me dio otra taza de té. Ahora mi garganta reseca y agrietada ya casi podía pasarlo. Seguí bebiendo pese al dolor de cada trago. Me acurruqué dentro del saco, agotado, con Pemba y Mangal pegados a mí, hablándome con

dulzura, animándome, masajeándome, dándome de beber. Me entró una tiritera que no podía controlar. Sentí de repente el frío tremendo que había acumulado durante los últimos días y que había conseguido no sentir, obviándolo, asumiéndolo para evitar la derrota que habría significado mi rendición y mi muerte. Como un autómatas había seguido caminando, clavando los crampones sobre la nieve helada, sobre el hielo azul, duro como la piedra. Había conseguido rapelar de día esa pared que había escalado antes de noche, había llegado hasta la tienda y dormido unas horas antes de seguir por el corredor. Cruzar el glaciar hasta el campo base fue un suplicio.

En cuanto pude hablar pregunté por mis amigos. Cuando logré entender que ellos también estaban a salvo cerré los ojos y me abandoné por fin.

Sobreviví a ese vivac a siete mil metros, estuve en el límite, en la frontera, casi en la nada. Había vivido experiencias parecidas, quizá incluso más duras, pero antes la muerte no existía, era un concepto, una palabra. Esa noche perdí la inocencia, comprendí que era más frágil de lo que suponía, acepté por fin que era mortal.

Ahora estoy de nuevo en La Morra, en el barranco del río Trevélez. He vuelto de nuevo a mi refugio, a mi escondite. Estoy vivo y contento de estarlo pero también apesadumbrado. No consigo despejar las nubes de mi cabeza, este eterno cúmulo-nimbo que es una amenaza constante de tormenta. Pero ya no tengo miedo ni siento dolor. Un reproche latente me persigue en esta casa, el mismo que me hacía mi madre tras cada aventura, tras cada percance: no tenía que haber ido al Chauhamba, tenía que haber-

me quedado aquí pensando, escribiendo, oyendo música, comiendo y cagando como un animal cualquiera que no va a buscar la muerte innecesariamente, siguiendo quién sabe qué llamada, qué sueño, qué estúpida ilusión que solo procura desgracias. Nunca he aceptado torturarme por un pasado imposible, ni construir pasados alternativos. Lo que fue, es y será. Tomé mis decisiones, actué como creí oportuno. Fui libre. Ya nada puedo hacer para enmendar errores. Todo ha acabado y ahora es momento de seguir adelante.

No sé si antes o después alguien aparecerá para pedirme cuentas, para hacerme responsable. No importa, se equivocará y yo no podré hacérselo ver. No podré explicarle que sí, que soy culpable, pero no de lo que él cree, sino de haber querido a mis amigos y haberlos seguido hasta el fin del mundo. No parece nada malo y no lo sería si ellos siguieran conmigo. Pero las cosas han cambiado.

Me rodean de nuevo los muros de piedra de esta casa que me acoge, después de unos meses que me han parecido una eternidad. Todo sigue igual pero ya nada es lo mismo. Mis cosas están donde las dejé, los libros amontonados en un rincón, mis aperos de montaña colgados en la pared, la lumbre que he vuelto a encender pese a que aún es verano. El frío lo llevo dentro, en los huesos que todavía andan recuperándose, como los doloridos dedos de mis pies que a malas penas se recuperan de la congelación. Por lo menos los conservo. De día hace aún calor, pero las noches empiezan a ser frescas. Se huele en el aire la lluvia de otoño que anegará los caminos y los convertirá en torrentes, hará que se desborden las acequias, encharcando los prados y los huertos. Me costará bajar al pueblo, espero

que Juan pueda subir con los caballos. De todos modos, prefiero estar aquí, dejarme llevar por esta indolencia delante del fuego, salir a pasear al sol de la tarde, aunque aún me cueste alejarme del cortijo de La Morra. Pasaré también el invierno aquí. Sé que tengo algo que decidir pero no me apetece pensar aún en lo que haré.

¿Dónde están mis amigos? Raquel se ha reincorporado a su trabajo, quizá con un empeño renovado en conseguir hacer algo que al final la satisfaga. Quizá se decida por fin a dejar de trabajar para esa empresa que odia y monte su propio estudio. Quizá deje que todo siga como está y vuelva a escalar. Hablo poco con ellos. Héctor ha vuelto al barrio, a las cervezas con los amigos, pero dice que no le apetece volver a colgarse de las fachadas, de los edificios en construcción, no quiere volver a ver una cuerda por un tiempo. No le durará mucho, pero por ahora se ha sentado en un sillón de oficina, se encarga de la gestión de su empresa, de llamar y localizar a esos que andan siempre de aquí para allá, con sus furgonetas, sus viajes, sus escapadas en busca de aventura.

Aventura, qué palabra más estúpida.

Cuando en el campo base nos quedamos al fin solos, repasamos lo que nos había ocurrido. Ellos también se habían perdido en la niebla durante horas. No habían hecho cima, ni lo habían intentado siquiera. Me habían buscado primero y luego me habían estado esperando hasta la tarde. Pero Raquel no se encontraba bien y habían decidido bajar. Durmieron en la tienda y al amanecer volvieron al campo base. Mi relato fue parecido pero no completo: les oculté lo que había visto en la cumbre. Así pues, los tres

reconocimos habernos quedado muy cerca de la cumbre, perdidos en la arista por encima de la alcazaba.

Al menos eso fue lo que dijimos, que nos habíamos perdido en la niebla y nos habíamos separado. Teníamos suerte de estar vivos. ¿Les tenía que haber contado la verdad? Sí, probablemente, pero no lo hice.

El otro grupo no tenía noticias de Richi, se habían detenido al final del corredor y solo él había querido seguir adelante. No había vuelto al campo base. Demasiado ambicioso y temerario, había pagado con su vida esa cima. Otro héroe más del alpinismo. Esa fue la versión oficial.

Desmontamos el campamento y nos preparamos para volver, para desandar lo andado. El glaciario no nos lo puso fácil, menos aún en nuestro estado de agotamiento. Caminamos en silencio, bromeamos poco. No sabíamos qué decirnos. ¿Qué podía decirles, que imaginaba lo que había ocurrido? Pero yo no quería suponer nada, saber nada. Dudaba además, ¿no habría sido alguien del otro grupo?, ¿no se habrían puesto de acuerdo en la cima para darle un pioletazo? Sabía que era improbable. También era inútil preguntar a mis compañeros: ¿Has sido tú?, ¿le clavaste tú a Richi su propio piolet? Si había sido Héctor, o incluso Raquel, me lo tendrían que haber confesado ellos, no podía empezar a hablar yo. Pero da igual. Nuestra amistad se mantendrá, pero sea cual sea la verdad, será difícil recuperar lo perdido. Quién sabe, quizá algún día hablemos del asunto pero para descubrir ¿qué?, ¿que uno de nosotros es un asesino?

## Treinta y tres

La vida no ha cambiado para mí desde que volví a Trevélez, pero todo me parece diferente. El Chaukhamba ha resultado ser mucho más que una montaña o un viaje. Lejos quedan Madrid, mis padres, Silvia y sus traiciones, el pobre Richi. Qué lejos el Chaukhamba y mis amigos. Vuelvo a sentirme de nuevo un poco Robinson en su isla desierta, un poco náufrago.

Esta mañana, como de costumbre, he preparado la mochila para salir a andar. Al abrir la puerta del cortijo, el sol ha entrado a raudales, iluminando las motas de polvo que flotaban en el aire como pequeños universos dorados, como galaxias en miniatura, infinitamente pequeñas. Me he apoyado en el marco y he contemplado, extasiado, el azul del cielo. He recordado el amanecer en el Chaukhamba. De repente me ha inundado una sensación extraordinaria, la misma que sentí en aquel momento. Por un instante, he sido plenamente consciente, lo he comprendido todo: la belleza de mi vida, del dolor y del placer, de estar en este momento único aquí, de poder decidir y de saberme vivo. Ha sido un éxtasis inesperado que no quería que pasase y que, de hecho, nunca pasará.

Será difícil volver a vivir como antes de que todo ocurriera. No habría imaginado nunca que en una vida de aven-

turas y constante movimiento pudiese haber un momento de ruptura, una fisura, una grieta tan grande, un momento de absoluta imaginación y comprensión, un resplandor así.

Ahora sé que, pese a todo, haga lo que haga y ocurra lo que ocurra, nadie me podrá quitar nunca el haber vivido, al menos un segundo, la plenitud.

# Índice

Cero	9
Primera parte	13
Uno	15
Dos	17
Tres	23
Cuatro	29
Cinco	37
Seis	45
Siete	53
Ocho	61
Nueve	67
Diez	73
Once	79
Doce	85
Trece	93
Catorce	101
Quince	107
Dieciséis	115
Diecisiete	123
Segunda parte	131
Dieciocho	133
Diecinueve	139
Veinte	147

Veintiuno	155
Veintidós	163
Veintitrés	169
Veinticuatro	175
Veinticinco	183
Veintiséis	191
Veintisiete	199
Veintiocho	207
Veintinueve	213
Treinta	219
Treinta y uno	227
Epílogo	233
Treinta y dos	235
Treinta y tres	241

“

He recordado el amanecer en el Chaukhamba. De repente me ha inundado una sensación extraordinaria, la misma que sentí en aquel momento. Por un instante, he sido plenamente consciente, lo he comprendido todo: la belleza de mi vida, del dolor y del placer, de estar en este momento único aquí, de poder decidir y de saberme vivo. Ha sido un éxtasis inesperado que no querría que pasase y que, de hecho, nunca pasará.

”

